

JAZMIN

Más que una secretaria

Carla Cassidy

Más que una secretaria

Cuando el irresistible Hank Riverton dijo que necesitaba la ayuda de Angela Samuels, ¿cómo iba a imaginarse la eficaz secretaria que su jefe estaba hablando de matrimonio? Y, sin embargo, se encontraba camino de Mustang, Montana, para hacerse pasar por la esposa del soltero más recalcitrante de la ciudad…

Angela era hermosa, recatada y, lo mejor de todo, no suponía ninguna amenaza para la soltería de su jefe. Porque Hank prefería estar muerto antes que casado; pero viéndola en acción, sus principios de soltero empedernido empezaron a resquebrajarse. ¿Habría llegado el momento de ascender a su secretaria a… esposa a jornada completa?

Capítulo 1

—Necesito una esposa.

Angela Samuels miró a su jefe, preguntándose si habría oído mal.

—¿Disculpe?

Hank Riverton se inclinó hacia delante, observándola con sus ojos azul oscuro, examinándola. Angela sintió que sus mejillas se acaloraban mientras él deslizaba la mirada desde su pelo castaño rizado, que probablemente habría escapado parcialmente del pasador con que lo sujetaba a la altura de la nuca, hasta la punta de sus cómodos pero feos zapatos negros.

Su jefe asintió, como si hubiera quedado satisfecho tras el examen.

—Serás perfecta. Por supuesto, solo se trata de algo temporal. Una semana. Eso es todo lo que necesito.

—Lo cierto es que no sé de qué está hablando, señor Riverton— dijo Angela.

Él frunció el ceño, algo que no mermó en lo más mínimo su atractivo.

—¿No hemos hablado ya del asunto? ¿De Brody Robinson y el encuentro de matrimonios que organiza su esposa?

Angela negó con la cabeza. Hank suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Pensaba que ayer te había dicho algo al respecto.

Angela volvió a negar con la cabeza.

—A mí no —nunca habría olvidado una conversación sobre la posibilidad de convertirse provisionalmente en la esposa de su jefe.

—¿Conoces a Brody Robinson?

—Es el dueño de las galletas Brody —contestó Angela. Robinson era el cliente más importante de Hank. Era un pintoresco pseudo vaquero que había hecho una fortuna explotando la receta de las galletas de su abuela.

—Hace poco ha comprado un rancho en Mustang, Montana, y mi «esposa» y yo hemos sido invitados a ir. El año pasado, cuando conseguí captarlo como cuente, Brody dedujo por su cuenta que estaba casado.

Angela miró a su jefe, sorprendida. Hank Riverton era el hombre con menos aspecto de casado que había conocido en su vida.

—¿Y cómo pudo llegar a esa conclusión? —preguntó.

Hank le dedicó una sonrisa ligeramente avergonzada.

—Dedujo que estaba casado por lo que estaba diciendo, y yo no hice nada para corregir su impresión —la sonrisa desapareció de su rostro y volvió a fruncir el ceño—. Ya conoces a Brody, Angela.

Conseguimos captarlo como cliente con unos anuncios basados en la familia, el hogar y los valores tradicionales. Brody es el hombre más conservador que conozco, y cree que somos almas gemelas.

Angela reprimió una risa. ¿Hank River conservador? ¡Absurdo! Sobre todo en lo referente a su vida personal y a sus relaciones. Sospechaba que su dormitorio tenía instalada una puerta giratoria para facilitar la entrada y salida de sus amantes.

—¿Qué es eso del encuentro de matrimonios? —preguntó.

Hank se reclinó contra el respaldo de su asiento.

—La esposa de Brody es una psicóloga especializada en salvar matrimonios. Ha desarrollado un programa de una semana con el que pretende profundizar en el compromiso y la intimidad entre parejas. El caso es que Brody ha pensado que sería un buen regalo invitarnos a mí y a mi «esposa» a su rancho de Mustang, donde su mujer organiza los cursos. Así que el lunes por la tarde tengo que estar en Mustang, y si no me presento con una esposa, existen serias posibilidades de que Brody cancele su cuenta con nosotros.

—¿Y Sheila? —preguntó Angela, refiriéndose al último amor de Hank.

Él la miró con gesto incrédulo.

—Piensa un poco Angela —dijo en tono irónico—. ¿Te parece que Sheila da el tipo de mujer casada?

No. Aquella pelirroja de cuerpo escultural no parecía poseer los atributos típicos de una esposa. Probablemente, su sensualidad hacía pensar a los hombres en noches ardientes y sexo ilícito. Tenía aspecto de amante, no de esposa.

—Sin embargo, tú eres perfecta para el papel —continuó Hank. Angela no supo si sentirse halagada o insultada—. Solo tendrás: que hacerte pasar por mi esposa durante una semana. Serán más unas vacaciones que otra cosa —volvió a inclinarse hacia delante, dedicando a Angela una mirada llena de embrujo.

Ella se preguntó si sería la misma mirada que utilizaba para tratar de llevarse a una mujer a la cama. Era la primera vez que aquellos ojos bonitos y sexys la miraban así, y sintió una lenta calidez ascendiendo desde la punta de sus pies hasta su rostro.

—No creo que sea buena idea —murmuró, apretando contra su pecho el informe que sostenía en las manos—. ¿Y si meto la pata y pongo en peligro la cuenta? Me parece una locura.

—Tienes razón —asintió Hank—. Todo el asunto es una locura, pero tengo que asistir y te necesito para salir del atolladero. Cobrarás una paga extra de mil dólares.

Angela abrió los ojos de par en par ante aquel incentivo. Podía

hacer muchas cosas con mil dólares. Su madre necesitaba un huevo aparato de aire acondicionado, y su hermano, Brian, siempre necesitaba dinero extra para sus estudios. Y si ella quería buscar otro trabajo, el dinero le daría un poco de tiempo para decidir lo que quería hacer.

—Mil quinientos —dijo Hank—; Por una semana que será más de vacaciones que de trabajo.

—De acuerdo ——aceptó Angela, reacia, sabiendo que probablemente estaba cometiendo un error, pero incapaz de rechazar la oportunidad de aliviar un poco la situación financiera de su familia.

—Estupendo —Hank se levantó, sonriendo aliviado—. ¿Por qué no te tomas el resto de la tarde para ir a casa y escribir una especie de informe sobre ti misma? Tráemelo mañana y así tendré el fin de semana para estudiarlo. Yo haré lo mismo para ti. El lunes debemos saber lo suficiente el uno del otro como para dar la impresión de que llevamos casados un tiempo.

Cuando Hank se sentó y abrió una carpeta que tenía sobre la mesa, Angela supo que había llegado el momento de retirarse. Salió del despacho y fue a la zona de recepción, donde se encontraba su escritorio.

Aunque llevaba dos años trabajando para Hank Riverton, no estaba segura de querer continuar en aquella oficina. Cuando Hank Riverton la entrevistó por primera vez para el trabajo le explicó que su puesto incluía tanto los deberes de asistente personal como los de secretaria.

A Angela la alegró mucho conseguir el puesto y, al principio, no le importó ocuparse de los encargos personales de su jefe, como comprar los regalos de cumpleaños para su padre y su tía, o recoger su ropa de la tintorería. Esperaba alcanzar su sueño de convertirse en redactora publicitaria, de llegar a formar parte del proceso creativo del mundo de la publicidad.

En la entrevista inicial, Hank mencionó la posibilidad de ascender en la empresa, y conociendo la reputación de la Agencia de Publicidad Riverton, Angela se entusiasmó ante la posibilidad de aprender de él.

Pero, hasta ese momento, lo único que había aprendido era que a su jefe le gustaban las camisas bien almidonadas y los sándwiches sin mayonesa, que ninguna novia le duraba más de tres semanas y que siempre les enviaba flores cuando las dejaba. Y aunque sentía que había aprendido muchas más cosas durante aquellos dos años, no había tenido la posibilidad de poner sus conocimientos en práctica. Se sentía frustrada, mal aprovechada y quería más de su trabajo.

Mientras ordenaba su escritorio, se fijó en la gran foto de su jefe que adornaba la pared que tenía enfrente.

Hank Riverton. A los treinta y tres años ya era un profesional de éxito en el mundo de la publicidad. Y tampoco podía ponerse en duda que era un hombre guapo e irresistible. Tenía el pelo oscuro, fuerte y ondulado, y los ojos azules. Sus rasgos marcados no irradiaban tan solo atractivo, sino también inteligencia.

Los dos primeros meses de trabajo Angela estuvo deslumbrada por él como una adolescente. Se quedaba muda en su presencia, el corazón le palpitaba cuando andaba cerca y tenía sueños eróticos con él casi todas las noches.

El enamoramiento había pasado, dejando una sincera admiración por su sentido para los negocios, pero también la certeza de que no era la clase de hombre del que quería enamorarse.

Respirando profundamente, tomó su bolso y salió de la oficina. Mientras conducía hacia su casa se hizo claramente consciente de lo que acababa de aceptar.

Esposa por una semana. Iba a ser la esposa de Hank Riverton durante una semana. Bajó la ventanilla y respiró profundamente el cálido aire del verano, reprimiendo el impulso de volver y decirle al señor Riverton que no quería seguir adelante con aquella farsa.

También le habría gustado decirle que estaba cansada de ser la recadera de un hombre que apenas era consciente de su existencia como persona.

La idea de fingir ser su esposa durante una semana resultaba realmente absurda. Pero la idea de cobrar mil quinientos dólares por aquella locura resultaba peligrosamente reconfortante.

«No es justo perpetuar una mentira, aceptar dinero por hacerlo, y luego dejar el trabajo», susurró una vocecita en su interior. «Haz tu trabajo, toma el dinero y corre», exclamó a continuación otra voz más fuerte.

Angela decidió escuchar el último consejo. Después de todo, con aquella mentira no iba a hacer daño a nadie, y el dinero le había sido ofrecido como un extra.

Cuando pasara la semana, si decidía dejar el trabajo avisaría a Hank Riverton con el tiempo estipulado por la ley. Aparte de eso, no le debía nada.

— Mientras iba por el sendero que llevaba a la pequeña casa de su madre, se preguntó cómo explicarle a esta su viaje. Con decirle que se trataba de un viaje de trabajo bastaría.

No tenía por qué mencionar en qué iba a consistir su trabajo. Sabía que a su madre no le parecería bien que fuera a hacerse pasar por la esposa de Hank. Además, ya tenía veintiocho años y era lo suficientemente mayor como para tener algunos secretos.

Mientras salía del coche, su mente pasó al siguiente problema: ¿qué equipaje debía preparar para hacerse pasar por la esposa de Hank Riverton en un rancho de Montana?

—Sí, Brody, estamos deseando ir —dijo Hank, hablando por teléfono—. Llegaremos mañana al mediodía.

—¡Estupendo! —la poderosa voz de Brody Robinson retumbó a través de la línea—. Te encantará Mustang, y te garantizo que tú y tu esposa saldréis de aquí como dos tortolitos recién casados.

—Angela y yo estamos deseando comprobarlo —replicó Hank.

—¿Angela? —Brody hizo una pausar—. Pensaba que tu esposa se llamaba Marie.

Hank sintió que la sangre abandonaba su rostro. Recordó demasiado tarde que cuando entró en tratos con Robinson estaba saliendo con Marie.

—Angela Marie —improvisó—. Utilizo indistintamente ambos nombres para llamarla.

—Debe resultar bastante confuso —dijo Brody—. Pero me da lo mismo cómo la llames mientras la traigas. Hemos invitado a otras dos parejas a unirse a nosotros. Va a ser una semana estupenda.

Tras charlar un rato más, los dos hombres se despidieron. Hank apoyó la espalda contra el respaldo del sofá y suspiró. Odiaba el engaño, pero él mismo se había metido en aquel lío y no veía otro modo de salir del atolladero.

Tomó el informe que Angela le había dado el viernes. No había tenido tiempo de mirarlo hasta ese momento, lo que le daba menos de veinticuatro horas para averiguar todo lo que pudiera sobre ella.

Angela llevaba dos años, trabajando para él, pero, curiosamente, apenas sabía nada sobre su vida personal. Aunque también era cierto que hasta entonces no había tenido necesidad de preocuparse por ello. Era una empleada realmente eficiente, casi invisible, que realizaba las tareas necesarias para que el negocio marchara como era debido.

Frunció el ceño, sorprendido al descubrir que no podía evocar una imagen clara de ella en su mente. No estaba seguro de si sus ojos eran marrones o azules, aunque recordaba que tenía el pelo de color más o menos castaño y que normalmente lo llevaba un tanto, revuelto.

Pero no lograba recordar sus rasgos y lo único que le vino a la mente fue que siempre llevaba unos zapatos negros muy feos, pero con aspecto de ser bastante cómodos,

Al menos no tendría que preocuparse por la posibilidad de caer en la tentación de llegar a creerse su papel. Aquella discreta secretaria no era en absoluto su tipo, y eso hacía que fuera la mujer ideal para interpretar el papel de esposa.

Suspirando, se levantó y recorrió el cuarto de estar. No podía decirse que estuviera deseando que empezara aquella semana. Pasar siete días en un rancho aprendiendo cómo desarrollar una intimidad más profunda con una esposa falsa no era precisamente su idea de unas vacaciones.

Intimidad. Lo que toda mujer anhelaba y lo que todo hombre aborrecía. Hank no quería una mujer en su vida, que conociera sus pensamientos y compartiera sus sueños.

Había visto lo que el amor y la intimidad le habían hecho a su padre. La madre de Hank murió cuando este tenía cinco años, y durante toda su vida había visto cómo su padre construía un imperio de tintorerías a base de trabajar muy duro.

Pero hacía un año, Harris Riverton se había vuelto a casar y había dejado de ser el pujante empresario que siempre había sido para transformarse en un apacible señor al que nada le gustaba más que entretenerse trabajando en el jardín con su nueva esposa.

Y Hank no estaba dispuesto a perder su empuje y a dejar en segundo plano su trabajo por ninguna mujer.

Y hablando de mujeres…miró el reloj y vio que solo le quedaban quince minutos para ir a recoger a Sheila para su habitual cena de los domingos.

Una hora más tarde, Sheila y él estaban sentados a una mesa del Sam's Steakhouse, el restaurante favorito de Hank. La decoración era bastante sosa, y el ambiente no tenía nada del otro mundo, pero las chuletas que servían eran enormes y estaban cocinadas a la perfección.

Mientras Hank cortaba un trozo de carne, Sheila picaba un poco de ensalada con gesto displicente. Estaba enfadada desde que él le había dicho que iba a estar fuera toda la semana por un asunto de negocios.

—¿Estás seguro de que no puedes volver a tiempo para la fiesta benéfica del viernes por la noche? —preguntó, cuando Hank ya estaba a punto de terminar su chuleta.

—Lo siento, cariño, pero será imposible. No podré volver hasta el domingo.

—Pero tú eres el jefe. ¿No puedes hacer que alguna otra persona se ocupe de ese negocio? Toda la gente importante de la ciudad asistirá a esa fiesta —la voz de Sheila, normalmente suave, se volvió quejumbrosa—. Tenía tantas ganas de ir… He comprado un vestido nuevo, e incluso había conseguido una cita en la peluquería de Pierre.

—Puedes ir a la fiesta sin mí —dijo Hank, preguntándose por qué no se había fijado hasta entonces en que los ojos azules de Sheila despedían el frío destello de una mujer acostumbrada a salirse siempre

con la suya.

—Mustang está solo a dos horas de aquí. Podrías venir para la fiesta y volver a tu trabajo el sábado por la mañana —insistió ella.

Hank dejó el tenedor a un lado y apartó el plato.

—Lo siento, Sheila, pero ya te he dicho que esta vez no puede ser. Ya habrá otras fiestas a las que podamos ir.

Sheila dio un sorbo a su vino. Luego dejó la copa en la mesa y alargó una mano para apoyarla sobre la de Hank.

—¿Y qué va a hacer la pequeña Sheila sin su amorcito toda una semana?

Hank odiaba que le hablara como si fuera una niña idiota, y de pronto pensó que había muy pocas cosas de Sheila que realmente le gustaran.

Sin duda, tenía un tipo y un rostro que eran auténtica dinamita, pero también era caprichosa y exigente. Tenían muy poco en común y sospechaba que a Sheila le gustaba él más por su imagen y por el reto que representaba que por otra cosa.

Había llegado el momento de dar por terminado el período de tres semanas que había compartido con aquella atractiva mujer. En cuanto pensó aquello sintió un reconfortante alivio que lo hizo reafirmarse en su decisión.

Se pasó la servilleta por los labios, tratando de encontrar las palabras adecuadas para no herir los sentimientos ni la dignidad de Sheila.

—Eres una mujer preciosa y encantadora, Sheila, y he disfrutado mucho del tiempo que hemos pasado juntos —empezó.

—Me vas a dejar, ¿verdad? —el tono infantil se esfumó por completo de la voz de Sheila, dando paso a otro de auténtica rabia—. No puedo creerlo. Todos mis amigos me lo advirtieron, Hank Riverton. Me dijeron que no saliera contigo, que eras un rompecorazones profesional.

—Sheila…

—Tú espera, Hank —interrumpió Sheila, dedicándote una mirada fulgurante a la vez que se levantaba de la mesa—. Uno de estos días vas a entregarle tu corazón a alguna mujer. Vas a quererla más que a nada en el mundo, y espero que te lo arranque y lo haga pedacitos —tras aquellas palabras, dio media vuelta y se marchó del restaurante.

Hank reprimió una oleada de arrepentimiento mientras contemplaba el sexy balanceo del trasero de Sheila mientras se alejaba. Probablemente, habría sido una buena amante, pero no había llegado a comprobar su pericia en aquella faceta.

Aunque ella le había dado los indicios necesarios todas las noches

que habían salido, él no había respondido. Sabía que Sheila habría interpretado el hecho de que se acostaran como un preludio al anillo de compromiso, y eso era lo último que quería. Además, le costaba imaginarse a sí mismo haciendo el amor con una mujer que hablaba como una niña.

Lamentaba haber herido sus sentimientos, aunque sabía que Sheila estaría bien, con él o sin él. Era una de esas mujeres que siempre tendría un hombre a su lado. Al igual que él, era una superviviente en el juego de las relaciones.

Apartando a un lado cualquier resto de remordimientos, hizo una seña al camarero para que le llevara la cuenta.

—Adiós, Sheila —murmuró para sí, sabiendo que había hecho bien rompiendo con ella esa noche. A fin de cuentas, al día siguiente iba a ser un hombre «casado».

Mientras esperaba al camarero, pensó en su secretaria, la mujer que iba a interpretar el papel de su esposa. Angela era exactamente la clase de mujer que le parecería bien a Brody. Sencilla y tranquila, consciente de sus deberes y eficiente, tenía todas las cualidades de una esposa tradicional. Y, sobre todo, no suponía ninguna amenaza para su soltería.

Sonrió al pensar en las palabras con que se había despedido Sheila. Esperaba que alguna mujer le rompiera el corazón. Rió en alto al pensar en ello. El día que permitiera que una mujer entrara en su corazón sería el mismo que besaría el feo rostro de Brody Robinson. Y eso no sucedería mientras viviera.

Capítulo 2

—¡Para, Brian! —Angela trató de mirar a su hermano con expresión severa, pero rompió a reír mientras este sostenía el cepillo del pelo en alto, por encima de su cabeza—. Vamos, necesito cepillarme antes de que venga el señor Riverton.

Brian se puso a bailar alrededor de ella y acabó tras la mesa de la cocina, con una amplia sonrisa en su rostro delgado.

A los diecinueve años, Brian era aún un joven alto y desgarbado, con un travieso sentido del humor que a veces volvía loca a Angela.

—¿Por qué iba a dártelo? Seguro que vas a sujetarte el pelo atrás con uno de esos pasadores tan feos.

—Mis pasadores no son feos, ¡y mi jefe va a llegar en cualquier momento! —Angela rodeó la mesa, golpeó a su hermano juguetonamente en el pecho y volvió a reír cuando este la abrazó como un oso.

Cuánto quería a su hermano… pensó mientras luchaba por librarse de su abrazo. Aunque Brian ya no era ningún bebé, aún lo adoraba.

Su padre los abandonó cuando su madre estaba embarazada de Brian. Poco después del nacimiento de este, su madre se puso mala del corazón y fue Angela la que se ocupó de criarlo. El resultado fue un amoroso e intenso lazo de unión entre los dos hermanos.

El timbre de la puerta sonó en ese momento y Angela se quedó petrificada. Mientras oía que su madre iba a abrir, luchó por librarse del abrazo de su hermano.

—Si no me sueltas ahora mismo, voy a… voy a…

Brian rió.

—¿Qué vas a hacer? Soy demasiado grande como para que me des unos azotes en el trasero —la soltó justo cuando Hank Riverton entraba en la cocina

—Buenos días —saludó Hank, alzando una ceja con gesto de sorpresa.

Angela sintió las mejillas totalmente acaloradas mientras tomaba el cepillo de la mano de Brian y se apartaba el pelo del rostro.

—Buenos días —contestó—. Yo… estaré lista en un momento. Brian, ¿por qué no sirves una taza de café al señor Riverton?

—Yo me ocuparé del señor Riverton. Tú ve a terminar de prepararte —dijo Janette Samuels mientras entraba en la cocina.

Angela dedicó a su madre una sonrisa de gratitud y luego corrió a su dormitorio, donde la aguardaba el equipaje, ya preparado.

Se cepilló rápidamente el pelo hacia atrás y se lo sujetó en la nuca con un amplio pasador. No quería entretenerse más. No quería que su

madre se pusiera a interrogar a su jefe sobre su «viaje de negocios».

Miró su reflejo en el espejo. Hank le había dicho que se vistiera informalmente y le había hecho caso. Llevaba unos vaqueros y una blusa blanca y azul marino. En lugar de sus habituales zapatos negros se había puesto unas zapatillas deportivas blancas. Tras una última y nerviosa mirada al espejo, tomo la maleta y salió del dormitorio.

Su jefe estaba sentado a la mesa de la cocina, flanqueado por su madre y su hermano. Brian le estaba hablando de las clases a las que asistía en la universidad local.

Mientras su hermano hablaba, Angela se tomó un momento para observar al hombre que iba a ser su supuesto marido durante la siguiente semana. Vestido con vaqueros y un polo de manga corta que enfatizaba sus anchos hombros y bíceps, resultaba demasiado masculino y viril como para dejarla tranquila.

—Parece que tienes un horario muy duro —comentó Hank cuando Brian terminó de hablar.

Angela se acercó a su hermano y le puso las manos en los hombros.

—Brian puede con él. Fue el primero de su promoción en el colegio y ha recibido ofertas de becas de las mejores universidades del país.

Janette palmeó la mano de su hijo.

—Y el año que viene irá a una de esas universidades.

—Ya veremos, mamá —dijo Brian, sin comprometerse.

Hank se levantó y miró a Angela.

—Nos espera un largo trayecto. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—Sí, claro —Angela tomó su maleta y se encaminó hacia la puerta de salida.

—Déjame —Hank le quitó la maleta de la mano y se volvió hacia la madre de Angela—. Ha sido un placer conocerla, señora Samuels. Me ocuparé de devolverle a su hija sana y salva el próximo domingo.

Janette sonrió,

—Muy bien. Espero que sus negocios vayan bien.

—Adiós, hermanita —dijo Brian.

—Adiós, Brian. Y no faltes a clase mientras estoy de viaje—bromeó Angela.

Una vez fuera de la casa, respiró aliviada. Hank metió su equipaje en el maletero mientras ella entraba en el deportivo rojo.

—Siento no haber estado lista cuando ha llegado. No pretendía que tuviera que charlar con mi madre y mi hermano —dijo Angela, nerviosa, mientras Hank ocupaba su asiento ante el volante.

—No me ha importador—contestó él. Tras arrancar el coche, se volvió a mirarla—. De hecho, me ha parecido bastante interesante.

Este fin de semana, mientras leía el informe que me habías preparado, he comprendido que apenas sabía nada sobre ti. Y por cierto, será mejor que empieces a tutearme. Resultaría muy extraño que me trataras de usted estando casados.

Angela asintió.

—No hay mucho que saber —dijo, mientras él ponía el coche en marcha.

—Al contrario. No sabía que tuvieras familia. Siempre estás disponible para trabajar horas extra y los fines de semana. Si no recuerdo mal, la pasada nochebuena supervisaste una fiesta en mi casa durante casi toda la noche.

Angela se encogió de hombros.

—No estoy casada ni tengo hijos. Mamá y Brian saben cuánto me importa mi trabajo —se preguntó si aquel sería el momento adecuado para decirle a su jefe lo insatisfecha que estaba con su situación en la oficina, pero decidió no hacerlo. Esperaría al viaje de vuelta.

Mientras salían de la ciudad, miró a Hank de reojo, comprendiendo que, probablemente, aún no se le había pasado del todo su tonto enamoramiento de adolescente. Aunque sabía que era un playboy aparentemente incapaz de mantener una relación duradera, no podía evitar sentirse alterada por su cercanía. Y eso la irritaba.

Había algo en él que la hacía consciente de su propia feminidad, de la sexualidad que aún esperaba ser despertada. Tenía veintiocho años y todavía no la habían besado en serio.

Claro que en el colegio había tenido sus citas, e incluso se había besado con algún compañero durante el último curso, pero la realidad de la enfermedad de su madre y de las necesidades de su hermano habían hecho imposible que se relacionara.

Tenía veintiocho años y nunca había sentido la emoción de ser besada por un hombre adulto y experimentado. Y algo en Hank Riverton le hacía recordar su falta de experiencia.

—¿Por qué estudia tu hermano en la universidad local si ha recibido tantas ofertes de otras? —preguntó Hank mientras entraban en la autopista que los llevaría a Mustang.

Angela agradeció poder salir de sus inquietantes pensamientos.

—Cuando llegaron las ofertas, mi madre estaba pasando una mala temporada. Está enferma del corazón y no sabíamos si iba a superar aquella crisis. Brian decidió que prefería estar cerca de casa.

—Muy loable. ¿Y vuestro padre? ¿A qué se dedica?

—Quién sabe —Angela reprimió el dolor y la rabia que siempre le producía pensar en su padre—. Nos abandonó cuando mamá estaba embarazada de Brian sin dejar señas en las que poder localizarlo.

—Eso es algo, que tenemos en común —dijo Hank—, Los dos hemos crecido en familias con un solo padre. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años.

—Sí, lo sé —replicó Angela. Hank la miró, sorprendido, y ella continuó—. Averigüé todo lo que pude sobre ti antes de presentarme a la entrevista para el trabajo. Leí todos los artículos que encontré en revistas y periódicos.

Hank le dedicó una sonrisa insegura.

—Espero que no creyeras todo lo que leíste. Los periodistas tienden a exagerar, sobre todo en lo referente al dinero y al amor.

Angela se ruborizó ligeramente.

—He trabajado lo suficiente para ti como para saber que te va bien en ambos aspectos.

Hank rió.

—Eso depende de a quién se lo preguntes. Según mi contable, gasto casi lo mismo que gano, y tengo la impresión de que si le preguntaras hoy a Sheila lo que piensa de mí, no te diría precisamente cosas agradables.

—¿Problemas en el paraíso?

—El paraíso perdido —replicó Hank—. Rompí con ella anoche.

—¿Debería llamar a la floristería? —preguntó Angela en tono burlón.

—No, esta vez nos saltaremos la rutina habitual. Además, no me parecería bien mandarle flores a Sheila estando casado contigo —Hank sonrió y Ángela sintió el magnetismo de aquella sonrisa recorriendo su cuerpo—. Y hablando de nuestro matrimonio, deberíamos discutir algunos detalles sobre nuestra boda.

—¿Qué detalles?

—Por ejemplo, si nos casamos con una ceremonia tradicional, o en un parque, o con un juez de paz. Si nuestro noviazgo fue un idilio arrollador, o si nos conocíamos de toda la vida…

—Pues claro, fue un idilio arrollador —dijo Angela de inmediato —. Pero nos casamos siguiendo la ceremonia tradicional —cerró los ojos por un instante, visualizando la boda con la que siempre había soñado—. Nos casamos por la tarde, y la iglesia estaba llena de velas y flores. Yo llevaba un vestido largo blanco con encaje y botones de perlas; tú, esmoquin con una faja color rosa claro y pajarita.

—Parece que has pensado mucho en ello.

La voz de Hank sacó a Angela de las agradables imágenes que poblaban su mente. Fue como despertar en medio de un sueño agradable.

—En realidad no —contestó. No quería que su jefe supiera lo a

menudo que tensa aquellas ridículas fantasías—. Supongo que todo el mundo piensa alguna vez en cómo le gustaría que fuera su boda.

—Puedo asegurarte que yo jamás pienso en mi boda.

Angela sonrió irónicamente.

—Y yo puedo asegurarte que no me sorprende. Tienes el corazón de un soltero empedernido —dudó un momento, mirando a Hank con curiosidad—. Ni siquiera estoy segura de que puedas interpretar el papel de un hombre casado durante toda una semana.

Hank alzó una de sus cejas oscuras y sus ojos destellaron, desafiantes.

—No me subestimes, Angela. Has trabajado conmigo el tiempo suficiente como para saber que soy implacable en lo referente a conseguir lo que quiero o necesito, y necesito que Brody crea que soy un v hombre felizmente casado. Te aseguro que sabré interpretar mi papel. ¿Estás segura tú de poder interpretar el tuyo?

Angela sonrió, segura de sí misma.

—Después del tiempo que llevo trabajando para ti, ya deberías saber que soy muy eficiente. Si necesitas que me comporte como una esposa, eso es exactamente lo que haré.

Hank rió, y su grave y desafiante risa resonó en los oídos de Angela, haciendo que se le encogiera el corazón.

—Tengo la sensación de que vamos a pasar una semana muy interesante.

Angela sintió que todo su cuerpo se acaloraba al oír aquello, y en ese momento supo que había cometido un gran error aceptando tomar parte en aquella locura.

Durante la siguiente hora se dedicaron a inventar su vida juntos. Decidieron que habían pasado la luna de miel en el Caribe, que solían ir de vacaciones a Nueva York y que pasaban casi todos los viernes por la tarde jugando a las cartas con otras parejas de amigos. Cuando sintieron que todo había quedado claro, se quedaron en silencio. Al cabo de un rato, Angela apoyó la cabeza contra la ventanilla y se quedó medio dormida. Hank aprovechó la oportunidad para observarla.

Lo había sorprendido. Cuando había llegado a su casa para recogerla y la había visto en brazos de su hermano, con el pelo rizado y suelto flotando en torno a sus hombros, había sido como ver a una desconocida.

¿Había tenido el pelo siempre tan largo, fuerte y brillante? ¿Por qué no se había fijado nunca en ello?

Pero no era el pelo lo único que le había llamado la atención. Mientras hablaban en el coche, Angela lo había sorprendido con su

ironía, su humor y unas agallas de las que nunca había hecho gala en el trabajo.

La miró de nuevo, fijándose rápidamente en sus rasgos. No podía decirse que fuera una belleza. De hecho, ni siquiera era bonita. Tenía el pelo de un tono castaño bastante normal, y lo llevaba sujeto detrás de la cabeza con un pasador, como siempre. La barbilla era demasiado afilada, y la nariz, un poco larga. En una época en que los labios carnosos estaban de moda, los suyos resultaban un tanto delgados.

Volvió a fijarse en la carretera, agradeciendo no sentirse físicamente atraído por ella. La semana que los aguardaba habría sido un infierno si Angela hubiera sido una belleza.

Se felicitó a sí mismo por su inspirada elección. Pedirle a su sencilla secretaria que interpretara el papel de su esposa había sido una idea genial. No existía la posibilidad de que alguno de los dos se tomara el juego demasiado en serio.

Cuando se hallaban a pocas millas de Mustang, Angela abrió los ojos.

—Hola, dormilona —saludó Hank—. Llegaremos en diez minutos.

Angela se incorporó en el asiento.

—Oh, lo siento. No tema intención de quedarme dormida —se llevó las manos al pelo en un gesto de timidez—. Viajar en coche siempre me produce este efecto.

—No te preocupes. Hay otra cosa de la que debemos ocuparnos antes de llegar—dijo Hank, mientras sacaba del bolsillo de su pantalón una cajita de joyería.

—¿De qué?—preguntó Angela.

—De tu anillo de boda, por supuesto.

Angela abrió la cajita y se quedó boquiabierta.

—Oh, es precioso. .

Hank asintió.

—Era el anillo de mi madre. Me ha parecido que sería un bonito detalle que lo llevaras. Póntelo.

Angela deslizó el anillo en su dedo.

—Es un poco grande, pero no importa. Prometo cuidarlo muy bien.

Hank sonrió.

—Supongo que ahora es oficial. Llevas mi anillo, así que eso te convierte en mi esposa.

—Sabes que esto es una locura —dijo Angela mientras observaba el anillo, que tenía un gran diamante en el centro rodeado por otros más pequeños.

—Lo que sería una locura sería perder a Brody Robinson como cliente —Hank se quedó en silencio mientras entraban en los límites

de la población y trataba de recordar las señas que le había dado Brody.

—Qué pueblo tan encantador —dijo Angela mientras avanzaban por la calle principal.

Hank asintió, fijándose en las antiguas y pintorescas fachadas de las tiendas, que recordaban a las de un típico pueblo vaquero.

—El rancho de Brody está al otro lado del pueblo, a varios kilómetros hacia el oeste —explicó—. ¿Te estás poniendo nerviosa? —preguntó, al ver que Angela se movía inquieta en su asiento.

—Un poco —replicó ella, y sonrió—. Nunca había estado casada hasta ahora.

Su sonrisa hizo algo a su rostro… lo iluminó, enfatizando el brillo de sus ojos y confiriendo a sus rasgos irregulares un encanto especial.

—Esto es lo más cerca que pienso estar del matrimonio —dijo Hank, en tono más forzado del que pretendía.

Unos minutos después giraban en el sendero que llevaba al rancho de Brody. Incluso sin el cartel que decía Robinson’s Ranch, Hank habría sabido que el lugar pertenecía a su cuente por la enorme galleta de metal que adornaba la verja de entrada.

—No hay nada sutil en Brody —murmuró mientras la casa del rancho aparecía ante su vista.

—¡Dios santo! —exclamó Angela—. ¡Es una mansión!

Y era una mansión, sin duda. La casa tenía dos plantas y era de proporciones mastodónticas. Encima del porche, con sus enormes columnas, asomaban dos grandes balcones de la planta alta.

A lo lejos se veían las demás edificaciones del rancho, así como cientos de vacas pastando en unas extensiones de hierba que parecían no tener fin.

—Bastante impresionante —dijo Hank, mientras detenía el coche junto a la casa—, Brody nunca hace nada a medias —apagó el motor y en ese momento salió Brody Robinson de la casa. Hank se volvió hacia Angela con una sonrisa que parecía tensa—. Ya estamos en plena faena. Recuerda que estamos casados.

Brody abrió la puerta del coche.

—Cuánto me alegro de verte —el robusto vaquero sacó casi a rastras del coche a Hank, y enseguida corrió a ayudar a Angela—. Y tú debes ser su damita —exclamó, abrazándola como un oso—. Pasad a conocer a mi media naranja. No os preocupéis por el equipaje. Enviaré a uno de mis empleados para que lo recoja.

Mientras seguían a Brody, Hank tomó a Angela de la mano. La tenía fría como el hielo. Le dedicó una reconfortante sonrisa que ella trató de devolverle.

—¡Barbara! —gritó Brody mientras entraban en el enorme vestíbulo de la casa—. Ya han llegado nuestros primeros invitados —volviéndose hacia Hank y Angela, añadió—: Las otras parejas llegarán a última hora de la tarde —los tres se volvieron al oír el sonido de unos tacones acercándose—. Ah, aquí está mi esposa.

Alta y esbelta, atractiva, con el pelo corto y gris, Barbara Robinson irradiaba calidez y simpatía. Brody le pasó un brazo por los hombros e hizo las presentaciones.

—Este es Hank, el cerebro que se oculta tras nuestras campañas publicitarias, y esta es su encantadora esposa, a la que unas veces llama Marie y otras Angela.

—Llamadme Angela, por favor —dijo Angela, mientras estrechaba la mano que le ofrecía Barbara—. Gracias por invitarnos a vuestra casa. Hank y yo estábamos deseando venir.

Hank sintió una oleada de orgullo. Angela sonaba cortés y sincera, dos cualidades que querría en una esposa… si es que quisiera una esposa.

—Vamos al cuarto de estar. Acabo de preparar una limonada. Podemos charlar un rato antes de que os instaléis en vuestro cuarto —Barbara los condujo a un amplio cuarto de estar y señaló el sofá para que se sentaran—. Enseguida vuelvo con los refrescos.

Hank y Angela se sentaron en el sofá y Brody ocupó uno de los sillones que había enfrente.

—¿Habéis atravesado Mustang para venir?

Hank asintió.

—Bonito pueblo.

—Es el mejor pueblo de los Estados Unidos —dijo Brody, con evidente entusiasmo—. Y sus habitantes son la mejor gente del mundo. Llevamos aquí poco tiempo, pero no querríamos vivir en otro sitio —sonriendo, añadió—: Hacéis una pareja estupenda. ¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—El mes que viene hará dos años —dijo Angela. Hank asintió, satisfecho.

—Ah, así que os casasteis en verano. Barbara y yo nos casamos en diciembre, en medio de la peor tormenta de nieve de la historia de Montana. Casi me congelo al ir a la iglesia, pero estar con ella me ha mantenido caliente desde entonces.

—Es un tonto sentimental —dijo Barbara mientras entraba con las bebidas. Sonrió cariñosamente a su marido—. Cada vez que nieva se empeña en renovar nuestros votos… y nieva mucho en Montana.

Tras dar a cada uno su vaso de limonada, ocupó el sillón contiguo al de su marido.

—¿Trabajas, Angela?—preguntó.

—Ocuparme de Hank para que pueda concentrar todas sus energías en su negocio es un trabajo de jornada completa —apoyó una mano en el brazo de Hank—. No sé qué haría sin mí.

—Estoy seguro de que él siente lo mismo —dijo Brody.

Hank sonrió, aunque pensaba que Angela se estaba pasando un poco. Dio un sorbo a su limonada, observando a su «esposa» mientras esta charlaba con Barbara.

Ella tenía razón, admitió, finalmente. No sabría qué hacer sin ella. Apenas se fijaba en su secretaría durante el trabajo, pero eso se debía a lo bien que llevaba todo. Estaba totalmente al tanto de sus citas y compromisos, siempre recordaba los nombres de las esposas y los hijos de sus clientes, se ocupaba de comprar tos regalos para sus familiares y amigos en los cumpleaños…

Había tenido media docena de secretarias antes que ella, mujeres atractivas que parecían más interesadas en hacerse las uñas qué en ocuparse de su trabajo. Sí, no sabía qué haría sin Angela, y esperaba no tener que averiguarlo nunca. No necesitaba una esposa, pero, sin duda, necesitaba una buena secretaria.

—Los primeros cinco años son los más difíciles del matrimonio —dijo Brody, distrayendo a Hank de sus pensamientos—. Si superas esos años, la relación se hace más fuerte y duradera —sonrió a su esposa con evidente amor—. Barbara y yo nos estamos preparando para celebrar nuestro treinta aniversario de boda.

—Eso es todo un logro —dijo Hank, sinceramente impresionado. Él no podía imaginar ni treinta días seguidos con la misma mujer.

—Hemos pasado juntos muchas tormentas, pero los problemas solo han servido para fortalecernos. No hay nada mejor para un hombre que amar a una mujer y ser correspondido por ella.

Barbara rió.

—Si no lo interrumpimos ahora, se pondrá poético durante horas, y estoy segura de que queréis refrescaros un poco antes de cenar —mirando a su marido cariñosamente, añadió—: ¿Por qué no los acompañas arriba mientras yo llevo los vasos de vuelta a la cocina?

Hank y Angela salieron con Brody del cuarto de estar y subieron la enorme escalera que llevaba a la segunda planta.

—Tiene una casa preciosa, señor Robinson —dijo Angela.

—Gracias, cariño. Lo cierto es que hemos invertido mucho trabajo en ella desde que la compramos… y por favor, llámame Brody —dijo el vaquero, entrando en la primera habitación que había a la izquierda del pasillo—. Vais a alojaros aquí —Angela y Hank lo siguieron al interior del bonito y amplio dormitorio—. Os dejo para que deshagáis

el equipaje y os instaléis cómodamente —con una inclinación de cabeza, giró sobre sus talones y salió.

Hank miró la cama de matrimonio, cubierta con una bonita colcha verde. Era una cama muy pequeña. Como todo lo que hacía Brody era grande, había asumido que las camas serían igualmente grandes. Esperaba algo diferente a aquello.

Angela y él no habían hablado sobre cómo iban a arreglárselas para dormir. Era el único asunto que no habían dejado resuelto.

Cuando la miró, supo por su expresión que estaba pensando lo mismo que él.

Aparte de la cama, solo había un pequeño sofá en la habitación que pudiera servir de algo parecido a una cama, pero era demasiado pequeño para Hank. Se quedaría lisiado para toda la vida si tuviera que dormir en él.

—No vamos a compartir la cama —dijo Angela con suavidad—. Nadie tiene por qué saberlo.

Hank asintió y volvió a mirar el sofá. Luego miró de nuevo a Angela.

—Si me dejas la cama, te subo la paga a mil setecientos cincuenta dólares.

Angela miró el sofá un momento.

—Trato hecho —dijo, finalmente.

Hank le dedicó una sonrisa ligeramente forzada, sabiendo que aquella semana le iba a costar una pequeña fortuna.

Capítulo 3

No tardaron mucho en deshacer el equipaje. Hank ocupó los dos cajones inferiores de la cómoda y el lado izquierdo del armario.

Angela se quedó con los dos cajones superiores y con el lado derecho. Resultaba extrañamente íntimo ver la ropa de los dos colgando en el interior.

—Menos mal que me dijiste que preparara un equipaje informal —dijo ella, mientras colocaba unos vaqueros en el cajón.

—¿Por qué?

—Porque si esto hubiera sido más formal, no habría podido traer la clase de ropa que sin duda utilizaría la esposa de Hank Riverton.

Hank se sentó en el borde de la cama y le sonrió.

—¿Y qué ropa crees que utilizaría mi mujer?

Angela se encogió de hombros, deseando que se levantara de la cama, deseando que no fuera tan atractivo. Toda aquella situación resultaba obscena mente íntima, y lamentaba haber aceptado formar parte de ella.

—Seda —contestó—. Mucha seda, trajes de moda y vestidos vaporosos. Estoy segura de que tu mujer sería muy elegante y seguiría la última moda.

—Me alegra que puedas imaginarte a mi mujer con tanta facilidad. Yo no puedo, desde luego —Hank se levantó y fue hasta la ventana—. Nunca he deseado una esposa, y aún no he encontrado a ninguna mujer que me haya hecho cambiar de opinión.

—¿De qué tienes tanto miedo? —Angela formuló la pregunta sin pensárselo dos veces.

Hank se volvió a mirarla con expresión divertida.

—Qué típicamente femenino decir eso. Solo porque no quiero casarme asumes que tengo miedo al compromiso, o que temo la intimidad, o que hay alguna otra explicación seudo psicoanalítica.

—Tienes razón. Te estaba concediendo el beneficio de la duda. La verdad es que probablemente eres demasiado egoísta y estás demasiado centrado en ti mismo como para querer compartir tu vida con alguien —Angela se cubrió la mano con la boca, horrorizada por lo que acababa de decir.

Hank se quedó mirándola y su boca esbozó una media sonrisa.

—Probablemente esa sea la valoración de mi carácter más sincera que me han hecho nunca.

—Yo… lo siento, pero me había enfadado.

Hank alzó una mano.

—No lo estropees disculpándote, por favor —su sonrisa se

ensanchó—. Y eres muy buena juzgando el carácter de las personas. Soy egoísta y egocéntrico. También soy testarudo y difícil, así que no puede decirse que tenga una personalidad muy adecuada para el matrimonio.

—Si Brody pudiera oírte ahora…

—Menos mal que no puede —Hank miró a Angela con gesto especulativo—. Supongo que eres una de esas románticas incorregibles que solo se sienten completas compartiendo su vida con un hombre.

—Al contrario. No necesito un hombre para que colme mi vida —Angela siempre había creído que su felicidad dependía de sí misma. No vivía esperando a que un hombre la completara—. Sin embargo, con el tiempo sí me gustaría compartir mi vida con alguien.

Apartó la mirada de Hank, recordando todas las noches que había soñado estar entre los brazos de alguien, sintiendo el calor de otro cuerpo junto al suyo. Algún día no muy lejano esperaba compartir sus días y sus noches, sus sueños y sus decepciones con algún hombre especial.

—No me preocuparía estar sola el resto de mi vida, pero no es lo que yo elegiría.

—Pues yo sí —replicó Hank.

Angela rió.

—Oh, Hank, tú nunca estás solo. Pasas de una mujer a otra sin apenas respiro.

Él la miró, sorprendido.

—Pero siempre me siento solo —frunció el ceño mientras se pasaba una mano por el pelo—. Vamos a dar una vuelta por el rancho —su tono impaciente hizo saber a Angela que había tocado un tema delicado—. Estoy seguro de que a Brody no le importará que echemos un vistazo hasta la hora de la cena.

Angela asintió. Estaba deseando salir de los estrechos confines del dormitorio. Además, la conversación le había afectado. Había hablado en serio, pero lo cierto era que la idea de entregar su corazón a otra persona le daba bastante miedo. Lo había hecho una vez y salió escaldada. No volvería a hacerlo con facilidad.

Bajaron las escaleras y salieron al porche.

—¿Hacia dónde vamos? ¿A la derecha o a la izquierda? —preguntó Hank, señalando.

—Me da igual.

Hank sonrió.

—Siempre dejo que mi esposa tome las decisiones.

Angela le devolvió la sonrisa, ladeando la cabeza.

—Supongo que solo si las decisiones son tan insignificantes como

esta.

Hank rió.

—¿Cómo es que nunca muestras tanto ingenio en la oficina?

—Porque no tengo tiempo. Me mantienes bastante ocupada — Angela quiso añadir que lo que más tiempo le quitaba era encargarse de sus asuntos personales, que le gustaría que se buscara una esposa de verdad para ocuparse de aquellos deberes, de manera que ella pudiera centrarse en su carrera de publicista. Pero mantuvo la boca cerrada, pues no quería empezar aquella larga semana metiendo la pata.

Se encaminaron hacia el gran corral que se hallaba junto al establo, donde había varios caballos.

—¿Te gustan los caballos? —preguntó Hank mientras se apoyaban contra la valla para observar a los animales.

—Sí, supongo. Lo cierto es que no lo sé. Nunca he estado cerca de ellos —contestó Angela.

—Supongo que Brody logrará que cabalguemos como auténticos vaqueros para cuando acabe la semana.

—Mencionaste que Brody compró este rancho hace poco, ¿no?

—Sí. Hace unos tres meses. Al parecer, se produjo algún tipo de escándalo y la dueña anterior, Rachel Emery, quiso irse de Montana. Brody lo compró a precio de ganga, y ahora está viviendo su sueño de ser un auténtico vaquero.

Angela rió.

—Parece un hombre muy agradable —dijo, mientras caminaban hacia los establos.

—Es un gran tipo —asintió Hank—. Es tal y como nuestra agencia lo ha promocionado: un poco anticuado, pero un hombre honrado y con altos valores morales.

Angela frunció el ceño, sintiendo una repentina ansiedad en la boca del estómago.

—Me siento mal engañándolo con esta farsa de matrimonio.

—Lo sé, pero no te preocupes demasiado. No estamos haciendo daño a nadie y los dos vamos a beneficiarnos de ello. Brody nunca notará la diferencia, así que no hay problema.

Angela asintió. Hank tenía razón. Había aceptado participar en aquella locura y ya no podía echarse atrás.

—Vamos —dijo Hank, tomándola con ligereza por el brazo—. Todo irá bien —la luz que brilló en sus ojos azules hizo que cualquier cosa pareciera posible. Sonrió picaramente—. ¿Has explorado alguna vez un establo?

Angela suspiró, preguntándose si habría alguna mujer capaz de

decirle «no» a aquel hombre. Por sus venas corría el encanto de los picaros, y tenía la sensación de que podría convencer a cualquier mujer de que el cielo era verde, si se lo proponía.

El interior del establo estaba tenuemente iluminado, y olía a heno, a cuero y a animales. No era un olor desagradable, aunque era la primera vez que Angela lo experimentaba.

Hank la condujo por aquel enorme edificio, mostrándole las casillas de los caballos, los cajones llenos de grano y los pesebres. Angela se quedó sorprendida ante su conocimiento de todos los utensilios que contenía el establo.

Tras recorrer la planta inferior, Hank tiró de una escalera deslizante y subieron al pajar, donde había apilados fardos de heno del suelo al techo.

—Una vez me llevé una buena tunda por haberme escondido en el pajar para fumar un cigarrillo —dijo Hank, mientras se sentaba en uno de los fardoS—. Tenía ocho años, y mi padre me echó una buena regañina porque podía haber incendiado el establo.

Angela se sentó en el fardo contiguo.

—No sabía que habías crecido en un rancho —le costaba imaginarlo en un lugar que no fuera la ciudad—. En todo lo que he leído sobre ti no se menciona que te criaras en un rancho.

—Hay algunas cosas sobre mi vida que no son de dominio público —contestó Hank en tono neutro—.Vivimos en un rancho desde que nací hasta que cumplí quince años. Me encantaba. No hay mejor forma de pasar la infancia y la adolescencia que al aire libre y entre animales —sus rasgos se tensaron y la sonrisa desapareció de su rostro cuando continuó—. Desafortunadamente, a mi padre no se le daba muy bien el trabajo del rancho. Cuando cumplí quince años, el banco se quedó con la casa y las tierras.

—Oh, qué triste —Angela tuvo que contenerse para no inclinarse hacia él y consolarlo con una caricia.

Hank se encogió de hombros, como si la pérdida no le hubiera importado, aunque Angela sabía que no era así.

—Probablemente fue lo mejor que pudo pasarle a mi padre. Nos fuimos a vivir con su hermano y se puso a trabajar con este en su tintorería. Al parecer, cayó en el lugar adecuado en el momento justo, porque dos años después tenían cinco tintorerías y más dinero del que podían gastar.

A pesar de sus palabras, Angela percibió un dolor oculto en su interior, dolor por un hogar perdido, por un traslado forzoso. Por primera vez tuvo la sensación de que había mucho más tras el playboy y el tenaz hombre de negocios que había visto hasta entonces en su

jefe. Había en él un sorprendente punto vulnerable que resultaba a la vez evocador e inquietante.

Apartó aquella sensación a un lado. No quería pensar en Hank más que como en su jefe, un hombre que le estaba pagando espléndidamente por hacerse pasar por su esposa. Un hombre que, de no ser por aquello, nunca le habría dedicado una segunda mirada.

Hank no sabía por qué le había hablado a Angela del rancho. Era algo que nunca le había dicho a nadie. Se trataba de un episodio doloroso de su vida que lo había impulsado a tratar de alcanzar el éxito profesional para poder conseguir la clase de invulnerabilidad que se lograba con el dinero y el poder.

Hank observó a Angela mientras caminaban, como si fuera a encontrar en ella el motivo de su atípica revelación.

Tal vez se había debido a que no se parecía nada a las mujeres con las que solía salir. Menos atractiva y vivaz, carecía del revestimiento de sofisticación de las mujeres que solían atraerlo. Sin embargo, había algo en ella que lo había hecho abrirse. Tenía una calidez natural que invitaba a las confesiones.

Resultaba extraño, porque él no era nada dado a las confidencias. Sin duda, no volvería a suceder.

—En el trayecto hasta aquí hemos hablado de nuestro matrimonio y de nuestra boda, pero no hemos hablado sobre nuestras aficiones —miró a Angela con curiosidad—. ¿Qué sueles hacer en tu tiempo libre?

—¿Tiempo libre? —Angela lo miró como si hubiera hablado en otro idioma.

Él sonrió, arrepentido.

—Recuérdame cuando volvamos que no te tenga tantas horas trabajando. Llevo demasiado tiempo haciéndote trabajar de sol a sol.

—No me importa —dijo Angela, sinceramente—. Me gusta trabajar para ti… cuando haciéndolo aprendo algo sobre el negocio de la publicidad —se detuvieron al salir del establo—. Es cuando me ocupo de tus asuntos personales cuando tengo la sensación de estar perdiendo el tiempo —se ruborizó ligeramente—. Preferiría aprender lo que sabes sobre publicidad que tener que ocuparme de enviar rosas a la última de tus amantes —el color de sus mejillas se intensificó, como si la palabra «amante» fuera más que un poco atrevida.

—Las mujeres a las que envío rosas no son siempre mis amantes, Angela —protestó Hank—. A veces son asociadas profesionales, o amigas, o simplemente mujeres con las que salgo sin que necesariamente me acueste con ellas.

—Claro —replicó Angela en tono irónico.

De repente, Hank sintió la imperiosa necesidad de que lo creyera.

—Tengo la impresión de que consideras que tengo la moral de un gato callejero, y eso no es cierto.

Angela tenía el rostro más expresivo que había visto en su vida. Primero mostró incredulidad y, a continuación, inseguridad y timidez; y mientras Hank contemplaba el desfile de aquellos sentimientos, se fijó en que tenía los ojos castaños. No un castaño ordinario, sino un ámbar dorado que irradiaba una calidez que lo bañó como los rayos del sol.

Una especie de campanilla desafinada sonó a lo lejos, rompiendo la magia del momento. Miró hacia la casa y vio a Brody en el porche, haciendo sonar un gran triángulo metálico.

—Parece que ha llegado la hora de comer —dijo—. Y de volver a ponernos las máscaras de casados.

Mientras caminaban hacia la casa, Hank apartó a un lado aquella momentánea necesidad de convencer a Angela de su sólida fibra moral. No le importaba lo que pensara de él. Era eficiente en su trabajo y había aceptado hacerse pasar por su esposa durante una semana. Eso era todo lo que le importaba.

La cena resultó muy agradable. Angela y Hank fueron presentados a las otras dos parejas con las que iban a compartir aquella semana. Los primeros en llegar fueron Trent y Elena Richards, vecinos de los Robinson.

—Trent ha sido mi asesor ranchero desde que llegamos —explicó Brody—. Trabaja con su cuñado y son famosos en la zona por los pura sangre que crían.

Trent era un hombre corpulento y atractivo, y su esposa Elena era una belleza morena que lo miraba con auténtica adoración.

Hank no entendía qué hacían allí. Por su actitud, era evidente que se querían y se entendían muy bien. Llevaban casados dos años y tenían un bebé de dieciocho meses.

La otra pareja, Stan y Edie Watkins, contaron a los demás que llevaban diez años casados. Stan trabajaba como director general de la fábrica de galletas de Brody en Chicago y Eddie hacía sustituciones como maestra. No tenían hijos y, por la expresión de Eddie cuando lo dijo, aquel tema era doloroso.

Hank había tratado muy poco con gente casada. Dedicaba casi todo su tiempo al trabajo, a sus citas o a estar solo. Para él resultaba interesante ver a las otras parejas, comprobar la comodidad con que los maridos y sus mujeres se relacionaban.

A pesar de todo, siempre había creído que el matrimonio implicaba entregar partes de uno mismo que nunca se recuperaban. Y él no quería compartir ninguna parte de sí mismo con nadie. El matrimonio

podía estar bien para otros, pero no para él.

Después de comer, las cuatro parejas fueron al cuarto de estar a beber algo. Como solía suceder habitualmente en todas las reuniones sociales, no pasó mucho tiempo antes de que las mujeres se reunieran en un grupo y los hombres en otro.

Mientras Stan hacía preguntas relacionadas con la vida en el rancho, Hank vio su atención dividida entre escuchar a los hombres y observar a las mujeres.

Angela lo había sorprendido con su facilidad de palabra durante la cena. En la oficina solía ser siempre muy silenciosa, pero esa tarde no había sido así. Había participado en un animado debate sobre política, haciendo reír a los demás con sus ocurrencias en varias ocasiones.

Trató de imaginarse a Sheila en una situación similar, pero no pudo. Para Sheila, hablar de política significaba hablar del vestido que había llevado la primera dama en algún acontecimiento social.

Brody le puso una de sus enormes manos en un hombro.

—Te has casado con una mujer estupenda, amigo —dijo, sonriendo —. Siempre he sabido que eras un hombre de negocios hábil, pero debo confesar que tenía mis dudas respecto a tu vida privada. Al parecer, estaba equivocado —frunció el ceño pensativamente—. Lo que no entiendo es por qué en todos los artículos que he leído sobre ti no mencionan nunca a tu mujer.

—A Angela no le gusta ser el foco de atención. Prefiere pasar desapercibida —contestó Hank.

—Es una chica brillante y muy agradable. Eres un hombre afortunado —el rostro de Brody se iluminó mientras miraba a su propia esposa—. Sé muy bien lo que es ser afortunado —volviéndose hacia los demás hombres, añadió—: Ninguno de vosotros será el mismo después de esta semana. Os enriqueceréis espiritualmente y os sentiréis más unidos que nunca a vuestras mujeres después de completar el encuentro de matrimonios organizado por mi esposa. Y ahora, ¿quién está listo para otra bebida? —preguntó.

—Puedes rellenar la mía —dijo Hank. Tenía la sensación de que iba a necesitarla. Miró a su secretaria. Sin duda, podría simular amarla durante aquellos siete días.

—¿Por qué no salimos al patio? —sugirió Barbara al grupo—. A esta hora hace una temperatura muy agradable fuera —dijo, abriendo las puertas correderas que daban al florido patio.

Mientras salían, la segregación por sexos terminó. Trent se sentó con su esposa junto a una de las mesas. Stan ocupó un pequeño sofá con Edie y Hank se sentó junto a Angela en una mecedora doble.

Barbara tenía razón. Fuera hacía una temperatura muy agradable.

La conversación fue sencilla e intrascendente, centrada en el tiempo y en las costumbres de la vida en el rancho. Poco a poco, Hank sintió que empezaba a relajarse. Y mientras se relajaba se hizo consciente de sensaciones que no había notado antes.

Su pierna estaba apoyada contra la de Angela, y podía sentir el calor que el cuerpo de esta irradiaba a través de los vaqueros, mientras su fresco y delicado perfume parecía envolverlo.

—¿Qué tal estás? —preguntó, en voz lo suficientemente baja como para que nadie pudiera oírlos.

—Bien —contestó Angela, inclinándose un poco hacia él—. Estoy asombrada con mi capacidad para mentir. Nunca había imaginado que pudiera hacerlo tan bien.

—Sí, voy a tener que vigilarte más de cerca cuando volvamos a la oficina —bromeó Hank.

—Ya basta de secretitos al oído, tortolitos —dijo Brody, interrumpiendo su conversación—. Seguro que todos os estáis preguntando qué va a suceder exactamente esta semana. Si creéis que va consistir en disfrutar de la excelente carne de Montana y en pasear por el pintoresco pueblo de Mustang, tenéis razón. Pero va a ser mucho más que eso —pasó un brazo por los hombros de su mujer—. Supongo que este es un buen momento para que Barbara os haga saber lo que vais a hacer.

Barbara sonrió a todos.

—En primer lugar, os prometo que va a ser una experiencia maravillosa para todos. Llevéis casados diez años o diez días, este programa esta diseñado para que profundicéis en vuestra relación y logréis que sea más feliz y completa.

—Creo que lo que más me ha gustado ha sido lo de la carne de Montana —dijo Stan. Los demás rieron mientras Edie le daba un suave codazo en el costado.

Barbara se unió a las risas.

—Sé que puede pareceros un poco inquietante, pero os prometo que cuando acabe la semana seréis personas diferentes… mejores maridos y mejores esposas.

Hank sintió una punzada en el estómago a causa de la ansiedad. Él no quería convertirse en una persona diferente. Estaba satisfecho con cómo era en aquellos momentos. Y eso era precisamente lo que no le gustaba del matrimonio… Las mujeres esperaban que sus compañeros cambiaran.

—Empezaremos a las nueve de la mañana —continuó Barbara—. Trabajaremos en grupo hasta las doce. Después de comer trabajaré por separado con cada pareja durante una hora —sonrió a Hank y a

Angela—. Empezaré con vosotros a la una. Tras el trabajo individual, podréis hacer lo que queráis hasta las seis. Después de cenar tendremos otra sesión de grupo de ocho a nueve. Y ese será el programa diario durante toda la semana —mirando a su alrededor, añadió—: ¿Alguna pregunta?

—Más o menos un millón —contestó Stan—. Pero supongo que si espero a mañana la mayoría quedarán contestadas.

Hank quería preguntar si podía echarse atrás, si era demasiado tarde para volver a su casa.

Angela rió.

—¿Os habéis fijado en que todas las mujeres estamos deseando empezar y los hombres tienen aspecto de querer salir corriendo?

Las parejas se miraron. Era cierto. Los tres hombres se habían movido al borde de sus asientos, como si estuvieran a punto de saltar. Todos rieron, aunque los hombres con un matiz de incomodidad.

Barbara asintió.

—No os preocupéis, amigos, es perfectamente natural. Los hombres siempre son más reacios al cambio. Por encima de todo, son criaturas de costumbres —sonrió afectuosamente a su marido—. Incluyendo al mío. Pero creo que Brody podrá aseguraros que el curso no es doloroso y que seréis más felices cuando haya acabado.

Brody asintió.

—Os elegí a vosotros para esta semana porque me gustáis. No os considero tan solo asociados profesionales, sino también amigos. Querría que todos disfrutarais de un matrimonio tan feliz como el mío con Barbara. Ella me enseñó a abrirme completamente, y os enseñará a vosotros lo mismo.

Barbara se levantó.

—Ahora voy a retirarme. Estáis en vuestra casa, así que sentíos libres para hacer lo que queráis. Nos veremos por la mañana.

—El desayuno es a las siete y media —dijo Brody, levantándose—. Buenas noches.

Un largo silencio siguió a la marcha de la pareja.

—No sé vosotros —dijo Stan, finalmente—, pero yo estoy aterrorizado.

Edie rió.

—Actúas como si esperaras que Barbara fuera a hacerte una lobotomía.

—Y puede que así sea. Tal vez ese sea su secreto para mejorarnos —replicó Stan, haciendo reír de nuevo a los demás—. Supongo que si mañana vamos a tener un día tan ajetreado, más vale que nos retiremos.

Edie asintió y se levantó.

Trent tocó el hombro de su mujer y ambos se levantaron.

—Creo que nosotros también vamos a acostarnos.

Un instante después, Hank y Angela se quedaron solos en el patio.

—Yo no me siento nada cansada —dijo Angela, y Hank creyó percibir en su voz un toque de ansiedad. Supuso que se debía a que se acercaba el momento de compartir el dormitorio.

No sabía cómo aplacar su inquietud. Sin duda, Angela ya debía suponer que no iba a intentar nada, pero la idea de pasar la noche en la misma habitación con él debía de ponerla nerviosa.

—Por mucho que lo retrasemos, acabaremos teniendo que subir al dormitorio —dijo, con suavidad.

—Lo sé —replicó Angela, ligeramente a la defensiva—. Solo he comentando que no me sentía cansada.

—Me ha parecido que estabas un poco nerviosa. Comprendo que tiene que ser una situación un poco incómoda para ti, porque puede que no hayas pasado nunca la noche con un hombre.

A pesar de la oscuridad, Hank vio que Angela se ruborizaba. Pero cuando lo miró no lo hizo avergonzada, sino enfadada.

—¿Y qué te hace pensar que nunca he pasado la noche con un hombre? ¿Qué te hace pensar que no he tenido un amante… o docenas de ellos? —preguntó, con un toque de arrogancia que Hank encontró bastante atractivo.

—Yo… había supuesto…

—¿Has supuesto que porque no soy espectacularmente atractiva no he tenido amantes? —interrumpió Angela—. ¿Crees que como no soy rubia y no tengo los pechos grandes ningún hombre puede encontrarme deseable?

—No… no es eso —dijo Hank, sorprendido por su repentina furia —. No tiene nada que ver con tu aspecto —trató de buscar las palabras adecuadas para explicar sus pensamientos—. Yo… Te rodea un halo de inocencia que… he asumido que probablemente carecías de experiencia.

—Es más inteligente preguntar que asumir —dijo Angela, rígidamente.

El dudó un momento, sabiendo que no debía preguntar, pero fue incapaz de contenerse.

—Entonces, ¿cuántos amantes has tenido?

Angela lo miró a los ojos.

—Eso no es asunto tuyo, Hank Riverton —se levantó—. Y ahora, creo que me voy a la cama —sin esperar a Hank, se volvió y entró en la casa.

Hank miró cómo se alejaba. Sin duda, había logrado contrariarla. Y ella había logrado ponerlo en su sitio, a la vez que había despertado su curiosidad. Tenía la sensación de que su secretaria ocultaba en su personalidad muchas más cosas de las que se veían a simple vista. Y sospechaba que aquella iba a ser una semana para recordar.

Capítulo 4

Mientras subía al dormitorio, Angela se preguntó si para cuando acabara la semana se habría quedado sin trabajo.

Desde que Hank había ido a recogerla esa mañana, había alternado entre mostrarse descarada y a la defensiva, dos actitudes nada típicas en ella.

Pero había algo en Hank que la hacía reaccionar así, algo que la hacía sentirse más sensible de lo normal. Cuando la miraba se volvía consciente de sus defectos… o del hecho de que no era bonita ni sofisticada.

¿Y por qué había querido hacerle creer que usaba y desechaba amantes como si fueran camisetas?

Movió la cabeza, preguntándose si se habría vuelto loca. Cuando entró en el dormitorio trató de controlar la inquietud que le producía la idea de tener que pasar allí las siguientes seis noches.

Abrió uno de sus cajones de la cómoda y sacó un pijama y todo lo necesario para ducharse. Unos minutos después, mientras se hallaba bajo el agua, nuevos horrores pasaron por su mente.

¿Y si se ponía a roncar por la noche? ¿Y si rechinaba los dientes mientras dormía, o si, Dios no lo quisiera, babeaba? ¿Cómo iba a volver a mirarlo a la cara?

No debería haber aceptado aquello. Se cepilló el pelo casi con rabia, deseando poder volver atrás, al momento en que Hank, mirándola con sus picaros ojos azules, le pidió que se hiciera pasar por su esposa. Fue en aquel momento cuando perdió la cabeza. Desde que Hank la miró con aquellos ojos y ella accedió a hacerse pasar por su esposa, perdió la cordura.

Terminó de ducharse rápidamente y, tras secarse, se puso su recatado pijama color rosa pálido.

Abrió la puerta del baño y se asomó al dormitorio, comprobando con alivio que Hank aún no había subido. Apartó rápidamente la colcha y tiró de la sábana encimera. Si iba a dormir en el sofá, al menos iba a hacerlo con una sábana.

Afortunadamente, ella era bastante pequeña, pero aquel diminuto sofá no estaba hecho para ser utilizado como cama, y las piernas le colgaban incómodamente de uno de los brazos.

Encontrando aquella posición imposible, se volvió de costado y acurrucó las piernas para encajar en el reducido espacio. Con un poco de suerte, se habría quedado dormida para cuando Hank llegara.

Acababa de pensar aquello cuando la puerta se abrió y Hank entró en el dormitorio. Angela cerró de inmediato los ojos, simulando

dormir.

Supo lo que hacía por los sonidos. Vació sus bolsillos y dejó las llaves y las monedas encima de la cómoda. Luego suspiró a la vez que se sentaba en la cama.

¡Plaf! Se quitó un zapato.

¡Plaf! Se quitó el otro.

A continuación fue al baño y abrió el grifo de la ducha.

Angela abrió los ojos y cambió de posición, agradecida. Se le había dormido una pierna y tuvo que flexionarla varias veces para restaurar la circulación de la sangre.

Cambió de posición una vez tras otra, tratando de encontrar la más cómoda para dormir. Volvió a quedarse paralizada cuando oyó que el agua dejaba de correr.

Unos momentos después se abrió la puerta del baño y Hank volvió al dormitorio, llevando consigo un penetrante olor a jabón y piel fresca. Era el aroma más provocativo que Angela había olido en su vida. Lamentó profundamente no tener un resfriado de nariz.

¿Cómo dormiría Hank? ¿Con pijama? ¿En calzoncillos? Esperaba que no se le ocurriera acostarse desnudo estando ella en la habitación. Cerró los ojos con fuerza, negándose a satisfacer su curiosidad.

—Puedes relajarte, Angela —dijo Hank con suavidad—. Estoy visible y decente.

Angela abrió los ojos y lo vio con unos pantalones cortos de deporte rojos. ¿Decente? Suponía que sí, aunque no podía decirse que su ancho pecho, decorado con una oscura mata de vello rizado, fuera precisamente decente. Como tampoco lo eran su liso abdomen, sus caderas estrechas y sus largas y musculosas piernas.

En la época en que estaba colada por él, trató de imaginar innumerables veces el aspecto que tendría bajo los elegantes trajes que siempre llevaba a la oficina. Pero ninguna de sus fantasías la había preparado para la realidad.

Hank se sentó en el borde de la cama.

—¿Estás lista para que apague la luz?

—Sí —Angela rogó desesperadamente que no hubiera notado que su voz había sonado una octava más alta de lo normal. Deseaba que apagara las luces más de lo que había deseado nada en su vida. No quería pasar un segundo más mirándolo.

Respiró más tranquila cuando Hank apagó la luz y el cuarto se sumió en la oscuridad.

Pero cuando su mirada se adaptó, comprobó que por la ventana entraba suficiente luz de la luna como para permitirle ver a Hank mientras se metía en la cama.

—Buenas noches, Angela —dijo él, con una voz demasiado grave e íntima.

—Buenas noches —replicó ella, permaneciendo muy quieta.

Hank respiró profundamente, como si el colchón sobre el que se hallaba fuera enormemente cómodo. «El muy rata», pensó Angela, irritada. Probablemente, el suelo sería más cómodo que aquel sofá.

Si iba a seguir adelante con aquella farsa durante toda una semana, necesitaba dormir bien por las noches, y eso no lo conseguiría ni en el sofá ni en el suelo.

Un ligero ronquido llegó desde la cama. Por supuesto, Hank se había quedado dormido de inmediato. Estaba disfrutando de su colchón. Lo miró, cada vez más irritada. Estaba tumbado de espaldas, con la boca ligeramente entreabierta. Incluso roncando resultaba atractivo.

Pero lo más atractivo en aquellos momentos para Angela era la mitad libre de la cama. Había espacio suficiente para ella. Ambos eran adultos. Hank no se sentía atraído por ella, y ella ni siquiera estaba segura de que él le gustara mucho. ¿Por qué no podían compartir la cama?

Los doscientos cincuenta dólares extra que le había ofrecido Hank por dejarle la cama no eran suficientes. Sería una tontería pasarse la noche en aquel sofá estando la cama medio vacía.

Una vez tomada la decisión, se levantó y se cubrió con la sábana. De puntillas, sin hacer el más mínimo ruido, se acercó a la cama y se tumbó cuidadosamente junto a Hank.

Él se movió, volvió la cabeza y le dedicó una adormecida sonrisa.

—Vas a perder el derecho a parte de tu paga extra.

—Merece la pena —replicó Angela mientras su cuerpo se adaptaba al cómodo colchón—. Ese sofá es en realidad un potro de tortura.

Hank rió. Su risa hizo que Angela sintiera un cosquilleo en la boca del estómago.

—Buenas noches —dijo, y volvió a quedarse dormido de inmediato.

Angela necesitó más tiempo para relajarse. Aunque había suficiente espacio entre ellos, podía sentir el calor del cuerpo de Hank. Su fresco y atractivo aroma la rodeaba.

Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces seguidas. Unos minutos después estaba dormida.

Algo le cosquilleó en la nariz. Brian con una pluma, pensó. Su hermano siempre estaba de broma.

Frunció el ceño. Algo no encajaba. Mustang, Montana. Estaba en Mustang, Montana. ¿Qué hacía allí Brian?

Cuando el último vestigio de sueño se esfumó, abrió los ojos. Piel. Eso fue lo primero que vio. Piel morena con vello oscuro… vello que le estaba cosquilleando en la nariz.

El pecho de Hank. ¿Qué diablos hacía con la cara sobre el pecho de Hank? No se movió, asustada. Su respiración era muy regular, de manera que debía de estar dormido.

La tenía rodeada con uno de sus brazos y apoyaba la mano sobre la parte baja de su espalda. Las piernas de los dos estaban enlazadas, aunque Angela no tenía idea de cómo habían llegado a adoptar aquella posición.

A pesar de todo, permaneció muy quieta, disfrutando de la naturalidad con que sus cuerpos se habían encontrado durante la noche. Podía sentir el latido del corazón de Hank bajo la mejilla, un delicado ritmo que resultaba provocadoramente íntimo.

Los primeros rayos de la mañana asomaban por la ventana, iluminando la habitación con una luz dorada e irreal. Irreal. La experiencia de estar entre los brazos de Hank resultaba irreal.

—Buenos días —el pecho de Hank vibró mientras hablaba.

Angela estuvo a punto de caerse de la cama al apartarse de él.

—Creía que estabas dormido —dijo, sofocada.

—Llevo un rato despierto, pero parecías tan dormida que no he querido molestarte.

—Lo estaba. Muy dormida… total y profundamente —Angela quería que supiera que no se había arrimado a él conscientemente. Qué situación tan embarazosa.

Hank sonrió y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—He dormido de maravilla. ¿Y tú?

Angela asintió, deseando salir de la cama, pero también cautivada por la situación. Estaba totalmente loca, decidió.

—Yo también, gracias a que decidí dejar el sofá.

Hank giró hasta ponerse de costado y se apoyó en un codo. Su mandíbula estaba ligeramente ensombrecida por la barba de la mañana. Tenía el pelo revuelto, con unos mechones asomando por aquí y por allá, y, sin embargo, Angela no lo había visto nunca con un aspecto tan atractivo y masculino.

Permaneció sentada en la cama, sabiendo que tenía el pelo hecho un desastre y que no llevaba ni una gota de maquillaje tras el que ocultarse.

Se ruborizó bajo la intensidad de la mirada de Hank.

—Me estás mirando —dijo, insegura.

—Así es —asintió él. Alargó una mano y le acarició un mechón de pelo rizado—. ¿Por qué lo llevas siempre sujeto atrás?

—Lo tengo demasiado rizado y rebelde.

—Es precioso —Hank dejó caer la mano y se incorporó en la cama. Con expresión ligeramente irritada, tomó su reloj de la mesilla de noche—. Será mejor que nos preparemos para bajar a desayunar. Son casi las siete.

—Puedes pasar primero al baño —ofreció Angela.

—Bien.

Sin dudarlo, Hank salió de la cama, sacó del armario la ropa que se iba a poner y entró en el baño.

Angela miró la puerta cerrada, preguntándose qué lo habría irritado. ¿Su pelo? Eso no tenía sentido. Había dicho que era precioso. El rubor le tiñó las mejillas al recordar aquella palabra.

Tal vez se había asustado al verla sin nada de maquillaje, o le había molestado que se hubiera echado sobre él mientras dormía. Qué embarazoso… Y eso que solo era la primera noche…

Aún le quedaban otras cinco por delante. Se estremeció al pensarlo, sin saber si el estremecimiento se debía al temor… o al placer.

La sesión de la mañana transcurrió sin problemas. Hank trabajó mentalmente en una de sus nuevas campañas de publicidad mientras Barbara les daba una conferencia sobre la historia del matrimonio y los motivos por los que aquella institución era tan importante para la sociedad. A Hank no le preocupaba ni lo uno ni lo otro.

Angela estaba sentada junto a él, escuchando atentamente. La miró disimuladamente. Como de costumbre, se había sujetado el pelo atrás. Pero sus oscuros rizos castaños se negaban a ser sometidos, y se salían del pasador que intentaba sujetarlos.

Había sido extraño despertar con ella prácticamente encima. Su suave aliento le acariciaba el pecho y había sentido la presión de sus senos contra el costado. Al despertar, su primer impulso había sido el de apartarse a toda prisa. Pero no lo consiguió y, según pasaban los segundos, la sensación empezó a parecerle más y más agradable.

El cuerpo de Angela encajaba perfectamente con el suyo. La sentía pequeña y vulnerable mientras dormía, pero también sexy y atractiva.

Al acariciarle el pelo, una ola de calor había recorrido todo su cuerpo. El deseo sexual que se apoderó de él lo tomó totalmente por sorpresa.

Valoraba demasiado las habilidades de Angela como secretaria como para perderlas por mantener relaciones sexuales con ella. Porque serían relaciones sexuales, no hacer el amor. Y tenía la sensación de que Angela querría más; querría que hicieran el amor, no tener relaciones meramente sexuales. Aunque sabía que no era asunto

suyo, aún le intrigaba saber cuántos amantes había tenido.

—Ahora vamos a hacer un descanso para comer —dijo Barbara, apartando la atención de Hank de la mujer que tenía a su lado.

Una hora después, Hank y Angela se reunían con Barbara en la biblioteca para su sesión individual.

—Me gustaría que os sentarais en el suelo, frente a frente —dijo Barbara, señalando la gruesa alfombra que había junto a la chimenea.

Hank se sentó y Angela hizo lo mismo. Él se preguntó si sus rasgos revelarían la misma ansiedad que los de Angela. Mientras se miraban vio la tensión que adelgazaba sus labios y oscurecía su mirada. Tenía la sensación de que aquella iba a ser la primera prueba real de su «matrimonio», y ella debía de estar pensando lo mismo.

¿Podrían hacer creer a Barbara que llevaban dos años casados, que habían compartido las intimidades y secretos que en todo matrimonio se compartían?

—Vamos, acercaos hasta que vuestras rodillas se toquen —dijo Barbara. Mientras Angela y Hank obedecían, ocupó una silla a cierta distancia de ellos—. A menudo, en el juego del cortejo y en la relación que lo sigue, las dos personas implicadas en la relación no lo comparten todo con el otro. Hay partes de su pasado, acontecimientos de su infancia que los convirtieron en lo que son, que a veces no se comparten —sonrió—. Hoy vais a compartir algunos de esos acontecimientos. Ahora, quiero que os toméis de las manos.

Hank tomó las manos de Angela y se sorprendió al comprobar lo suaves y femeninas que eran. No se había fijado hasta entonces, pero tenía unas manos muy bonitas, con dedos largos y delgados y las uñas pintadas de rosa. El esmalte de las uñas lo conmovió extrañamente, pues resultaba un detalle extremadamente femenino en su eficiente secretaria.

Ella le estrechó las manos y él no supo si trataba de transmitirle seguridad o si quería que él la reconfortara. Por si acaso, le devolvió el apretón, preguntándose si tendría idea de lo nervioso que estaba.

—De acuerdo, empezaremos con Angela. Quiero que compartas con Hank el mejor momento que recuerdes desde tu infancia hasta los dieciocho años.

—Eso es fácil —dijo Angela, mirando a Barbara—. El día que mi madre trajo del hospital a mi hermano recién nacido.

—No me lo cuentes a mí —Babara señaló a Hank—. Cuéntaselo a él. Háblale de aquel día y de lo que sentiste.

Angela miró a Hank.

—Tenía nueve años cuando nació Brian. Para entonces, mi padre ya se había ido, y mi madre se ponía enferma muy a menudo, así que

supe que iba a tener que ocuparme mucho de Brian —sonrió y sus ojos se iluminaron al recordar—. Parecía más un monito que un bebé. Tenía la cabeza llena de pelo negro y la carita arrugada como la de un anciano —rió al recordar y el sonido de su risa estremeció a Hank como si hubiera dado un trago de buen licor—. Pero en cuanto rodeó uno de mis dedos con los suyos supe que haría cualquier cosa por él —continuó—. Supe que iba a ser una gran responsabilidad para mí, pero no me importó.

Hank recordó el momento en que entró en casa de Angela y la vio peleando en broma con su hermano. Sus mejillas estaban acaloradas por el esfuerzo, pero sus ojos, sus rasgos y todo su cuerpo estaban iluminados por el amor que sentía por su hermano.

Aquella misma sonrisa iluminaba su rostro en ese instante, transformándolo de normal a casi bello.

—Ese día supe que ya no era Angela Samuels, la hija de Roger y Janette Samuels, sino Angela Samuels, la hermana mayor de Brian Samuels —su sonrisa se desvaneció, dando paso a una expresión pensativa—. Incluso entonces supe que, mientras yo lo quisiera, aquel bebé me querría incondicionalmente. Fue el mejor día de mi vida.

—Y tu hermano aún te quiere incondicionalmente —dijo Hank con suavidad, recordando la escena de la que había sido testigo el día anterior por la mañana.

Angela sonrió.

—Casi todo el tiempo. Ahora es tu turno. ¿Cuál fue el día más feliz de tu vida?

Hank frunció el ceño, pensativo, tratando de recordar un día de su vida que pudiera compararse con el que Angela acababa de compartir con él.

—El día que tuve mi primer caballo —las palabras surgieron de su boca sin ningún esfuerzo. Sonrió mientras el recuerdo se abría paso en su memoria. Hacía años que no pensaba en aquel día—. En aquella época tenía siete años. Cuando regresé del colegio a casa, mi padre me dijo que fuera al establo por un trozo de cuerda que necesitaba. Hice lo que me dijo y, cuando estaba a punto de salir, escuché el resoplido de un animal y el sonido de los cascos de un caballo.

Por un momento se sintió trasladado al viejo establo. A los siete años, lo que más quería en el mundo era un caballo propio. Se consideraba un vaquero, pero era imposible ser vaquero sin tener caballo.

—Entonces aún no teníamos ningún caballo. Seguí el sonido hasta la última casilla del establo y allí estaba… la yegua joven más bonita del mundo. Me miró con sus líquidos ojos marrones y apoyó el hocico

en mi pecho, como buscando mi corazón, y en ese momento supe que íbamos a ser muy buenos amigos.

—¿Cómo la llamaste?

—Bandida. Tenía una mancha oscura alrededor de los ojos y se me ocurrió enseguida —Hank suspiró, reconfortado por el recuerdo—. Creo que incluso entonces ya sabía que teníamos dificultades financieras, y eso hizo que el hecho de que papá me hubiera regalado aquella yegua fuera aún mucho más especial.

La expresión de Angela reflejaba los gratos recuerdos de Frank. Sus ojos irradiaban calidez y sus labios estaban curvados en una complaciente sonrisa.

—Estupendo. Lo estáis haciendo muy bien —la voz de Barbara sorprendió a Hank. Por unos segundos había olvidado que estaba allí con ellos—. Por vuestras expresiones deduzco que no solo estáis disfrutando de vuestros recuerdos, sino también de los del otro. Ahora quiero que hagáis algo más difícil. Quiero que compartáis el día más doloroso de vuestras vidas mientras crecíais.

El primer impulso de Hank fue el de retirar sus manos de las de Angela y decir que no. Ya se sentía como si hubiera sufrido una pequeña invasión en las zonas de su intimidad que con tanto esmero protegía.

Hacía años que no pensaba en Bandida, en aquellos días en el rancho en que fue real y completamente feliz. Sus recuerdos eran suyos, y se sentía reacio a compartirlos.

Pero antes de que pudiera expresar su protesta, Angela suspiró profundamente.

—Eso también es fácil. El día que mi padre se fue —dijo. Sus expresivos rasgos reflejaban miles de emociones, la más fuerte era la tristeza, y un sentido de pérdida tan profundo que Hank sintió su eco en el rincón más oculto de su corazón.

Estrechó sus manos con más fuerza mientras ella se mordía el labio inferior, luchando contra las lágrimas que ya asomaban a sus ojos.

—Ni siquiera sabía que mi padre y mi madre tenían problemas. Nunca peleaban, mamá estaba embarazada y yo pensaba que todo iba bien, que vivía en un mundo seguro. Entonces, una mañana de verano encontré a mi padre haciendo las maletas —una lágrima rodó por sus mejillas y Hank reprimió el impulso de acariciarla—. Me dijo que tenía que irse, que no era feliz viviendo con nosotros —iba a decir algo más, pero cerró la boca, como si hacerlo fuera demasiado doloroso.

En los dos últimos días Hank la había visto avergonzada, indignada e irritada. A lo largo de sus dos años de secretaria la había visto como

eficiente, productiva y capaz. Nada lo había preparado para aquella suave vulnerabilidad, para el dolor que le producía ser testigo del sufrimiento de Angela. ¿Cómo era posible que le afectara tanto?

—No volví a verlo ni a saber nada de él desde aquel día. Se fue sin mirar atrás… y siempre me pregunté si se habría quedado si yo hubiera sido más lista, más guapa, mejor.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, revelando los anhelos y la tristeza de una niña abandonada.

—Dile a Angela lo que sientes, Hank —dijo Barbara con suavidad —. Dile lo que sientes respecto a lo que te ha contado.

Hank miró a Angela a los ojos, vio su necesidad de consuelo y comprendió que no podía bloquear su corazón contra el dolor que ella sentía.

—Lo siento por ella. Me duele el corazón. Desearía que nunca hubiera tenido que pasar por algo así.

—Díselo a ella, no a mí.

—Lo siento por ti —corrigió Hank—. Ojalá hubiera estado allí, ojalá te hubiera conocido entonces para haber podido decirte que fue él quien más perdió, porque no llegó a saber que tenía una hija maravillosa, con un gran corazón.

Y era cierto. A pesar de no conocerla bien, Hank intuía que su capacidad de amar era enorme. Lo había notado cuando había hablado de su hermano.

Se preguntó qué se sentiría siendo el objeto de tanto amor. Sin duda, sería algo espectacular.

—¿Y tú, Hank? —preguntó Barbara—. Comparte con Angela el peor día de tu vida.

Hank frunció el ceño pensativamente unos momentos. Luego se encogió de hombros.

—Me temo que soy una de esas personas cuya infancia fue común y corriente.

—¿Y la muerte de tu madre? —preguntó Angela.

Hank volvió a fruncir el ceño.

—Sé que suena terrible, pero solo tenía cinco años entonces. No tengo muchos recuerdos del día de su muerte. Estuvo hospitalizada tanto tiempo durante mi infancia que era poco más que una desconocida para mí cuando murió —miró a Angela y luego a Barbara —. Creo que no tengo la clase de recuerdos traumáticos que me pides que comparta.

—¿Y la venta del rancho? —preguntó Angela, haciendo que Hank lamentara al instante haberle contado aquello.

—Sí, tienes razón —asintió—. Ese fue un día duro.

—Profundiza en él, Hank —dijo Barbara—. Deja que Angela sepa cómo te sentiste ese día, tu decepción, tu dolor.

«Miente», ordenó una voz interior a Hank. «Inventa algo para satisfacer a Barbara, simula que estás compartiendo, pero guárdate tus sentimientos y emociones para ti». Sin embargo, mientras pensaba aquello, la verdad surgió de sus labios.

—Mi padre no pudo hacer frente a la hipoteca y el banco sacó el rancho a subasta. Aquel fue el día más terrible de mi vida.

Su padre y él vieron cómo el equipo del rancho, los muebles, los animales, todo lo que había sido su vida hasta entonces, era vendido por mucho menos de su valor.

A pesar del tiempo transcurrido, Hank sintió en aquellos momentos la misma rabia que entonces, la misma impotencia.

—Incluso Bandida fue subastada —su voz se cargó de emoción mientras recordaba cómo se llevaron a su caballo a un tráiler.

Solo había sentido aquel dolor otra vez en su vida, cuando tenía veinte años y Sarah Washington le dijo que ya no lo amaba.

—Oh, Hank, cuánto lo siento —dijo Angela, emocionada. Se inclinó hacia él, como queriendo tomarlo entre sus brazos.

—Adelante —dijo Barbara—. Abrazaos. Durante los próximos minutos quiero que os abracéis y os consoléis mutuamente.

Antes de que Hank se diera cuenta de cómo había pasado, Angela estaba en su regazo, con los brazos en torno a su cuello y el rostro enterrado en este.

Hank cerró los ojos y respondió abrazándola. Los senos de Angela presionaron contra su pecho mientras se sentaba a horcajadas sobre él. Era una posición muy provocativa, y Hank trató de distanciarse de ella. Pero era imposible.

Su pelo olía a flores recién cortadas y su cuerpo le ofrecía la calidez del sol. La presencia de Barbara quedó olvidada, así como el juego al que estaban jugando. Hank se negó a pensar y se centró exclusivamente en el placer de tenerla entre sus brazos.

Angela alzó el rostro y lo miró.

—Siento que perdieras a Bandida —dijo, con dulce sinceridad—. No hay nada peor que perder algo que amas.

Incapaz de reprimir el impulso, Hank alzó una mano y acarició un mechón suelto del pelo de Angela.

—Y yo siento que tu padre fuera tan estúpido —replicó—. Y lo era, porque si no no te habría dejado.

—Me gustaría que siguierais consolándoos durante unos minutos. Después, el ejercicio habrá acabado —Barbara se encaminó a la puerta y sonrió—. Nos veremos esta tarde a la hora de cenar —añadió antes

de salir de la biblioteca.

En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, Hank supo que debía soltar a Angela. De momento, el juego había terminado. Sin la presencia de Barbara ya no tenían por qué fingir.

Pero soltar a Angela en aquellos momentos parecía imposible. Quería sentir su calidez. Quería que siguiera rodeándolo con sus brazos. Quería que siguieran consolándose mientras las heridas que habían abierto sanaban lentamente.

Mirando a la mujer que sostenía entre sus brazos, comprendió que no tenía intención de soltarla hasta haber hecho una cosa más. Era una locura, pero no iba a permitir que algo tan ridículo como el sentido común lo refrenara.

Respiró profundamente, se inclinó hacia delante y tomó los labios de Angela entre los suyos.

Capítulo 5

Asombroso… como unos labios que parecían delgados y poco acogedores podían ser en realidad tan suaves y saber tan bien. Inicialmente, el beso fue un poco vacilante, pero aquello no tardó en ser insuficiente.

Hank tocó con su lengua la de Angela y el deseo lo estremeció como un relámpago cuando ella abrió la boca, permitiendo que penetrara en ella.

Sabía a inocencia y a palpitante sensualidad, una combinación embriagadora que fue como una explosión en su cabeza. Bebió de ella, adorando su sabor.

Sintió los poderosos latidos de un corazón, pero no supo si era el suyo o el de ella. Deslizando las manos por su espalda sintió lo delicada que era, y despertó en su interior un intenso sentimiento protector totalmente atípico en él.

Angela se arqueó bajo sus caricias, como un gato disfrutando y alentándolo a que siguiera. Mientras se arqueaba, sus senos presionaron contra el pecho de Hank, como animándolo a que los tocara, a que explorara su plenitud bajo la fina tela que los cubría. Él dudó, temiendo perder el control, temiendo asustarla.

Se hizo vagamente consciente del sonido de sus respiraciones, breves y ligeramente ásperas mientras sus lenguas se acariciaban.

Alzó una mano y tanteó el pasador que sujetaba el pelo de Angela hasta que logró soltarlo.

En cuanto su pelo quedó libre, Angela se apartó de él y se puso en pie.

—¿Por qué… por qué has hecho eso? —preguntó, con voz débil y entrecortada.

Se agachó y recogió el pasador que había caído al suelo. Hank vio cómo temblaban sus manos.

—¿Por qué he hecho qué? —preguntó, aturdido, tratando de recuperar el control, de apartar aquel dulce sabor de su boca. Estaba asombrado por su reacción a aquel beso, por la intensidad de su deseo.

—Besarme. ¿Por qué me has besado? —Angela no lo miró mientras volvía a ponerse el pasador.

Hank se encogió de hombros.

—Si no te ha gustado, ¿por qué me has devuelto el beso?

Las mejillas de Angela se tiñeron de un intenso rubor.

—No he dicho que no me haya gustado. Solo te he preguntado por qué lo has hecho.

Hank se levantó y le pasó una mano por el pelo.

—No lo sé —admitió—. Simplemente ha sucedido. Lo siento. No debería haberlo hecho —era la primera vez en su vida que sentía la necesidad de disculparse por un beso.

—No tiene importancia —dijo Angela. Sonriendo tímidamente, añadió—: Simplemente me has sorprendido. No mencionaste que los besos fueran a formar parte de mi trabajo.

Hank respiró profundamente, tratando de tranquilizar los latidos de su corazón.

—No te preocupes. Te prometo que no formarán parte de tu trabajo habitual —volvió a pasarse la mano por el pelo—. Aún tenemos un par de horas antes de la cena. ¿Qué te parece si vamos a Mustang a dar una vuelta? —sugirió, pensando que un par de horas alejados del rancho les vendrían bien para volver a poner las cosas en su sitio.

Después de lo sucedido se sentía descentrado. Por unos momentos había olvidado que la mujer con la que estaba era su secretaria, Angela.

Por unos momentos, mientras la tenía entre sus brazos, sus rasgos se habían iluminado con una luz interior que la había hecho parecer muy atractiva.

Pero no quería pensar en ella como en una mujer bonita y, mucho menos, sexy.

La necesitaba como secretaria. No podía permitirse complicar las cosas con ella.

—Podemos tomar un café y pensar en algunas ideas para el proyecto Martindale —era una descarada treta para volver a poner las cosas en su sitio.

Angela lo miró, indecisa.

—¿En serio? ¿Vas a dejar que te ayude con ese proyecto?

—Claro —Hank abrió la puerta de la biblioteca, sintiendo que necesitaba un poco de aire fresco para aclarar sus ideas.

—De acuerdo. Deja que vaya por mi bolso.

Mientras Angela subía al dormitorio, Hank salió al porche a esperarla.

No sabía por qué le había afectado tanto el beso que había compartido con ella. No había sido especialmente largo, al menos para lo que él estaba acostumbrado.

Pero no había duda de que le había afectado, y mucho. Su respiración se había vuelto entrecortada y su cuerpo había respondido al instante, como preparándose para hacer el amor apasionadamente.

Volvió a respirar hondo, como si acabara de pasar por una especie de crisis de vida o muerte. Había sido un peligroso descuido, un

momentáneo coqueteo con la locura. Debía tener cuidado durante el resto de la semana. De algún modo, el ejercicio que acababan de practicar con Barbara lo había vuelto más vulnerable… más necesitado. Por un instante, casi se había sentido como si de verdad estuviera casado con Angela. Pero no debía permitir que la frontera entre la fantasía y la realidad se volviera confusa.

Angela tomó su bolso del tocador y se detuvo un momento ante el espejo. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios rojos y un poco hinchados. Se los tocó con los dedos, recordando el beso de Hank. Una intensa calidez la recorrió al recordar los momentos en que los labios de ambos se habían unido.

Había sido su primer beso verdadero, adulto y, además de dejaría sin aliento, había anulado su capacidad de razonar. El instantáneo deseo que se había apoderado de ella la había dejado anonadada.

Si Hank hubiera querido, podría haberla tomado allí mismo, en el suelo de la biblioteca. Podría haberle hecho el amor sin que ella se lo hubiera impedido. De hecho, habría colaborado activamente.

Sintiendo que le ardían las mejillas, se apartó del espejo. Todo había sido culpa de Barbara. El ejercicio que les había hecho practicar había conseguido exactamente su propósito: crear un lazo de unión e intimidad que enriquecería la relación entre las dos personas implicadas.

Pero la única relación que existía entre Hank y ella era la de jefe y empleada. No podía olvidar eso.

Así que, ¿por qué la había besado? Barbara no estaba en la habitación en aquel momento, de manera que no era necesario seguir simulando que estaban casados. Hank había dicho que simplemente había sucedido.

Ella sabía que lo mejor que podía hacer en aquel momento era olvidar lo que había pasado.

Unos minutos después se reunió con Hank en el porche.

—Ya estoy lista —anunció.

—He visto a Brody hace un momento —dijo Hank, mientras se acercaban al garaje—. Le he dicho que no nos esperaran para cenar, que comeríamos algo en el pueblo.

Angela lo miró, sorprendida.

—De acuerdo —dijo.

—También le he dicho que volveremos a tiempo para la última sesión —Hank le abrió la puerta del coche para que entrara.

Angela lo hizo así, preguntándose por qué habría decidido que iban a cenar en el pueblo. Tal vez sentía la necesidad de estar con otras personas… personas distintas a aquellas a las que trataba de

engañar.

Ella sentía la misma necesidad, el deseo de distanciarse de él, de recordar que era su secretaria, nada más. Y tampoco debía olvidar que no era la clase de mujer con la que Hank solía salir.

—Hace un día precioso —dijo, mientras Hank conducía el coche fuera del rancho.

—Maravilloso —asintió él—. Aunque el invierno no tardará en llegar. No querría vivir aquí cuando la nieve empiece a caer.

—¿Por qué no? —preguntó Angela, mirando las amplias extensiones de pasto que los rodeaban.

—Los inviernos son muy duros en esta zona. Las temperaturas bajo cero son habituales, y nieva mucho. Estoy seguro de que, en muchas ocasiones, la gente se siente prisionera en sus casas a causa del clima.

—No sé. La idea de estar atrapada por la nieve me parece bastante romántica —Angela podía imaginar un agradable fuego caldeando el interior de una casita mientras la nieve cubría el exterior. Era fácil imaginarse haciendo el amor bajo una colcha de parches, junto al fuego.

—Qué típico de una mujer disfrutar con la idea de tener a un hombre atrapado a causa del tiempo —replicó Hank en tono irónico.

Aquel era el tipo de comentario machista que sacaba de quicio Angela. Casi agradeció aquel detalle, pues le había recordado que había una parte de Hank Riverton que no le gustaba demasiado.

—Supongo que esa fantasía en particular no es exclusiva de las mujeres —replicó—. Estoy segura de que hay muchos hombres que fantasean con la idea de verse atrapados en una cabaña con una rubia curvilínea de pechos grandes dispuesta a satisfacer sus necesidades.

—Tienes razón —concedió Hank con una sonrisa—. Supongo que puedo ver ciertos atractivos ante la idea de verme atrapado con alguien así.

—Mientras tus necesidades estuvieran localizadas en la mitad inferior de tu cuerpo, supongo que no tendrías problemas —contestó Angela.

Hank rió.

—No dejas de asombrarme. En la oficina nunca has mostrado esa faceta de tu personalidad. No sabía que tuvieras tan buen sentido del humor y una mente tan rápida.

Angela se sintió reconfortada al escuchar aquellas palabras. Sabía lo invisible que había sido para Hank durante los dos últimos años. Sin duda, después de aquella semana su relación de jefe y empleada cambiaría sutilmente para mejor. Tal vez no tendría que buscarse otro trabajo.

Hank redujo la marcha mientras se acercaban a las afueras del pueblo.

—Brody me ha dicho que el Mustang Diner es un buen lugar para comer —dijo, mientras giraba en la calle Main—. Según él, tienen el mejor pastel de manzana de todo el estado.

—Seguro que pronto convencerá al dueño para que empiece a servir las galletas Robinson para el desayuno.

Hank sonrió.

—Ya lo ha hecho. Les regaló el suministro de un mes para que las probaran. Luego, mientras estaba de obras en el rancho, pagó a los trabajadores un dinero extra para que fueran al restaurante, pidieran las galletas y fueran diciendo por ahí que estaban buenísimas.

Angela rió.

—No hay duda de que Brody es un auténtico hombre de negocios.

Hank detuvo el coche frente al restaurante, apagó el motor y se volvió hacia ella.

—Respecto a ese beso… —empezó, evidentemente incómodo con el tema.

Angela alzó una mano para interrumpirlo.

—No sigas —sabía que Hank sentía la necesidad de decirle que aquel beso no había significado nada, y la irritaba que creyera que su forma de besarla había sido tan especial como para hacerle creer que significaba algo—. En serio, Hank, no tienes por qué preocuparte al respecto. En una escala del uno al diez no ha superado un seis. Además, no eres en absoluto mi tipo —antes de que él pudiera replicar, abrió la puerta y salió del coche.

Hank no dijo nada mientras entraban en el restaurante, pero, tras sentarse, no apartó la mirada de Angela mientras esta revisaba la carta. Ella alzó la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Un seis? ¿No le das más que un seis? —preguntó Hank, mirándola con gesto incrédulo.

Angela reprimió una explosión de risa, comprendiendo que había herido su ego.

—No puedo darle más de un seis porque carecía de emoción.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Yo hago la escala y pongo las reglas.

—Pues no me gusta tu escala —dijo Hank, abriendo la carta—. Digas lo que digas, el beso se merecía por lo menos un nueve. ¿Y qué quieres decir con eso de que no soy tu tipo?

—No te lo tomes como algo personal —dijo Angela—. Simplemente quiero más de lo que sueles ofrecer a las mujeres con las

que sales.

—¿Más? ¿Más qué? —la expresión de Hank evidenciaba su frustración.

—Más de ti mismo —Angela cerró la carta, lamentando haberse metido en aquella conversación—. He notado que te has sentido incómodo durante nuestra sesión con Barbara. No estás acostumbrado a compartir. El hombre del que me enamore querrá compartir todo lo suyo conmigo. Y también querrá saberlo todo sobre mí.

Hank frunció el ceño.

—Compartiendo cosas de uno mismo se pierde poder.

—Pero el amor no tiene nada que ver con el poder —protestó Angela—. Enfocas el amor desde el mismo punto de vista que los negocios, y no es lo mismo.

Interrumpieron su conversación cuando la camarera se acercó a su mesa. Pidieron el menú del día y, cuando la camarera se fue, Angela retomó la conversación donde la habían dejado.

—Se supone que el amor no tiene nada que ver con una lucha por el poder, ni con un intento de averiguar las debilidades del otro para poder explotarlas.

Hank se apoyó contra el respaldo de su asiento y la miró especulativamente.

—Si tienes todas las respuestas respecto al amor, ¿por qué sigues soltera?

—No tengo todas las respuestas —protestó Angela—. Solo sé lo que quiero y lo que no quiero. Y sigo soltera porque no he tenido tiempo para encontrar al hombre adecuado. Ayudar a criar a Brian y trabajar para ti no me ha dejado demasiado tiempo —hizo una momentánea pausa, mirando a Hank con curiosidad—. ¿Y tú? ¿Has estado enamorado alguna vez?

Notó que su pregunta había tomado por sorpresa a Hank. Este dio un sorbo a su vaso de agua y luego se paso una mano por la frente, como si empezara a dolerle la cabeza.

—Una vez. Cuando era joven y estúpido.

—¿Cómo se llamaba?

—Sarah. Sarah Washington —un gesto de irritación cruzó el rostro de Hank—. ¿Pero qué es esto? ¿Una especie de interrogatorio?

Angela extendió la servilleta sobre su regazo.

—Siento haber tocado un punto débil.

Hank respiró hondo.

—De acuerdo —dijo, a regañadientes. Tras dar otro sorbo de agua, continuó—. Fue hace mucho tiempo. Pensaba que era mi chica, la mujer que iba a pasar el resto de su vida conmigo. Estaba equivocado

—miró a Angela un momento y luego movió la cabeza, como para apartar de su mente el pensamiento que había pasado por su cabeza —. Me has dicho algunas veces que te gustaría tomar parte más directa en las actividades de la agencia. ¿Por qué no me cuentas algunas de las ideas que hayas tenido sobre la campaña Martindale?

Angela supo que había llegado el momento de cambiar de tema, aunque aún sentía curiosidad por saber algo de la joven que había capturado el corazón de Hank para luego dejarlo plantado.

Durante la comida hablaron de la campaña publicitaria de Martindale y de otras. Angela compartió con Hank varias ideas que tenía para promocionar empresas y estimular las ventas.

El le explicó pacientemente por qué algunas de sus ideas no servirían, y alabó las que parecían tener posibilidades. Angela agradeció sus consejos y opiniones, dispuesta a aprender todo lo posible de él.

Aquella era la clase de relación que había soñado cuando empezó a trabajar como secretaria de Hank. Quería aprender, que la tomaran en serio, demostrar que valía lo suficiente como para llegar a tener parte activa en el negocio.

—Eres brillante, Angela —dijo Hank, mientras regresaban al rancho después de disfrutar de un trozo de pastel de manzana con café —. Y tienes razón: he malgastado tu talento haciendo que te ocupes de mis asuntos personales. Cuando volvamos a la oficina va a haber algunos cambios.

—Eso me gustaría mucho —dijo Angela sonriendo, feliz. Aquello era lo que había querido desde que empezó a trabajar para Hank. En lugar de pasarse los días organizando citas para comer y mandando flores, iba a tener la oportunidad de utilizar su inteligencia.

—Tienes una mente muy despierta, enanita —le dijo su padre el día antes de irse para siempre—. Tienes que utilizar tu cerebro. Tu inteligencia te llevará lejos —sus ojos la miraron con un toque de tristeza—. Desgraciadamente, no vas a ser una de esas chicas que pueden depender de su físico para salir adelante.

Cerró los ojos y trató de apartar aquellos dolorosos recuerdos. Enanita. Así era como la llamaba siempre su padre. Lo quería con locura y durante años, después de que se fuera, se preguntó si se habría quedado si ella hubiera sido más guapa.

Pero sabía que no. Su padre se habría ido aunque ella hubiera sido Miss Universo. Le costó años comprender que su marcha no tuvo nada que ver con ella.

Poco después de llegar al rancho, Angela y Hank se reunieron con las otras parejas en la biblioteca. Barbara resumió las actividades del

día, lo que habían aprendido, lo que aún les quedaba por explorar.

Cuando Barbara terminó, la conversación giró hacia los niños. Trent y Elena hablaron de su hijo con evidente adoración.

—Travis es un manojo de nervios —dijo Elena—, pero es brillante y sano, y un constante recuerdo de nuestro amor —sus ojos destellaron mientras buscaba la mano de su marido.

Angela anhelaba aquella clase de contacto con un hombre y, si tenía suerte, algún día tendría hijos.

—No hay nada mejor en el mundo que los hijos —dijo Brody—. Barbara y yo tenemos dos, chico y chica. Por supuesto, ya son mayorcitos y tienen sus propias familias, pero son una alegría sin la que nadie debiera pasarse.

—Por desgracia, Stan y yo no podemos tener hijos —dijo Eddie, con evidente pesar—. Hemos ido a toda clase de especialistas, pero no hemos tenido suerte.

—El año pasado decidimos adoptar uno y estamos esperando que la agencia nos avise en cualquier momento —continuó Stan. Sonrió a su esposa y la expresión de esta se iluminó.

Todos los felicitaron, y luego Brody se volvió hacia Hank.

—¿Y vosotros? No me digas que habéis sacrificado tener hijos por el todopoderoso dólar y el afán de prosperar —había un tono sutilmente acusador en su voz.

—En absoluto —replicó Hank—. De hecho —continuó, tomando la mano de Angela—, no íbamos a anunciarlo todavía —sonrió orgulloso mientras ella sentía que se le encogía el estómago—. Angela está embarazada de tres meses.

Capítulo 6

—¿Estás loco? —Angela taladró a Hank con la mirada en cuanto entraron en su dormitorio—. ¿Has perdido la cabeza, o qué?

Hank alzó las manos en un intento por aplacarla, aunque sabía que merecía su enfado.

—Lo siento. La verdad es que no sé qué me ha pasado.

Pero sí sabía lo que le había impulsado a hacer aquella ridícula declaración. Por primera vez en su vida había sentido envidia. Había envidiado a las otras parejas por su evidente afecto, por los lazos de unión que había entre ellos, que no parecían disminuirlos individualmente, sino más bien al contrario. Había visto el brillo de sus ojos mientras hablaban de sus respectivas familias y había deseado aquello para sí mismo.

—Me he visto superado por la situación —dijo, finalmente.

—Pues mientras tú te veías superado por la situación, a mí me has dejado embarazada —replicó Angela.

—Pero yo no he pretendido dejarte embarazada —de pronto, Hank se dio cuenta de lo divertido de la situación y de sus propias palabras. Se sentó en el borde de la cama y miró a Angela, que caminaba de un lado a otro de la habitación—. Aunque no teníamos exactamente planeado el embarazo, prometo que estaré a tu lado cada paso del camino, tanto financiera como emocionalmente.

Angela dejó de caminar, lo miró fijamente unos segundos y rompió a reír, como si acabara de darse cuenta de lo ridícula que se había vuelto su conversación.

Se acercó a la cama y se sentó junto a Hank.

—¿Y qué piensas hacer dentro de seis meses, cuando Brody quiera ver a nuestro hijo? ¿Alquilar uno?

—¿Hay algún sitio para hacerlo? —Hank rió al ver el renovado enfado de Angela—. No sé… no puedo pensar con tanta antelación. De momento me conformo con superar esta semana.

—Yo debería negarme a seguir adelante con esta farsa y hacer el equipaje para irme a casa de inmediato.

Hank asintió.

—Y yo no te culparía por ello —se pasó una mano por el pelo y miró a Angela. Como siempre, llevaba el pelo sujeto a la altura de la nuca. Sintió el impulso de alargar una mano para soltárselo y liberar todos aquellos rizos.

Al recordar el beso que habían compartido sintió el deseo de volver a saborear sus labios, de sentir el calor de su cuerpo contra el suyo.

Le parecía extraño haberla considerado alguna vez poco atractiva. Aunque no era bonita en un sentido clásico, su rostro irradiaba una calidez que hacía olvidar que sus rasgos eran bastante irregulares. Y sus ojos, de un precioso color castaño dorado, atraían inevitablemente la atención.

—¿Y hemos elegido ya el nombre para nuestro retoño? —preguntó Angela, sacando a Hank de sus absurdos pensamientos.

—Por supuesto. Hank Júnior si es niño, y Ashley si es niña.

—Parece que has pensado mucho en ello —Angela ladeó la cabeza y miró a Hank con curiosidad—. Entiendo de dónde viene el Hank Júnior, ¿pero qué me dices del Ashley?

—Mi padre me contó que mi madre siempre quiso tener un Hank y una Ashley. Murió antes de tener una Ahsley, y he pensado que así podemos hacer que su deseo se cumpla.

Angela alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Bajo tu actitud machista hay un hombre muy agradable, Hank Riverton.

Hank sintió el calor de sus dedos en la piel y aspiró su aroma. Un inmediato deseo se apoderó de él. Deseo de hacerle el amor, de excitarla hasta que por sus venas corriera lava, de unirse a ella como nunca se había unido con otra mujer.

Se levantó bruscamente.

—Voy a prepararme para meterme en la cama —dijo, y entró en el baño.

Mientras permanecía bajo el agua de la ducha trató de averiguar con exactitud lo que le estaba pasando. Hacía tiempo que no sentía el deseo que acababa de experimentar por Angela.

Había querido hacerle el amor, conectar con ella no solo físicamente, sino también mental y espiritualmente. Desde Sarah, lo que había tenido con las demás mujeres a las que había conocido era mero sexo, sin ninguna otra conexión.

Sarah. Hacía años que no pensaba en ella, a pesar de que, en otra época, lo había sido todo para él. Y Hank se lo dio todo: los sufrimientos de su pasado, las esperanzas de su futuro… Adoraba su pelo castaño, su pequeña figura, su forma de arrugar la nariz cuando se ponía pensativa, su forma de comer, su expresión cuando dormía.

Empezó a hacer planes de boda, para su vida en común. Creía con firmeza que lo que estaban construyendo duraría toda la vida.

Pero, tras cuatro meses, Sarah decidió romper.

—Eres demasiado intenso, Hank. Yo solo quiero divertirme —le dijo, rompiéndole el corazón en mil pedazos.

Durante su último año de universidad, Hank vio cómo Sarah se

divertía, saliendo primero con un compañero suyo, luego con otro. Sufrió aquel amor no correspondido como un auténtico y trágico poeta. Cuando terminó de sufrir, empezó a divertirse. Y no había dejado de hacerlo desde entonces.

Así que, ¿de dónde surgían aquellos sentimientos por Angela?, se preguntó mientras salía de la ducha. Aunque había bastantes similitudes físicas entre Sarah y ella, la personalidad de Angela era más fuerte, su sentido del humor era mejor y tenía una mente mucho más aguda. No recordaba haberse divertido tanto con Sarah como con ella.

Se puso los pantalones cortos de deporte y miró pensativamente su reflejo en el espejo. Aquel inesperado e intenso deseo por Angela tenía que ser una reacción al cursillo que estaban recibiendo, unido a la cantidad de tiempo que pasaban juntos.

Se relajó. Sí, esa debía de ser la respuesta. No era tanto que deseara a Angela como que las circunstancias en que se hallaban habían favorecido el surgimiento del deseo. Una vez comprendía su atracción por ella, podía enfrentarse a la situación con más calma.

Solo debía recordar que era un deseo nacido de las especiales circunstancias en que se hallaban. En cuanto se fueran de Mustang, volverían a su situación inicial de jefe y secretaria, sin complicaciones emocionales ni físicas.

Esa noche se acostó convencido de que no sentía nada por Sarah, de que los breves momentos de deseo que había experimentado solo se debían a las especiales circunstancias de forzada intimidad en que se hallaban.

A la mañana siguiente despertó con el fragante aroma de Sarah rodeando su cabeza. Sin abrir los ojos, supo que había vuelto a apoyar la cabeza sobre su pecho y que él la tenía rodeada con uno de sus brazos.

Por su pausada respiración, dedujo que aún dormía. Abrió los ojos y contempló su rostro, preguntándose cómo había podido considerarla alguna vez una chica corriente.

Sus rasgos eran fuertes y marcados, y estaban ordenados de una forma lo suficientemente poco convencional como para resultar interesantes, pero no corrientes. Tomó un mechón de su pelo entre los dedos, no queriendo despertarla, pero necesitando acariciar su sedosa suavidad.

Pensó que así era como despertaban las parejas de todo el mundo. Uno en brazos del otro.

Y muchas de ellas empezaban la mañana haciendo el amor, o hablando sobre sus planes para el día que los aguardaba.

Y esa era la clase de intimidad que siempre había asustado a Hank. Pero, de momento, con Angela entre sus brazos y la luz del amanecer entrando por la ventana, en lugar de asustado se sentía muy a gusto.

Sin darle tiempo a digerir sus pensamientos, Angela abrió los ojos. Por un instante, su luz ambarina iluminó a Hank, y una placentera sonrisa curvó sus labios. Pero, sin apenas transición, la sonrisa se esfumó y ella se incorporó bruscamente en la cama.

—Lo siento —dijo, apartándose. Se habían soltado dos botones de la chaqueta de su pijama, regalando a Hank con la visión del inicio de sus senos—. No pretendía arrinconarte.

—No me he sentido arrinconado —replicó él. Se vio a sí mismo desabrochando el resto de los botones, separando la tela hasta dejar expuesta la suave piel que ocultaban. Casi pudo saborearla en sus labios, sentir su calor…

—No sé por qué lo hago… Tal vez porque en casa suelo dormir en ese lado de la cama, o porque tengo frío de noche… No lo sé.

—Olvídalo, Angela. No hay problema —por algún motivo, aquellas excusas irritaron a Hank—. Sé que soy él último hombre de la tierra junto al que querrías acurrucarte —salió de la cama, más irritado consigo mismo que con ella.

Debía de estar teniendo una pesadilla mientras pensaba en hacer el amor con Angela, en compartir sus mañanas. Eso era lo que hacían los hombres casados con sus esposas, y él no quería una esposa. Y no pensaba ablandarse y ponerse sentimental pensando en aquellas cosas. ¿Qué le estaba pasando? Debía controlarse.

Tomó su ropa y fue al baño, dejando a una boquiabierta Angela a sus espaldas.

Angela sabía por qué Hank se había mostrado distante y ligeramente irritado con ella durante todo el día. Era porque, una vez más, se la había encontrado prácticamente encima al despertar.

No sabía qué pensamientos inconscientes la atraían hacia él en medio de la noche. No controlaba las energías magnéticas que fluían entre ellos a esas horas. Pero comprendía que aquello irritara a Hank.

Había permanecido frío y distante durante todo el desayuno, animándose solo cuando llegó el momento de su sesión privada con Barbara. Y ella sabía que eso solo lo hacía en beneficio de la farsa en la que estaban metidos.

—Pecadillos —dijo Barbara, una vez que estuvieron sentados en la biblioteca.

—¿Cómo? —dijo Hank.

—Pecadillos —repitió Barbara—. Hábitos irritantes, manías del otro que os molestan. Eso es lo que quiero que exploréis hoy —

alcanzó a cada uno un cuadernito y un bolígrafo—. Quiero que escribáis las pequeñas cosas que hace vuestra pareja que os molestan. Sin tapujos.

Angela miró el papel, tratando de pensar en algo que hubiera hecho Hank esos dos días que pudiera considerarse irritante. No logró pensar en nada. Había sido un compañero de dormitorio muy considerado, y no había prolongado sus estancias en el baño más de lo estrictamente necesario.

Lo miró de reojo y comprobó que estaba escribiendo algo en su cuaderno. Frunció el ceño. ¿Qué estaría escribiendo sobre ella? ¿Qué podía haber hecho que lo molestara?

Frunció el ceño aún más al volver a mirar su cuaderno. Tenía que pensar en algo. Todo el mundo tenía sus manías, costumbres que molestaban a otros, como apretar el dentífrico por el medio o dejar la tapa del inodoro levantada…

Pero, durante el tiempo que habían pasado juntos, Hank no había hecho eso ni nada parecido.

Pero su matrimonio no era real y, por tanto, lo que escribiera tampoco tenía por qué serlo. Sonrió, empezando a disfrutar del ejercicio.

Barbara les dio un cuarto de hora para escribir.

—De acuerdo, supongo que ya habréis escrito las mayores ofensas —dijo finalmente, sonriendo—. Empecemos por Angela. ¿Qué es lo primero que has escrito?

—Nunca me llama cuando va a llegar tarde del trabajo —contestó Angela, sin mirar a Hank. Si lo hacía, temía romper a reír.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —preguntó Barbara.

Angela pensó un momento.

—Siento que no soy lo suficientemente importante para él, que me da por supuesto. A veces me molesto en preparar una cena especial para recibirlo. Entonces él no llama para avisar y cuando llega ya está todo frío —miró furtivamente a Hank. Sus ojos brillaban de risa… y con la promesa de una venganza.

—Hank, ¿oyes lo que Angela te está diciendo? ¿Que no llamándola le haces sentir que no es importante para ti? —dijo Barbara.

—Lo he oído.

—Dile que lo sientes —Barbara sonrió como una madre que estuviera haciendo las paces entre sus hijos.

Hank asintió y tomó una mano de Angela.

—Lo siento, querida. No me había dado cuenta de que no llamándote hacía que te sintieras mal. Prometo mejorar en el futuro —estrechó su mano con una renovada promesa de venganza.

—De acuerdo… Bien —Barbara sonrió—. Y ahora es tu turno, Hank.

—Angela utiliza el sexo como un arma —dijo él.

Angela se quedó boquiabierta.

—No es cierto —protestó.

Hank asintió solemnemente.

—Sí es cierto —dijo, mirando a Barbara—. Si hago algo que la molesta, se niega a hacer el amor conmigo esa noche. No me deja que la abrace ni la bese. A veces siento que prácticamente tengo que rogarle para que me deje hacerle el amor.

—Eso es ridículo —protestó Angela.

Hank miró a Barbara con expresión abatida.

—Y ahora, lo más seguro es que esta noche no me deje tocarla, por mucho que lo desee.

Barbara miró a Angela.

—¿Te resulta física o emocionalmente incómodo el sexo?

—No —Angela lanzó una llameante mirada a Hank. Él sonrió con gesto compungido. No había duda de que era buen actor. Bajó la mirada hacia su regazo y luego volvió a mirar a Hank—. Lo siento. Quiero que sepas que no te rechazo conscientemente. Pero cuando siento que no soy importante para ti se me quitan las ganas de hacer el amor. Y, la mayor parte del tiempo, tu trabajo es más importante que yo o mis necesidades.

Sintió una gran satisfacción al darse cuenta de la facilidad con que le había devuelto la pelota.

—Parece que una de las cosas en las que necesitáis trabajar es en el respeto mutuo —dijo Barbara—. En eso y en aseguraros de que vuestra pareja sienta que es lo más importante para vosotros. ¿Qué más tienes en tu lista, Hank?

—Angela se sujeta el pelo.

Instintivamente, Angela se llevó una mano a la nuca, donde tenía el pelo sujeto con un pañuelo azul.

—Me lo sujeto atrás porque es más cómodo que pasarme el día peleándome con él.

—A mí me gustaría que lo llevaras suelto. Tienes un pelo precioso, pero nunca lo enseñas —dijo Hank. El humor había desparecido de su mirada. En su lugar, Angela percibió un destello de sincero anhelo.

—Podría… podría soltármelo a veces —el brillo de los ojos azules de Hank le produjo un cosquilleo en la boca del estómago.

—Eso parece fácil de arreglar —dijo Barbara, atrayendo la atención de Angela y de Hank hacia ella—. Unos días puedes llevarlo suelto y otros sujeto —sonrió a Angela—. Tu turno de nuevo. ¿Qué

más has escrito?

Angela miró su cuaderno, tratando de olvidar el único momento en que había percibido aquella emoción en la mirada de Hank.

Sin duda, debía de haberlo imaginado. Tratando de aligerar el ambiente, eligió un tema de su lista que pensaba que lo haría reír.

—A veces me trata como a una secretaria en lugar de como a una esposa —dijo—. Y puedo asegurarte que no paga a su secretaria la mitad de lo que se merece —se sintió aliviada al ver que la mirada de Hank volvía a sonreír.

El resto de la sesión pasó rápidamente mientras Barbara les hablaba sobre cómo evitar los malos hábitos y reforzar los buenos.

—La comunicación es la base de un matrimonio saludable y feliz —concluyó.

—Voy a salir a dar una vuelta con Trent. Quiere llevarme al rancho de su cuñado para que vea algunos de sus caballos —dijo Hank cuando la sesión terminó—. Estaremos de vuelta en un par de horas.

—De acuerdo —dijo Angela, pensando que aquella salida tenía menos que ver con los caballos que con la necesidad de Hank de estar menos con ella.

Probablemente no se había parado a pensar en lo larga que podía resultar una semana simulando estar casado con una mujer que no le interesaba y con la que se veía obligado a compartir hasta la cama.

Tenía un par de horas antes de la cena, de manera que subió al dormitorio y se sentó cómodamente en la cama para leer una revista que había llevado consigo.

Pero ninguno de los artículos que hojeó logró hacerle apartar la mente de su jefe.

Sabía lo que estaba pasando. El enamoramiento que sintió por Hank cuando empezó a trabajar para él había regresado con más fuerza.

No estaba segura de cuándo había sucedido, pero era un hecho.

Miró el anillo que llevaba en el dedo. El diamante destelló bajo la luz que entraba por la ventana.

Era un anillo precioso, pero no encajaba bien en su dedo. Como Hank y ella, que tampoco encajaban. El anillo podía retocarse para que se adaptara a su mano, pero no podía hacerse lo mismo con las personas. Y no debía olvidar eso.

Sería una tontería alimentar cualquier pensamiento romántico en lo referente a Hank. Ella sabía mejor que nadie la clase mujeres que le gustaban. Se había ocupado de mandarles flores, de comprarles regalos, de reservar mesa en restaurantes de moda para Hank y su acompañante del momento.

No podía competir con aquellas desenvueltas y bellas mujeres, y el mero hecho de intentarlo sería una locura. Enanita. El apelativo de su padre resonó en su mente. Era evidente que a Hank le gustaban las mujeres físicamente bellas, pues nunca lo había visto con ninguna que no lo fuera. Su vida amorosa parecía un desfile de concursantes para el título de Miss Universo.

Hank podía pensar que su pelo era bonito, o disfrutar con su sentido del humor. Pero eso estaba muy lejos del amor. Los hombres como Hank no se enamoraban de las mujeres como ella.

Pero no estaba seriamente enamorada de él. Solo estaba un poco encaprichada, y eso no iba a llevar a nada más. No podía permitir que se convirtiera en algo más profundo, porque solo una tonta permitiría que su jefe le rompiera el corazón.

Capítulo 7

—Tranquilo, muchacho, tranquilo —Cameron Gallagher trató de apaciguar al enorme semental acariciándole el cuello.

El gran caballo negro estaba encerrado en un corral. Hank y Trent estaban junto a la valla, observando cómo trabajaba Cameron con el animal.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo Trent.

—Desde luego —asintió Hank.

—Cam lo atrapó hace un par de semanas en un cañón por el que suelen deambular varias manadas de caballos salvajes —explicó Trent —. Hacía varios meses que le había echado el ojo.

—Se nota que sabe manejar a los caballos —dijo Hank, observando las maniobras de aquel vaquero alto y moreno con el animal.

—Lo único que le interesa a Cameron son los caballos, su esposa y su hija… no necesariamente por ese orden.

Trent hizo un saludo con la cabeza mientras Cameron se acercaba a donde estaban.

—Hola, Cam.

—Hola, Trent —saludó Cameron.

—Este es Hank Riverton, de Great Falls. Le estaba contando lo bien que se te da atrapar y domar caballos.

—¿Es usted ranchero, señor Riverton? —preguntó Cameron mientras estrechaba la mano de Hank.

—De momento no, pero puede que en el futuro. En algún momento me gustaría tener un pequeño rancho con algunos caballos —contestó Hank, sorprendiéndose al comprobar que lo que acababa de decir era cierto.

—Hay mucha tierra sin explotar en Mustang. —Probablemente buscaré por la zona de Great Falls —contestó Hank. Tomó nota mental para tantear la posibilidad de comprar alguna propiedad cuando regresara a Great Falls.

—Espero que tenga suerte —dijo Cameron, que apenas podía disimular sus ganas de volver con el caballo.

Trent miró su reloj.

—Supongo que ya va siendo hora de que volvamos. Elena y yo tenemos nuestra sesión con Barbara después de la cena.

—¿Qué te decidió a hacer el cursillo? —preguntó Hank mientras regresaban al todo terreno de Trent. Trent se encogió de hombros. —Elena pensó que nos vendría bien —dedicó a Hank un guiño cómplice —. Ya conoces a las mujeres, les encantan este tipo de cosas.

—¿Y a ti no te importó? —preguntó Hank. Trent sonrió como si fuera poseedor del secreto más fantástico del mundo.

—¡Claro que no! Me hace feliz lo que le haga feliz a ella, y esto tampoco requiere tanto esfuerzo.

Hank volvió a sentir una envidia atípica en él. Mientras regresaban al rancho pensó en la sonrisa de Trent. Había sido algo más que el simple gesto de un hombre feliz. Había sido la sonrisa de un hombre que hnbía encontrado el secreto de una profunda dicha, y lo había encontrado en la felicidad de su esposa.

Hank nunca había pensado demasiado en el matrimonio y la familia. Nunca le habían interesado esos temas. Pero de pronto empezaba a pensar en la idea, tratando de imaginar lo que sería amar a una mujer todos los días y noches de su vida. ¿Qué sentiría sosteniendo entre sus brazos a un Hank Júnior o a una Ashley recién nacida? Por primera vez en su vida, la idea no lo asustó.

Tal vez había llegado el momento de empezar a buscar una esposa. Tenía treinta y tres años. Si iba a tener familia, no quería empezar cuando ya fuera demasiado mayor como para disfrutar de los niños.

—¿Te gusta ser padre? —preguntó a Trent.

Trent asintió.

—Aunque no haga otra cosa en la vida aparte de criar a mi hijo, ya habré hecho algo importante —replicó. Tras una pausa, sonrió y preguntó—: ¿Te pone un poco nervioso el embarazo de tu mujer?

—El embarazo… Oh, sí… un poco —por un instante, Hank sintió el impulso de sincerarse con Trent diciéndole que su matrimonio y el embarazo de Angela no eran más que mentiras.

—No te preocupes —dijo Trent—. Tener hijos es casi tan divertido como hacerlos.

Hank le dedicó una débil sonrisa. El impulso de sincerarse pasó. No tendría sentido decir la verdad y arriesgarse a perder a Brody como cliente por un momentáneo ataque de mala conciencia.

Cuando llegaron al rancho, Trent fue a reunirse con su esposa y Barbara en la biblioteca, y Hank subió a su habitación, donde encontró a Angela caminando de un lado a otro.

—¿Intentas hacer un agujero en la alfombra? —preguntó.

—No, solo estaba pensando —contestó ella, y se sentó en el sofá con expresión preocupada—. ¿Has visto los caballos del cuñado de Trent?

—Algunos —Hank se sentó en el borde de la cama.

Sabía que se había ido bruscamente, dejando allí sola a Angela. Pero, de algún modo, sentía que todos aquellos inquietantes pensamientos sobre el matrimonio y la familia giraban en torno a la mujer que estaba sentada frente a él. Y eso lo asustaba.

Desde que Angela empezó a trabajar para él, dos años antes, no

solo sus negocios, sino también su vida personal, habían fluido con gran suavidad.

El año anterior a encontrarla había tenido cinco secretarias. Intuía que encontrar una esposa adecuada sería mucho más fácil que encontrar una buena secretaria. Y no estaba dispuesto a arriesgar lo que tenía siguiendo un impulso de locura o cediendo al absurdo deseo que sentía por ella en algunos momentos.

—¿Qué quieres hacer antes de comer? —preguntó Angela—. ¿O tienes ya algún plan? —miró su reloj—. Aún tenemos una hora y media libre.

—Tú haz lo que quieras —Hank se tumbó en la cama—. Yo creo que voy a echar una pequeña siesta —era hora de recuperar y mantener las distancias con ella. Cerró los ojos, demasiado consciente de su presencia en el dormitorio.

—De acuerdo. Entonces nos vemos en el comedor.

Hank gruñó una ambigua respuesta. Oyó que Angela se levantaba y sintió que lo miraba, dubitativa. Luego oyó sus pasos mientras salía del dormitorio.

Suspiró, aliviado, esperando que el aroma de su perfume se fuera con ella.

Cuatro días más y aquella loca semana habría acabado. Cuatro días más y estarían de vuelta en Great Falls.

Sin duda, podría superar aquellos cuatro días. Podía seguir simulando ser su marido a la vez que se mantenía lo suficientemente distanciado de ella para no poner en peligro su relación de trabajo.

Y, durante los dos días siguientes, Hank logró mantener las distancias. Siguió interpretando su papel de marido feliz, aunque notó que Angela sentía con toda claridad su distanciamiento. Vio preguntas no formuladas en sus ojos, pero no las respondió. ¿Qué sentido habría tenido confesar que le gustaba su secretaria? Sobre todo porque no tenía intención de hacer nada respecto a sus sentimientos por ella.

Los únicos momentos en los que se tocaban era mientras dormían. Cada noche, a pesar de que Hank se proponía que no fuera así, sus cuerpos buscaban la calidez y el placer de tocar al otro. Y cada mañana despertaban abrazados y se apartaban como si aquel contacto los quemara.

Para el sábado por la tarde, Hank se felicitó en silencio por un trabajo bien hecho. No solo habían engañado a Brody y a Barbara, sino a las demás parejas y, además, él había logrado dejar a un lado sus extraños sentimientos por Angela.

Aquellos momentos de deseo, aquella loca necesidad de abrazarla, de besarla, habían pasado y, al día siguiente a primera hora,

regresarían a Great Falls, de vuelta a sus vidas normales y separadas.

Dedicó a Angela una confiada sonrisa mientras empezaban su última sesión privada con Barbara. Como habían hecho durante toda la semana, se sentaron en la mullida alfombra que había junto a la chimenea mientras Barbara ocupaba un sillón a cierta distancia de ellos.

—He disfrutado mucho trabajando con vosotros dos durante esta semana —dijo Barbara—. Dentro de unos días os mandaré un breve cuestionario. Espero que os toméis el tiempo necesario para contarme lo que os ha parecido esta experiencia y lo que ha funcionado y lo que no para vuestra relación.

—También ha sido una semana estupenda para nosotros, Barbara —dijo Angela. Hank asintió, satisfecho como siempre con el encanto natural de su secretaria.

Sería una esposa estupenda para cualquier hombre, pensó, tratando de reprimir una punzada de pesar. Tenerla sería un auténtico logro en la vida de cualquiera. Pero él no la quería como esposa. La necesitaba desesperadamente como secretaria.

—De acuerdo —Barbara unió sus manos y sonrió—. Hoy vamos a experimentar algo divertido. Las parejas no tardan mucho en dar el sexo por sentado. Las noches de largas caricias e interminables jugueteos suelen terminar pronto tras la boda.

Hank sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Qué pretendía Barbara que hicieran? ¿Practicar algún juego íntimo allí mismo, en la biblioteca, ante ella? Seguro que no. Miró a Angela y vio que su rostro reflejaba la misma ansiedad que él sentía.

Barbara rió.

—Deberíais veros las caras. No os preocupéis, no soy una mirona empeñada en compartir unos momentos íntimos con vosotros. De hecho, no quiero que os acariciéis en un sentido sexual, aunque sí quiero que os toquéis el uno al otro.

—¿Qué quieres decir? —Hank trató de no mostrar la aprensión que sentía. Tocar a Angela, de cualquier manera, se había convertido en una exquisita forma de tortura.

—Empezaremos contigo, Hank —dijo Babrbara—. Quiero que explores el rostro de Angela con las manos.

Hank miró a Angela, preguntándose si alguien más en la habitación podría oír los fuertes latidos de su corazón. No quería tocarla… porque deseaba con toda el alma hacerlo.

Enmarcó su rostro con las manos y luego miró a Barbara.

—No estoy seguro de lo que quieres que haga.

—Cierra los ojos. Simula que tu única forma de ver es con los

dedos —explicó Barbara—. Empieza con el pelo y luego sigue por el rostro.

Hank cerró los ojos y desató el pañuelo que sujetaba el pelo de Angela en la nuca. Los sedosos mechones resultaban maravillosamente eróticos contra las palmas de sus manos. Comprendió que había soñado con hacer aquello desde que la vio con el pelo suelto la mañana que fue a recogerla a su casa.

Tras disfrutar un rato con aquello, deslizó las puntas de los dedos por su frente, por sus perfectamente arqueadas cejas y a lo largo de su nariz. Su piel era mucho más suave de lo que había imaginado.

Sus mejillas desprendían calor y cuando deslizó los dedos con ligereza por sus labios, Hank abrió los ojos y la miró.

¿Cómo era posible que hubiera considerado alguna vez a Angela como un chica del montón? Sus ojos color ámbar despedían un brillo que lo dejó sin aliento. Sus largas pestañas revolotearon un momento cuando apartó la mirada, avergonzada.

A continuación fue ella la que exploró los rasgos de Hank. Las puntas de sus dedos estaban frías y temblaron ligeramente cuando las deslizó por sus cejas y mejillas. Cuando le tocó los labios, él sintió que el fuego que había estado latente en su interior se inflamaba en llamas.

Sintió el aliento de Angela en el rostro, cálido, dulce y ligeramente agitado, demostrando que ella también se sentía afectada por aquel ejercicio de caricias.

—De acuerdo —la voz de Barbara rompió el embrujo. Angela apartó las manos y Hank dio un profundo suspiro.

—Ahora las manos —dijo Barbara—. Quiero que os exploréis mutuamente las manos.

El corazón de Hank volvió a latirle descompasadamente en el pecho. Quería salir de allí, alejarse de Angela. Pero, en lugar de saltar y marcharse de allí corriendo, en lugar de hacer una escena, tomó las manos de Angela entre las suyas.

Pequeñas. Delicadas. Hank nunca había imaginado que unas manos pudieran ser tan eróticas.

—Solo voy a poneros un deber más —dijo Barbara al cabo de unos momentos. Hank soltó las manos de Angela, agradecido por la interrupción—. Quiero que esta noche exploréis vuestros cuerpos. Quiero que toquéis y acariciéis todos los rincones, excepto las zonas erógenas más habituales. Los brazos, las piernas, las rodillas, los hombros… Quiero que ambos os deis cuenta de que hacer el amor no es solo una cuestión de tocar los órganos sexuales. Tomaos el tiempo necesario para descubrir esas secretas zonas erógenas que todos

tenemos. Y eso es todo —concluyó, levantándose.

Hank saltó de la alfombra como si un pie invisible le hubiera dado una patada. Angela también se puso en pie, con las mejillas a juego con la camiseta roja que llevaba puesta.

—Nos vemos a la hora de cenar —dijo Barbara. Con una sonrisa, salió de la biblioteca.

—Vaya —dijo Hank, forzando una animada sonrisa—. Esto sí que ha sido intenso.

—Demasiado, para mí —dijo Angela, sin mirarlo—. Ese es un deber que no vamos a completar.

Hank sintió una punzada de remordimiento. Cuando Angela iba a salir, la tomó por el brazo.

—Lo siento, Angela. No sabía en qué nos estábamos metiendo cuando planeé esto.

Angela se apartó de él y se encogió de hombros.

—No te preocupes.

—Pero no sabías que te iba a toquetear cuando aceptaste hacerte pasar por mi esposa —Hank miró su rostro, buscando algún indicio de que no estaba enfadada, de que todo iba bien—. Necesito saber que podemos dejar todo esto atrás cuando volvamos al trabajo.

—Claro que podemos —dijo Angela, aunque sin mirarlo.

—¿Estás segura?

—No hay problema —contestó Angela, mirándolo finalmente—. Cuando volvamos a la oficina me quitaré el anillo, tu volverás a ser el señor Riverton y yo recibiré la gratificación que hará que todo lo sucedido merezca la pena.

Hank sintió una extraña decepción al oír mencionar el dinero, aunque no entendía por qué. Sabía desde el principio que Angela había aceptado intervenir en aquella farsa por dinero.

Sus sonrisas, su risa, incluso el beso que habían compartido, habían sido parte de su interpretación, una interpretación necesaria para ganarse la gratificación y para que él pudiera conservar a Robinson como cliente. La base de todo era el dinero. Por un momento casi lo había olvidado.

—Si no te importa, creo que voy a echarme un rato antes de cenar. Me duele la cabeza —dijo Angela.

Hank sonrió.

—Nuestro primer dolor de cabeza —dijo, tratando de recuperar el humor de los días pasados.

—Supongo que sí —respondió Angela, aunque sin sonreír. Sin decir nada más, se volvió y salió de la biblioteca.

Hank se sentó en un sillón, preguntándose porqué se sentía tan

deprimido. Habían superado la semana sin despertar las sospechas de nadie. Brody aún seguía siendo su cliente y, cuando volvieran a Great Falls, todo seguiría igual que antes. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

Angela se puso el pijama, agradeciendo que aquella fuera la última noche que iba a compartir la cama con Hank Riverton. Aquella era la última noche que iban a simular una relación que no existía, que nunca existiría.

Comprobó que tenía abrochado el último botón del pijama y se apartó del espejo del baño. Llevaba allí tiempo suficiente como para que Hank se hubiera quedado dormido.

Salió silenciosamente y se acercó a la cama. Apagó la lámpara de la mesilla de noche y se acostó de espaldas a Hank, quien, efectivamente, parecía profundamente dormido.

Todas las noches se aferraba a su lado de la cama como si estuviera al borde de un precipicio, y todas, cuando se quedaba dormida, acababa en medio de la cama y en brazos de Hank.

La habitación estaba en silencio, excepto por el sonido de sus respiraciones. Angela cerró los ojos y trató de relajar su mente para que el sueño se apoderara de ella, pero su mente se negó a colaborar.

Solo podía pensar en el ejercicio que habían practicado con Barbara esa tarde. Tocar el rostro de Hank, explorar sus atractivos rasgos con las yemas de los dedos había despertado una intensa oleada de deseo en su interior… un deseo que nunca había sentido hasta entonces.

El resto del día se había sentido sofocada y no había sido capaz de pensar en otra cosa que en Hank.

—¿Angela?

La voz profunda de Hank la sobresaltó. Por un instante pensó en no responder, en simular que dormía.

—¿Estás dormida?

—No —contestó finalmente, y se tumbó de espaldas sobre la cama.

Hank, que estaba de costado, se apoyó sobre un codo y la miró.

—Estoy pensando en comprar algo de tierra cuando volvamos a Great Falls —dijo—. Nada demasiado grande. Lo suficiente para una casa y un establo con un par de caballos.

Angela lo miró sin ocultar su sorpresa.

—¿Y tu negocio?

—Oh, eso no cambiará, aunque puede que empiece a trabajar menos para tener más tiempo libre —Hank se tumbó de espaldas y miró el techo—. Estos últimos días he estado pensando bastante.

—¿Sobre qué? —preguntó Angela.

—El día que nos arrebataron el rancho y todas nuestras posesiones juré que trabajaría lo que hiciera falta para hacerme lo suficientemente rico como para que nadie pudiera volver a quitarme nada —Hank volvió a ponerse de costado para mirar a Angela—. Ahora comprendo que aunque hubiera perdido a Brody como cliente el negocio habría seguido marchando bien.

—¿Me estás diciendo que lo sucedido esta semana no era realmente necesario?

—Al menos, no por los motivos que te dije originalmente —Hank permaneció unos momentos en silencio—. Pero puede que fuera necesario por otros. Sin esta semana, no habría llegado a darme cuenta de que había perdido el camino de mi meta original.

—¿Y cuál era tu meta original? —preguntó Angela. Ambos estaban hablando con gran suavidad. Resultaba extraño estar tumbada junto a Hank, susurrando en la oscuridad.

—La felicidad —Hank respiró profundamente—. Cuando puse en marcha la agencia de publicidad, mi plan era ganar suficiente dinero para comprar algo de tierra y conseguir un caballo como el que me quitaron. Sí, en cuanto vuelva me voy a comprar un rancho con un par de acres de terreno —sus ojos brillaron con ilusión.

—Debería ser una casa con un gran porche delantero —dijo Angela, imaginando con facilidad el lugar.

—Sí… Un porche en el que pueda sentarme por la tarde a contemplar la puesta de sol.

—O disfrutar de tu primer café viendo amanecer —añadió Angela.

Hank asintió y sus labios esbozaron una suave sonrisa.

—El establo será del tradicional color rojo, y la casa tendrá alrededor una valla blanca de madera.

—Con flores plantadas por todas partes, floreciendo en diversas épocas del año.

—Va a ser fantástico.

—Perfecto —asintió Angela, con un toque de añoranza, deseando que aquel fuera un sueño compartido entre ambos. Pero no debía olvidar que Hank no contaba con ella en sus planes.

—Eso es lo que siempre he querido… de lo que me había despistado. Pensaba que algún día me casaría, que tendría hijos, y que mi negocio iría tan bien que ellos nunca tendrían que sufrir la pérdida de su hogar.

Pensar en Hank casándose con alguna mujer y teniendo familia en un pequeño rancho hizo que Angela sintiera una anhelante añoranza.

—Es un sueño muy bonito, Hank, y espero que logres que se cumpla —también esperaba que no notara que su voz se había vuelto

más grave de lo habitual.

—Si lo logro, será gracias a ti. Si no hubieras aceptado venir conmigo esta semana, no me habría dado cuenta de hasta qué punto me había desviado de mi meta original. Esta semana y tú me habéis recordado todas las cosas que quiero de la vida. Y te estoy muy agradecido por ello —antes de que Angela se diera cuenta de cuál era su intención, Hank se inclinó sobre ella y la besó.

Capítulo 8

Su beso no la sorprendió tanto como su pasión. La boca de Hank cubrió la de Angela con intenso calor, con hambrienta necesidad, a la vez que se arrimaba a ella y la tomaba entre sus brazos.

Ella no tuvo tiempo de prepararse para el asalto sensual de su abrazo, para la absoluta posesión de su beso.

Mientras sus lenguas se acariciaban, el deseo se apoderó de ella, un deseo que nunca había experimentado hasta entonces, que hacía prácticamente imposible todo pensamiento racional.

Hank giró hasta tumbarse de espaldas, arrastrándola consigo sin abandonar sus labios.

Angela se sintió como si se hubiera sumergido en un sueño. Un sueño de pasión, de amor… de Hank. La cabeza le daba vueltas con sus mágicas caricias. Sentía la sangre ardiendo en sus venas, el cuerpo electrizado mientras el beso se prolongaba.

Cuando Hank deslizó una mano bajo su pijama y empezó a acariciarle la espalda, cada centímetro de su piel se estremeció de placer.

Angela deslizó las manos por los hombros desnudos de Hank, sintiendo su fuerza, su poderosa musculatura. Nunca había tocado a un hombre tan abiertamente, y nunca se había sentido tan femenina.

Con un profundo gemido, Hank volvió a girar en la cama, colocándose encima de ella. Angela nunca había estado en una posición tan íntima con un hombre, y una turbadora embriaguez se adueñó de ella al sentir el deseo de Hank.

Él apartó los labios de su boca y la besó en las mejillas, en la barbilla, a lo largo del cuello. Su deseo se manifestó en un incremento del ritmo de su respiración, y aquello intensificó aún más la excitación de Angela. Cuando Hank deslizó una mano por su costado y le acarició un seno, cerró los ojos, sabiendo que debían parar, que debía detenerlo, pero sintiéndose incapaz de interrumpir algo que parecía destinado a suceder desde el momento en que aceptó hacerse pasar por su esposa.

Cuando, finalmente, Hank abarcó con ambas manos sus senos, ella fue incapaz de reprimir un gemido de placer. Una vez más, él se apoderó de su boca, bebiendo de ella mientras deslizaba los pulgares sobre los pezones erectos de Angela.

Al cabo de un momento interrumpió el beso y la miró. Sus ojos brillaron oscura e hipnóticamente mientras, uno a uno, fue desabrochando los botones del pijama de Angela.

Ella no se movió. Estaba transfigurada por el deseo que captaba en

sus ojos, por la contagiosa fiebre que parecía haberse apoderado de ambos. Quería que Hank siguiera mirándola así para siempre, con el mismo hambriento deseo, la misma necesidad, que la hacía sentirse como la mujer más bella del mundo. Quería sentir sus manos en ella para siempre.

—Te deseo —dijo Hank mientras desabrochaba el último botón. Cuando terminó no apartó la tela a un lado, como si quisiera darle una última oportunidad para que lo detuviera.

—Di mi nombre —susurró Angela, sin aliento, necesitando saber que era a ella a la que estaba viendo, que era a ella a la que deseaba, no a alguna mujer de su fantasía—. Di mi nombre, por favor… dilo.

—Angela, Angela —murmuró Hank—. Mi dulce Angela. Te deseo.

Ella creía que nunca iba a escuchar aquellas palabras en boca de un hombre. Nunca había creído que inspiraría tanto deseo, que un hombre pronunciaría su nombre con tal pasión.

Mientras seguían mirándose, ella misma apartó la tela de su pijama, exponiendo sus generosos senos a la mirada de Hank.

—Angela —susurró él, y entonces inclinó la cabeza y la besó en los labios, luego en el cuello y, finalmente, en la cima de uno de sus senos.

Un deseo agudo e intenso recorrió a Angela, una emoción desconocida que la asustó y también la electrizó. Lo rodeó con los brazos y deslizó las manos por su espalda. Sintió los músculos que había debajo, el calor que emanaba de su piel, un calor que quería sentir cerca de ella para siempre.

Hank movió sus caderas contra las de ella, haciéndole sentir emociones desconocidas hasta entonces, un deseo casi salvaje, una excitación enloquecida… y también un poco de miedo.

Hank la estaba llevando donde nunca había estado. Estaba despertando en ella sensaciones que nunca había sentido.

Pero cuando él deslizó las manos hasta la cintura del pantalón de su pijama, el miedo creció hasta adquirir proporciones gigantescas, entumeciendo el increíble deseo y la excitación.

—Hank… —su voz fue apenas un susurro, casi inaudible contra sus frenéticas respiraciones, contra sus jadeos—. Hank… te mentí—logró decir, finalmente.

Él dejó de moverse y, por un instante, también pareció dejar de respirar.

—¿Qué?

—Te mentí… cuando te dije que había tenido varios amantes. No era cierto. Nunca he tenido… ninguno.

—¿Quieres decir que eres… que nunca…? —Hank se apartó de ella

y se tumbó de espaldas. Por un momento, ninguno dijo nada, mientras esperaban a que los latidos de sus corazones se calmaran.

Con dedos temblorosos, Angela volvió a abrochar los botones de su pijama, esperando a que él dijera algo.

Por un lado, se alegraba de haber interrumpido las cosas a tiempo. Por otro, se había quedado con una dolorosa sensación de vacío, con un sentimiento de necesidad que solo Hank podría haber satisfecho.

Lo amaba. Lo que había empezado tiempo atrás como un inocente enamoramiento había florecido durante la última semana hasta convertirse en auténtico amor. Darse cuenta de ello fue como recibir un mazazo en la cabeza.

—Lo siento, Angela —dijo Hank, finalmente—. No sé qué decir…

—No digas nada, por favor —replicó Angela, con lágrimas en los ojos—. Ha sido culpa mía tanto como tuya. No debería haber permitido que las cosas se nos fueran de las manos de esta manera. Digamos que ambos hemos cometido un error y dejémoslo en eso —oyó el suspiro de Hank y lo interpretó como un suspiro de alivio.

—De acuerdo —dijo él tras otro rato de silencio—. Estoy seguro de que todo se ha debido a estas absurdas circunstancias —añadió, como si necesitara una explicación lógica para lo sucedido—. Me refiero a que hemos simulado estar casados, a que hemos compartido la misma cama…

—Seguro que tienes razón —replicó Angela, deseando que Hank dejara de excusarse y esperando que no captara en su voz el punzante dolor que sentía en el corazón.

Permanecieron en silencio largo rato. La luz de la luna entraba por la ventana, irradiando en la habitación su brillo plateado.

—Buenas noches —dijo Hank, finalmente, y giró sobre sí mismo, dándole la espalda.

—Buenas noches —susurró ella. Cuando se volvió hacia el otro lado, las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

Amaba a Hank y él no la correspondería ni en un millón de años. Los hombres como Hank Riverton no se enamoraban de mujeres como Angela Samuels, y las mujeres como Angela Samuels no podían permitirse enamorarse de hombres como Hank Riverton.

Se había sentido bella durante los breves momentos en que había estado entre sus brazos, pero la realidad la contemplaba cada mañana en el espejo. La realidad expresada por las palabras de su padre antes de abandonarla.

¿Cómo había podido permitir que sucediera aquello? Miró la pared, tratando de pensar en el momento en que aquel tonto enamoramiento por su jefe se había transformado en algo más

profundo.

Pero era imposible identificar un momento concreto. El amor había llegado con las risas, con el respeto, a pesar de sus diferencias. El amor había superado las barreras, había abrazado las similitudes hasta convertirse en algo demasiado grande como para no prestarle atención.

No supo con exactitud cuándo se quedó dormido Hank. Dio vueltas y se movió al menos durante una hora, hasta que por fin se quedó quieto, respirando profunda y acompasadamente.

Cuando creyó que estaba dormido, se volvió para mirar el rostro del hombre al que amaba. Aquella misma tarde lo había acariciado con sus dedos, y estos conservaban la memoria sensorial de sus mejillas, de sus ojos, de la suave curva de sus labios. Su cabeza estaba llena de recuerdos de sus rasgos, riendo, pensativo, avergonzado, tierno…

Se tumbó de espaldas y apoyó una mano en el vientre. Cuánto le gustaría llevar dentro a su hijo, al pequeño Hank Júnior, o a Ashley. Qué maravilloso sería llevar en su interior una semilla de amor que floreciera en un bebé.

Suspirando profundamente, volvió a tumbarse de costado. Miró la pared hasta que las luces del amanecer comenzaron a entrar por la ventana. No quiso dormirse. No quería que su cuerpo tuviera la oportunidad de acabar de nuevo entre los brazos de Hank.

Cuando, poco después, sintió que él empezaba a moverse, simuló estar dormida. A pesar de estar de espaldas a él, notó que la miraba. Al cabo de un rato, Hank se levantó de la cama y entró en el baño.

Angela tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no romper a llorar de nuevo. Trató de convencerse de que Hank no se merecía sus lágrimas, de que era una persona obstinada, egoísta, engreída… todo lo que ella no querría en un hombre. Pero sabía que todo aquello no era cierto. Hank era un hombre seguro, seguro del hombre que era, y con una maravillosa capacidad para reírse de sí mismo.

Frotándose una vez más los ojos, supo lo que debía hacer, que no había otra alternativa. Esperó hasta después de desayunar, hasta después de despedirse de las demás parejas y de Brody y Barbara.

Esperó hasta que, varias horas más tarde, después de haber comido en el camino, se hallaban a solo unos kilómetros de Great Falls y ya no había forma de dilatar el asunto.

—Hank —empezó, esperando que él no captara la emoción de su corazón en el brillo de sus ojos.

Él le dedicó una rápida sonrisa.

—¿Sí?

Aquella sonrisa atravesó a Angela, intensificando su dolor, pero también su determinación.

Respiró profundamente.

—Quiero avisarte con las dos semanas de antelación estipuladas por la ley —dijo—. Voy a dejar de trabajar para ti.

Hank pisó el freno, haciendo que el conductor que circulaba tras él tocara el claxon varias veces, irritado.

—¿Qué? —no debía de haber oído bien. Angela no podía haber dicho lo que creía que había dicho.

—Dejo mí trabajo y te aviso con dos semanas de antelación —repitió ella.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Hank, tratando de concentrarse en la conducción y mirándola al mismo tiempo. Finalmente, decidió que no podía hacer ambas cosas. Giró el volante y detuvo el coche en el arcén.

La miró un momento, deseando que retirara sus palabras, pero ella le sostuvo la mirada con gesto desafiante.

—¿A qué viene esto, Angela?

—No viene a nada —protestó ella—. Llevo ya un tiempo pensando en ello.

—¿Es por lo de anoche? —Hank vio que Angela se ruborizaba—. Es por eso, ¿verdad? —golpeó el volante con la palma de la mano—. Ya te dije que lo sentía, que no debería haber sucedido. Cometí un terrible error. Lo reconozco.

—Esto no tiene nada que ver con lo que sucedió anoche —replicó Angela—. Qué pretencioso por tu parte asumir que tiene algo que ver con eso —añadió, secamente.

—Entonces, ¿por qué? —Hank se pasó una mano por el pelo y la miró sin ocultar su ansiedad. No podía estar hablando en serio. Tal vez Angela tuviera un sentido del humor retorcido del que no había hecho gala hasta ese momento.

Ella suspiró y miró por la ventana un momento. Luego se volvió hacia él.

—Estoy cansada de trabajar para ti, Hank. Estoy cansada de encargarte la comida, de recogerte la ropa de la tintorería. Estoy cansada de comprar el regalo de cumpleaños de tu padre y de enviar flores a tu mujer del momento. Cuando me contrataste no me dijiste que sería una mezcla de madre, secretaria y esposa. Dijiste que tendría la oportunidad de aprender.

—Todo será distinto cuando volvamos —dijo Hank, desesperado. Tenía que hacerle cambiar de opinión. Debía lograrlo a toda costa—. Te dije que las cosas cambiarían, y así será —no podía imaginar la

oficina sin ella. Era ella quien conseguía que todo marchara como era debido—. Te juro que cambiarán. Conseguiré a otra persona para que se ocupe de parte de lo que hacías hasta ahora. Así tendrás más tiempo para centrarte en otras cosas.

—No te creo.

—¿Qué quieres decir con que no me crees? —preguntó Hank, incrédulo—. ¿Por qué no ibas a creerme?

Angela suspiró.

—Acabas de pasar una semana mintiéndole a la gente sobre nuestra relación. He tenido siete días para comprobar lo buen mentiroso que eres.

—Eso es diferente. Ahora no te estoy mintiendo—protestó Hank, sintiendo un creciente pánico que le hizo alzar la voz más de lo normal.

—El caso es que ya no quiero trabajar más para ti —le espetó Angela, alzando igualmente el tono.

Hank respiró profundamente, tratando de calmarse, luchando contra el pánico que amenazaba con apoderarse de él. Por la expresión de Angela, sabía que estaba totalmente decidida. También sabía que no tenía sentido discutir con ella… al menos allí y en aquel momento.

—Solo aceptaré tu dimisión si me la presentas por escrito el lunes por la mañana en la oficina —dijo, finalmente.

—Bien —replicó ella, y volvió a mirar por la ventanilla.

Hank la miró, buscando en su mente alguna forma de hacerle cambiar de opinión. No era posible. Angela era la mejor secretaria que había tenido. No estaba dispuesto a perderla tan fácilmente. Volvió a arrancar el coche y se reincorporó al tráfico de la autopista.

Pocos minutos después detenía el coche frente a la casa de Angela.

—Por favor, reconsidera lo que estás haciendo —dijo, volviéndose hacia ella. Angela negó con la cabeza—. Tienes el resto del día. Solo te pido que lo pienses bien.

Ella asintió secamente.

—De acuerdo, lo pensaré. Pero no voy a cambiar de opinión.

Hank suspiró, anonadado ante la idea de tener que trabajar sin ella. Angela no esperó a que dijera nada más. Salió del coche y abrió la puerta trasera para sacar su maleta.

Hank salió rápidamente y se la quitó de la mano.

—Te juro que las cosas cambiarán. Solo tienes que darme la oportunidad —dijo, mientras la acompañaba hasta la puerta. Dejó la maleta en el suelo del porche y miró a Angela con expresión suplicante.

—Hank, no hagas las cosas más difíciles de lo que ya son —dijo ella con suavidad.

—Si son difíciles, es que algo no está bien —alegó él—. Te necesito, Angela. Tú haces que la oficina funcione a la perfección.

—Adiós, Hank —tomó su maleta y abrió la puerta—. Nos vemos mañana.

Hank permaneció un rato en el porche después de que la puerta se cerrara tras ella. Luchó contra el impulso de derribarla, o de entrar por una ventana para volver a enfrentarse a Angela. Le aumentaría el sueldo, reduciría su jornada de trabajo… Haría lo que fuera necesario para conservarla.

Cuando regresó al coche, en lugar de dirigirse hacia su apartamento condujo hasta la casa de su padre. Un año antes, cuando Harris volvió a casarse, dejó de trabajar y compró una casa pequeña con un enorme jardín.

Tras aparcar ante la casa, en lugar de dirigirse a la puerta principal fue a la parte trasera, donde probablemente encontraría a su padre y a su madrastra, Iris.

Efectivamente, Iris estaba sentada bajo una sombrilla, bebiendo té frío, mientras Harris recogía tomates y otros vegetales en medio de la huerta. Era una escena idílica y, por algún motivo, irritó a Hank.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo Iris, sonriendo—. Harris, mira quién ha venido.

Harris Riverton alzó la mirada y sus rasgos se distendieron en una sonrisa.

—Hola, hijo —salió rápidamente del huerto, dejó la cesta con los tomates en la mesa y palmeó cariñosamente la espalda de Hank—. Tratamos de hablar contigo el jueves por la noche para que vinieras a cenar con nosotros.

—He estado fuera toda la semana por asuntos de negocios —replicó Hank. Su padre indicó un asiento y él lo ocupó, sin saber con exactitud qué lo había animado a hacer aquella espontánea visita.

—¿Te apetece un poco de té frío? —preguntó Iris.

Hank asintió.

—Sí, gracias.

Cuando Iris entró en la casa, Hank miró a su padre. Harris Riverton siempre había sido un hombre de aspecto distinguido, el pelo cano en las sienes y el físico de alguien de mucha menos edad.

Vestido con unos vaqueros gastados y una camiseta, aún parecía distinguido, pero también relajado… y más feliz que nunca. Felicidad… Hank nunca se había sentido tan infeliz en su vida como en aquellos momentos.

—Tienes muy buen aspecto, papá. Cada día que te veo pareces más joven.

—La satisfacción es la fuente de la juventud —dijo Harris.

Hank suspiró.

—No lo sabía.

—¿Problemas?

Hank asintió, pero no dijo nada al ver que Iris volvía. Harris sonrió a su esposa mientras les alcanzaba las bebidas y luego volvió a mirar a Hank.

—¿Cuál es el problema, Hank? —preguntó Iris. Ella y Harris intercambiaron una sonriente mirada.

Hank rió.

—Tal y como os estáis mirando, me siento como si tuviera doce años y acabarais de pillarme con una revista pornográfica.

Iris y Harris volvieron a mirarse y a sonreír, mientras la irritación de Hank iba en aumento.

—No te he visto crecer, pero estoy segura de que nunca fuiste la clase de chico que necesita revistas pornográficas —dijo Iris, ruborizándose ligeramente.

Hank sonrió, pero la sonrisa se desvaneció rápidamente de su rostro.

—Mi secretaria va a presentar su renuncia mañana y no sé lo que voy a hacer.

—Contratar a otra —dijo Harris.

—No es tan sencillo —protestó Hank—. Angela es algo especial.

—En ese caso, puede que necesites un par de intentos antes de conseguir otra tan adecuada como ella.

Hank frunció el ceño.

—No, esa no es la cuestión. Angela es realmente especial. Me hace reír y estimula mi mente. Me tiene a raya y hace que sea mejor persona. No puedo pasarme sin ella en mi vida.

Iris miró a Hank con una pequeña sonrisa.

—Pensaba que estábamos hablando de una secretaria.

—Y así es —replicó Hank.

La sonrisa de Iris se ensanchó.

—No nos habías dicho que estabas enamorado de Angela.

—¿Enamorado? Eso es ridículo —protestó Hank.

—A mí me suena a enamoramiento —dijo Harris.

El corazón de Hank latió más deprisa al pensar en lo que acababa de decir. Angela. La imagen de su rostro surgió en su mente, la luz dorada de sus ojos, su preciosa sonrisa, su contagiosa risa…

Pensó en su mente rápida, en su cálida sonrisa, en su expresión

cuando le habló del amor que sentía por su hermano, en el doloroso vacío que había dejado en ella el abandono de su padre…

La amaba.

Darse cuenta de ello fue algo realmente impactante. De algún modo, durante la semana anterior se había enamorado de su secretaria. Miró a Iris, y luego a su padre, anonadado por la revelación de su corazón.

Iris rió.

—Pareces un cervatillo sorprendido por la luces de un coche.

—Tenía que pasar antes o después —dijo Harris, sonriendo—. Enfréntate a ello, muchacho. Pareces un hombre enamorado.

—Pero… se suponía que esto no tenía que pasar —protestó Hank. Se suponía que él no se enamoraba.

De pronto comprendía que ese era el motivo por el que elegía las mujeres con las que salía… porque con ellas estaba seguro. Sabía instintivamente que no había modo de que su corazón se implicara con aquellas mujeres bellas pero superficiales que elegía por compañeras.

—No puedes elegir el momento en que el amor te encuentra —dijo Harris—. Yo adoraba a tu madre, Hank, y cuando murió juré que no volvería a entregar mi corazón a otra mujer. Tenía miedo. No quería volver a sufrir —alargó una mano y tocó la de Iris en un gesto en el que Hank vio amor duradero y compromiso—. Entonces apareció Iris y supe que merecería la pena correr el riesgo de volver a sufrir.

Hank asintió, pensativo. ¿Era eso lo que él había hecho? Cuando, años atrás, Sarah le rompió el corazón, ¿tomó inconscientemente la decisión de no volver a arriesgar su corazón? Probablemente, pensó.

Pero ya no importaba. Estaba enamorado de Angela. Podía hacerse a la idea de no volver a contar con ella como secretaria, pero no podía soportar la idea de pasarse la vida sin ella.

Miró a su padre y a Iris.

—¿Y qué hago ahora?

Harris sonrió.

—Lánzate. Dile que la amas. Te prometo que el riesgo merece la pena. Y si no corres el riesgo, te pasarás la vida preguntándote qué habría pasado si lo hubieras hecho.

Hank se fue unos minutos después, más confundido de lo que estaba antes de llegar. Quería a Angela. Y ella tenía intención de dejar su trabajo el lunes.

No sabía lo que pensaba de él, si tenía algún pensamiento positivo hacia él. El primer día de su supuesto matrimonio le había dicho que era egoísta, egocéntrico y engreído. ¿Seguiría pensando lo mismo?

¿Habría cambiado de opinión sobre él durante aquella semana? Evidentemente no, pensó, sintiendo una punzada en el corazón. Después de todo, Angela había decidido abandonarlo en dos semanas.

Mientras conducía hacia su apartamento, decidió lo que debía hacer. Tenía dos semanas para hacerle cambiar de opinión, dos semanas para lograr que se enamorara de él.

Y cuando Hank Riverton se empeñaba en algo, no se detenía hasta conseguirlo.

Capítulo 9

Rosas. Rojas. Enormes. Eso fue lo primero que vio Angela cuando llegó al despacho el lunes por la mañana. El florero, que estaba en medio de su escritorio, no sirvió para animarla.

Si Hank Riverton creía que iba a cambiar de opinión porque le hubiera comprado unas flores, estaba equivocado.

Angela se había pasado casi todo el domingo buscando trabajo en la prensa. Había rodeado varios anuncios con un círculo rojo.

No podía creer que hubiera sido tan estúpida, tan vulnerable como para haberse enamorado perdidamente de Hank. Sabía con certeza que lo que sentía por él iba mucho más allá de la mera atracción física. Lo amaba profundamente, tanto física como espiritual y emocionalmente. Era todo lo que siempre había querido en un hombre, y sabía que nunca lo tendría.

Tomó el florero y lo sostuvo sobre la papelera. Si Hank viera las flores allí comprendería lo poco efectivo que había sido su plan. Qué típico en él hacer algo así para conseguir lo que quería…

Pero sintiendo el aroma de las flores tan cerca, viendo su exquisita perfección, fue incapaz de tirarlas. En lugar de ello, dejó el florero sobre el archivador metálico que había tras su escritorio, donde pudieran admirarlas las personas que acudieran a la oficina sin necesidad de que ella las estuviera viendo todo el rato.

Su primera ocupación del día iba a consistir en llamar a algunas agencias de empleo para concertar citas con posibles secretarias. En cuanto había reconocido que estaba enamorada de Hank, había comprendido que no podía seguir trabajando para él. Pero tampoco iba a dejarlo en la estacada. Tenía que conseguir una buena sustituía.

Ocupó su asiento ante el escritorio y miró la foto de Hank en la pared opuesta. ¿Cómo iba a pasarse allí dos semanas con su atractivo rostro delante?

Encendió con más energía de la necesaria el ordenador, decidiendo que debía mantenerse lo más ocupada posible para no pensar en él. Catorce días. Eso era todo lo que tendría que soportar.

Y después, la ilusión de empezar un nuevo trabajo, de conocer nuevos compañeros, serviría para mantenerla distraída.

Mientras trataba desesperadamente de convencerse de ello, Hank salió de su despacho.

—Oh… estás aquí —dijo.

Estaba más atractivo que nunca. Vestido con una chaqueta azul marino, pantalones y camisa blanca, aparte de elegante resultaba increíblemente sexy. El color de la chaqueta realzaba el tono de sus

ojos… unos ojos que estaban mirando a su alrededor, evidentemente, en busca de las flores. Finalmente, las localizó en lo alto del archivador, pero su expresión no reveló nada.

—Te dije que vendría por la mañana, como de costumbre —dijo Angela, y a continuación, respiró profundamente para relajarse.

¿Por qué tenía que ser tan atractivo? ¿Por qué tenía que quererlo? ¿Por qué no había podido enamorarse de un hombre sencillo y corriente? ¿Por qué tenía que ser Hank el que había capturado su corazón?

—¿Puedes venir al despacho un momento? —preguntó él.

Angela asintió y sacó su carta de renuncia del bolso. La había escrito el día anterior por la tarde, decidida a colocarla sobre el escritorio de su jefe a primera hora de la mañana.

Lo siguió al despacho y él cerró la puerta, pero luego no se sentó tras su escritorio, como solía hacer.

—Tenemos que hablar —dijo, dando un paso hacia ella.

Angela se hizo consciente de los poderosos latidos de su corazón. ¿Podría oírlos Hank? ¿Sabría que latía de amor por él?

—¿Vas a dictarme? ¿Necesitas que tome nota para alguna cita? —preguntó, logrando a base de gran esfuerzo mantener un tono de voz controlado.

—¿Has leído la tarjeta que había en las rosas? —preguntó Hank.

Avanzó un paso más, invadiendo por completo el espacio personal de Angela y obligándola a dar un paso atrás.

—No. Pero estoy segura de que dice que quieres que siga trabajando para ti —Angela le alcanzó su carta de renuncia—. Aquí está mi respuesta.

Hank tomó la carta, la leyó y luego la arrugó en un puño.

Angela frunció el ceño.

—No importa lo que hagas con ella. Ya te he avisado, y eso es lo que importa.

—Escúchame, Angela —Hank se acercó aún más y ella quiso dar otro paso atrás, pero la puerta cerrada se lo impidió. Él apoyó las manos a ambos lado.s, impidiéndole moverse—. La tarjeta de las rosas no dice nada sobre el trabajo. No te pido que no lo dejes —dijo, mirándola con una intensidad que Angela no había visto nunca en sus ojos—. Deberías haberla leído. Dice que te quiero.

El corazón de Angela pareció detenerse un momento. Luego, un punzante dolor lo atravesó. Miró a Hank, incapaz de creer lo que acababa de decirle.

Una intensa rabia se acumuló en su interior. Trató de reprimirla, pero siguió aumentando. Con un solo movimiento, pasó bajo uno de

los brazos de Hank y se volvió para encararlo.

—Serías capaz de hacer cualquier cosa por conseguir lo que quieres, ¿verdad? —dijo, indignada—. ¿Cómo eres capaz de fingir que me amas para conseguir que siga trabajando para ti?

—¡No! —Hank parecía horrorizado—. ¡No, no es eso! —protestó.

—Qué conveniente —continuó Angela—. Casualmente, has descubierto que me quieres justo cuando he decidido presentarte mi renuncia —lo apartó a un lado sin miramientos y agarró el pomo de la puerta con una mano—. Debería haber supuesto que intentarías cualquier cosa para lograr que me quedara, pero nunca habría imaginado que pudieras caer tan bajo —abrió la puerta—. ¡Me voy a almorzar! —exclamó.

—¿A almorzar? Pero si acaban de dar las nueve…

—Pues despídeme —le espetó Angela. Cerró de un portazo, tomó su bolso del escritorio y salió de la oficina. Mientras abandonaba el edificio se preguntó cómo era posible que se hubiera enamorado de un tipo tan miserable. Pero Hank no podía saber cuánto le había dolido su falsa confesión de amor, porque no sabía que ella lo amaba de verdad

Caminó rápidamente hasta la cafetería en la que solía almorzar. Ocupó su taburete habitual junto al mostrador y pidió un desayuno completo, aunque lo último que le apetecía en aquellos momentos era comer.

Mientras esperaba a que le sirvieran la comida dio un sorbo a su café, preguntándose por qué habría sido tan cruel con ella el destino. Solo había amado a tres hombres en su vida: a su hermano, a su padre… y a Hank.

Aunque ella hubiera sido Atila, sabía que Brian la habría querido. Prácticamente lo había criado. Entre ella y su hermano había un lazo que nadie podría romper nunca.

Pero cuando su padre los abandonó se quedó totalmente destrozada. Él era su héroe, el hombre más importante de su vida, y nunca comprendería cómo podía haberlos dejado con tanta facilidad.

Pensándolo mejor, se dio cuenta de que Hank y su padre tenían mucho en común. Su padre era un hombre muy atractivo, capaz de ganarse a cualquiera. Y también era ambicioso, como Hank. En su profesión de vendedor de seguros, no tenía competidor.

Cuando se fue, se llevó consigo la mitad del corazón de Angela. Y Hank le había robado la otra mitad, dejando en su pecho tan solo un vacío.

Hank le había dicho a Angela que la quería y ella se había ido a almorzar. Pero lo absurdo de la situación no lo hizo reír.

Se sentó en su silla y apoyó pesadamente la espalda contra el respaldo. Sabía que había hecho mal engañando a Brody y a Barbara, y a las otras parejas, en Mustang. Lo sabía, y sin embargo lo había hecho, y estaba pagando el precio por ello.

Después de haber estado mintiendo ante Angela sin pestañear, ¿cómo iba a convencerla de que la quería de verdad? ¿Cómo iba a recuperar su credibilidad ante ella después de haberla sacrificado en beneficio de su negocio?

Tenía que hacer algo. No podía quedarse allí sentado sin hacer nada.

A almorzar. Angela se había ido a almorzar. La encontraría, proclamaría su amor una y otra vez, hasta que lo creyera.

No podía admitir que ella no lo quisiera, aunque solo fuera un poco. Habían compartido demasiados momentos íntimos como para creer que era completamente indiferente. Él la había besado, pero ella le había correspondido. Sin duda, lo había besado porque sentía algo por él.

Con renovada confianza, salió de la oficina. Pero, una vez fuera, frunció el ceño, confundido. Angela había sido su secretaria durante dos años y él ni siquiera sabía dónde solía ir a almorzar.

¿Habría ido en coche o andando? A la izquierda del edificio había varios restaurantes de comida rápida. A la derecha, un restaurante normal y otro italiano.

El restaurante normal, decidió. Caminó rápidamente por la acera, con el corazón latiéndole de anticipación. Tenía que hacerle comprender. De algún modo, tenía que conseguir que lo creyera.

Entró en el restaurante y miró a su alrededor. Su corazón latió aún más deprisa al ver a Angela junto a la barra. Por un momento permaneció donde estaba, mirándola.

¿Cómo era posible que hubiera tardado tanto en fijarse en ella? Una semana antes no habría sido capaz de recordar sus rasgos, y en aquel instante sería incapaz de olvidar nada de ella. ¿En qué había estado pensando aquellos dos últimos años?

Angela estaba mirando su plato, moviendo la comida de un lado a otro con el tenedor. Hank se fijó en la elegante curva de su cuello, en la recatada posición de sus piernas. Su corazón se llenó de ternura, una ternura que nunca había sentido.

Cuando el hombre que estaba sentado junto a ella se levantó, Hank ocupó el taburete.

—Angela —dijo.

Ella lo miró con expresión de incredulidad.

—No puedo creerlo. ¿Qué haces aquí?

—Me gusta comer con la mujer a la que amo —replicó Hank, disfrutando con el rubor que cubrió las mejillas de Angela—. ¿Sabes lo a menudo que te ruborizas y lo encantador que resulta?

—Estás loco —replicó ella—. Has perdido por completo la cabeza.

—No estoy loco, estoy enamorado —dijo Hank, y a continuación giró en el asiento para encarar a los demás comensales—. ¡Estoy enamorado! —gritó, sorprendiendo a los clientes—. Estoy enamorado de esta mujer y ella no quiere darme la más mínima oportunidad.

—Si tú no lo quieres, querida, yo me lo quedo —bromeó una mujer mayor, guiñando un ojo a Hank.

—Vamos, dale al menos una oportunidad —dijo un hombre que estaba sentado a la barra.

Angela bajó de su asiento y corrió hacia la puerta.

—¡Eh! —exclamó la camarera—. ¡Aún no me ha pagado!

Hank sacó un par de billetes de su chaqueta, los dejó sobre el mostrador y corrió tras Angela.

—¡Espera!

No podía creer lo rápido que se había movido. Tuvo que correr a toda velocidad para alcanzarla.

—Angela… por favor —la tomó por el brazo. Ella se liberó de un tirón y luego se volvió hacia él.

—No sé por qué estás jugando a esto, Hank, pero no va a funcionar —él vio el brillo de las lágrimas en sus ojos y lamentó de inmediato sus impulsivos actos.

—Lo siento si te he avergonzado —dijo, suavemente—. He pensado que tal vez me creerías si lo decía en alto y delante de otras personas.

—Desde luego que me has avergonzado —dijo Angela, apartando una lágrima de su mejilla.

—Eso era lo último que pretendía —dijo Hank, sinceramente. Cuando Angela volvió a caminar, él la siguió, buscando frenéticamente algo que decir… cualquier cosa que sirviera para convencerla de que era cierto que estaba enamorado de ella.

—Angela… sé que mentí a Brody, pero ahora no estoy mintiendo.

—No solo mentiste diciendo que estábamos casados. ¡También les dijiste que estaba embarazada! —lo acusó Angela.

—Y creo que deberíamos seguir juntos por el bien del bebé —bromeó Hank. Su corazón se encogió al ver que su broma no había servido para animar a Angela—. Si con ello consigo que me creas, estoy dispuesto a decirle a Brody que todo fue una farsa.

—No seas ridículo —le espetó Angela—. No quiero que corras el riesgo de perderlo como cliente.

Cuando llegaron a la entrada de la oficina, se volvió y miró a

Hank. Los ojos de Angela revelaban una emoción que él no pudo discernir; tal vez pesar, o tristeza, o una mezcla de ambas.

—Lo único que quiero es que me dejes hacer mi trabajo durante estas dos semanas, que no me niegues que me quede y que no me digas que me quieres. Necesito un cambio en mi vida, y nada de lo que digas podrá hacerme cambiar de opinión.

Hank no sabía qué decir. No quería dejar que se fuera. No quería hacer lo que le decía, pero tampoco quería hacerla infeliz.

Suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—De acuerdo —asintió, finalmente—. Te dejaré trabajar tranquila y no volveré a decirte que te quiero durante el resto del día —la expresión de Angela mostró un evidente alivio mientras él abría la puerta de la oficina—. Pero sólo por hoy —añadió—. No puedo garantizarte nada respecto a mañana.

Y mantuvo su promesa durante el resto del día. Después de la semana que habían estado fuera, tenía mucho trabajo pendiente en la oficina y pasó largo rato devolviendo algunas llamadas.

Poco después del mediodía, Angela lo llamó por el intercomunicador para decirle que tenía una llamada de Sheila. En lugar de responder en su despacho, Hank salió y tomó el teléfono de Angela.

—¿Ha echado de menos mi pequeño Hank a su dulce Sheila? —preguntó Sheila con voz de niña desde el otro lado de la línea.

—Quiero que seas la primera en saberlo, Sheila. Esta semana pasada me ha sucedido algo increíble —Hank mantuvo la mirada fija en Angela—. Me he enamorado perdidamente de una mujer maravillosa —los ojos de Angela se abrieron de par en par a la vez que Sheila colgaba de golpe—. ¿Hola? ¿Hola? —Hank colgó el teléfono—. Hmm, parece que no le apetecía hablar de ello.

Angela volvió a descolgar el teléfono y se lo alcanzó.

—Llámala —dijo, frenética—. No puedo creer lo que acabas de hacer. Llámala y dile que ha sido una broma.

Hank tomó el auricular y volvió a dejarlo sobre el aparato.

—No pienso hacerlo. No ha sido una broma —la miró un momento, queriendo decirle más, pero recordó su promesa. Sin añadir nada más, se volvió y entró en su despacho.

Mientras se sentaba ante el escritorio, recordó lo que Sheila le había dicho la última vez que se vieron.

Profetizó que uno de aquellos días iba a entregarle su corazón a una mujer que lo rompería en pedazos, o algo parecido.

¿Le habría lanzado una maldición? ¿Sería Angela esa mujer?

Cerró los ojos, recordando el dulce sabor de sus besos, la música de

su risa. ¿Cómo podía convencerla de que su amor era cierto, y no solo una maquinación para conseguir que se quedara?

Cuando una mujer había sido testigo de que uno era capaz de mentir sin inmutarse, ¿cómo convencerla de que estaba diciéndole la verdad? Por desgracia, no tenía la respuesta a aquella pregunta.

—¿Señor Riverton? —la voz de Angela llegó a través del intercomunicador—. Jess Maxwell ha venido a verlo.

Jess Maxwell. Un cliente en potencia. Hank apretó el botón del intercomunicador.

—Hazlo pasar. Y haz el favor de concertar algunas citas para entrevistar a otras posibles secretarias.

Sonrió, satisfecho. Tal vez, el camino para lograr que Angela comprendiera que lo que pretendía no era conservarla como secretaria era contratar otra. Así no podría acusarlo de estar utilizando su amor para conservarla.

La puerta de su oficina se abrió, dando paso a un hombre joven y elegantemente vestido.

—Me alegro de verlo, señor Maxwell —dijo Hank, levantándose para estrechar su mano.

Durante las siguientes dos horas, Hank y Jess Maxwell hablaron de negocios. Cuando terminaron, Hank tenía un nuevo cliente. Tras acompañarlo hasta la salida, se detuvo ante el escritorio de Angela y le entregó una carpeta.

—¿Qué es esto? —preguntó ella con cautela.

—Los detalles del asunto Maxwell. Acabo de captarlo como cliente y Jess Maxwell tiene mucho dinero y ganas de gastarlo en una buena campaña publicitaria.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer al respecto?

—Llévate la carpeta a casa y trabaja en algunas ideas. Dijiste que querías verte más implicada en el proceso creativo. Esta es tu oportunidad.

Angela frunció el ceño.

—Esto no va cambiar nada, Hank —dijo, sin mirarlo—. Voy a irme, y nada me hará cambiar de opinión.

Hank sintió que su estómago se encogía. ¿Sería realmente posible que a Angela no le hubiera afectado la semana que acababan de pasar juntos? ¿No había sentido la magia que surgía entre ellos cuando se besaban y acariciaban?

Le había hecho una promesa. No volvería a decirle que la amaba. Pero no le había prometido no tocarla.

Alargó una mano y la tomó por la barbilla, obligándola con firme delicadeza a mirarlo. Y por un instante percibió en su mirada un

destello que le dio esperanza, una emoción que ella ocultó rápidamente apartándose de él y poniéndose en pie.

—Me voy a casa —Angela tomó su bolso y la carpeta—. Trabajaré en algunas ideas esta tarde y las traeré mañana por la mañana —dijo, sin mirarlo—. También he organizado tres entrevistas para mañana por la mañana con posibles secretarias —se acercó a la puerta—. Hasta mañana.

Hank asintió.

—Angela —ella se detuvo con la mano en el pomo de la puerta y volvió la cabeza—. No pienso renunciar —dijo Hank, con suavidad, pero también con firmeza.

Angela se ruborizó intensamente antes de salir.

Hank se quedó mirando la puerta, pensando frenéticamente que debía haber algún modo de convencerla de que su amor era verdadero. Amar a Angela era lo primero que hacía bien en mucho tiempo.

Regalarle las rosas había sido una estupidez. Durante aquellos dos años le había encargado tantas veces que enviara ramos a otras mujeres que debería haber imaginado que con ello no lograría nada. Angela era una mujer muy especial, y debía pensar en algo especial para consquistar su corazón.

Se pasó toda la noche pensando en cómo convencerla de que la amaba. Si de verdad creyera que ella no sentía nada por él, la dejaría en paz. Pero no lo creía. Los besos y caricias que habían compartido la semana anterior habían sido muy reveladores. Y sabía que solo el temor y la inexperiencia de Angela les había impedido hacer el amor la última noche.

Sí, creía tener una parte de su corazón. Solo tenía que encontrar el modo de conquistarlo todo.

Capítulo 10

El teléfono sonó poco después de las siete de la mañana. Angela saltó de la mesa en la que estaba tomando café y fue a responder, esperando que el ruido no hubiera despertado a su madre o a su hermano.

—Buenos días — la profunda voz de Hank la envolvió en una capa de calidez.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó fríamente, tratando de reprimir la emoción que se agitó en su interior.

—Hace una mañana maravillosa. El cielo está tan brillante y azul… Un fondo perfecto para un mensaje de amor. Nos vemos en la oficina a las nueve.

A continuación colgó, dejando a Angela totalmente confundida. ¿A qué había venido aquello? Colgó el auricular y frunció el ceño, pensativa. ¿Un mensaje de amor? ¿El precioso cielo azul?

Ciñéndose la bata, con el corazón latiéndole aceleradamente, salió al porche delantero.

Hank tenía razón. Hacía una mañana maravillosa. El aire estaba cargado de frescura, aunque el sol ya se hallaba sobre el horizonte y el cielo era un fondo perfecto para el avión que lo atravesaba, soltando humo en forma de letras.

—Oh, no —susurró cuando las primeras se hicieron visibles. Horrorizada, vio cómo su nombre se iba escribiendo en el cielo.

—¿Angela? ¿Va todo bien?

Angela se volvió y vio a su madre mirando el cielo. Un momento después, Brian se reunió con ellas.

—¿Qué pasa? —preguntó, siguiendo la mirada de su madre y de su hermana hacia el cielo—. ¡Oh, vaya! ¡Es genial!

Siguieron mirando en silencio mientras el avión terminaba de escribir ANGELA, TE QUIERO en letras enormes.

Los ojos de Angela se llenaron de lágrimas mientras leía el mensaje de Hank. Aunque aquello no fuera un truco para conservarla como secretaria, aunque de verdad se creyera que estaba enamorado de ella, ¿cuánto tiempo durarían sus sentimientos? La locura que se había apoderado momentáneamente de él pasaría y se daría cuenta de que no estaba enamorado de ella.

No podía ceder. No podía permitirse caer en la fantasía que Hank trataba de crear. No soportaría perder la felicidad que le daría tener su amor.

—¡Ese tipo debe de estar loco por ti, Angela! —exclamó Brian. Pasándose una mano por el pelo revuelto, añadió—: Yo me vuelvo a la

cama.

Angela miró a su madre. Esta la miraba con gesto especulativo.

—¿Necesitas hablar?

Las lágrimas que Angela había contenido durante aquellos días se desbordaron. Por unos momentos fue incapaz de hablar, sintiendo que tenía el corazón en la garganta.

Su madre la tomó cariñosamente por un brazo y la llevó de vuelta a la cocina.

—Siéntate —dijo, y a continuación entregó a su hija un pañuelo—. Y ahora, cuéntame lo que pasa —añadió, sentándose junto a ella.

Angela sorbió por la nariz, tratando de contener las lágrimas, que parecían imparables.

Su madre permaneció pacientemente a su lado mientras lloraba, palmeándole la mano.

Finalmente, las lágrimas dejaron de manar y Angela pudo hablar. Primero habló de la semana en Mustang. Aunque no mencionó el hecho de que ella y Hank habían compartido la misma cama, si habló del curso de Barbara y de la cercanía que este había creado entre ellos.

—Creo que siempre he estado un poco enamorada de él —dijo, mientras secaba las últimas lágrimas de sus mejillas—. Pero esta última semana las cosas se me han ido de las manos.

Janette frunció el ceño.

—Debo haberme perdido algo. Me dices que quieres a Hank y, por lo que acabo de ver en el cielo, él también te quiere, así que, ¿cuál es el problema?

Angela suspiró.

—En primer lugar, no estoy segura de que me quiera. Creo que nuestra semana en Mustang lo ha confundido. En segundo lugar, aunque él crea sinceramente que me quiere, ¿cuánto durará? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que decida cortar y salir corriendo como…?

—Como tu padre —concluyó Janette—. Ay, cariño —un profundo ceño marcó su frente mientras miraba a Angela con tristeza—. Te he observado a lo largo de los años y debería haber visto las cosas con más claridad, debería haberte dicho algo antes… cuando eras más joven.

Angela miró a su madre con curiosidad.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tenías que haberme dicho antes?

Janette suspiró profundamente antes de contestar.

—Como ya sabes, poco después de que tu padre nos dejara desarrollé un problema de corazón. Pero hasta este momento no me había dado cuenta de que a ti te había pasado lo mismo.

Angela miró a su madre, confundida.

—No comprendo…

—Cuando Brian era pequeño y tú estabas en el colegio lo utilizabas como escudo contra las citas. Siempre estabas demasiado ocupada para relacionarte, y preferías hacer cualquier cosa antes que salir.

—Eso no es cierto… —protestó Angela.

Janette alzó una mano para interrumpirla.

—Cuando Brian se hizo demasiado mayor como para que pudieras utilizarlo como escudo, utilizaste tu trabajo. Te ofrecías para trabajar horas extras, y también los fines de semana, impidiendo así que se desarrollara tu vida personal. Y esa actitud se debía al miedo.

—¡Eso es ridículo! —Angela prácticamente saltó de su silla, incapaz de seguir sentada mientras su madre diseccionaba su vida con la precisa intuición y la sabiduría de una madre.

—No, es cierto. El abandono de tu padre te dejó un vacío en el corazón, un vacío tan profundo que nunca has sido capaz de sanarlo, y temes dejar entrar a otro hombre en tu vida —Janette suspiró—. Conozco tu dolor, porque yo también lo he sufrido.

Angela dio la espalda a su madre y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras pensaba en lo que acababa de decirle.

¿Era cierto? ¿Había quedado más marcada de lo que creía por el abandono de su padre? ¿Había utilizado a Brian como pretexto contra las relaciones, contra el dolor?

—Angela —la voz de su madre la hizo salir de su torbellino interior—. Conozco ese dolor y ese miedo porque son los que me han mantenido sola todos estos años —Angela se volvió a mirarla y su madre continuó—. Si quieres a Hank… y si él te quiere a ti, acéptalo. Aférrate a él y no lo sueltes. No dejes que el miedo haga que te quedes sola en la vida. Quiero para ti algo más que eso —Janette se levantó —. Ahora voy a echarme un rato. Piensa en lo que te he dicho, Angela. Piénsalo bien antes de tirar por la borda algo que podría implicar tu felicidad.

Con la mente hecha un caos, Angela miró a su madre mientras salía de la cocina.

«Aferrare a él y no lo sueltes», había dicho. ¡Cuánto le gustaría poder hacerlo! ¡Cuánto le gustaría perderse en el amor de Hank, sumergirse en la fantasía que sus palabras de amor desataban en su mente y en su corazón!

Su madre tenía razón. Tenía miedo. Pero era un miedo aún más profundo que el que su madre creía.

No solo era el miedo al abandono, sino también a la ineptitud, a saber que nunca podría dar la talla que Hank buscaba en una mujer.

Su madre nunca entendería ese miedo en particular, y ella era reacia a hablar sobre el tema. Sabía que su madre le quitaría importancia, que le diría que era una chica guapa y muy especial. Pero ella sabía la verdad. Era, y siempre sería, «enanita».

Pocos minutos después de las ocho, Angela llamó a la oficina y dejó un mensaje en el contestador diciendo que no iba a trabajar. Después de la apabullante declaración de amor de Hank, se sentía demasiado vulnerable como para verlo en persona.

A las nueve, Brian se fue a la universidad y su madre salió para ir al médico y luego a almorzar con unas amigas, dejando a Angela a solas con sus pensamientos.

Y cuando Angela no quería pensar, trabajaba. Pasó la mañana limpiando el cuarto de estar, tratando de no pensar en lo que estaría haciendo Hank, en cómo estarían yendo las entrevistas con las secretarias o en por qué no la había llamado después de haberle enviado aquel mensaje por el cielo.

Tal vez, alguna de las posibles secretarias fuera una atractiva rubia de generosos senos que además tuviera cerebro. Tal vez, esa nueva chica le había hecho olvidar su «amor» por ella.

Eran casi las dos cuando se sentó a la mesa de la cocina con la carpeta Maxwell frente a ella. Trabajar. Cualquier cosa para mantener la mente apartada de Hank.

Pero, a pesar de que no quería saber nada de él, el silencio del teléfono la estaba exasperando. Si la quería tanto, ¿por qué no la llamaba?

A las cuatro sonó el timbre de la puerta. Cuando abrió se encontró a Hank y a Brody Robinson, que le dedicó una agradable pero también desconcertada sonrisa.

—Hank… ¿qué hacéis aquí? —preguntó, con cautela.

—Eso es lo que llevo preguntándome las tres últimas horas —dijo Brody—. Se ha presentado en Mustang esta mañana temprano para decirme que lo siguiera hasta aquí, que tenía algo importante que decirme, pero que debía hacerlo aquí, contigo delante.

—Hank… no seas loco —dijo Angela, esperando que no tuviera intención de hacer lo que temía.

—Estoy loco —replicó él—. Loco por hacerte entender que te quiero de verdad —Hank se volvió hacia Brody—. Tengo algo que decirte, y no es precisamente algo de lo que esté orgulloso. Te mentí.

Brody frunció el ceño.

—¿Me mentiste? ¿Sobre qué?

—Angela y yo no estamos casados. Simulamos estarlo porque pensé que te perdería como cliente si averiguabas que estaba soltero.

—Entonces, ¿quién es ella? —Brody señaló a Angela.

—Mi secretaria.

Brody abrió los ojos de par en par.

—¿Y has dejado embarazada a tu secretaria?

—¡No! —exclamaron Angela y Hank al unísono.

Brody se pasó una mano por el rostro, perplejo, y Hank continuó rápidamente con sus explicaciones.

—Convencí a Angela para que se hiciera pasar por mi esposa, pero ahora me he enamorado de ella y quiero que nos casemos, pero no me cree porque te mentí.

—¿De verdad te llamas Angela? —preguntó Brody, como necesitando alguna verdad a la que agarrarse.

Angela asintió, con el estómago echo un nudo a causa de la ansiedad. Hank estaba loco. No debería haber hecho aquello. No debería haberse arriesgado a perder a Brody como cliente para demostrar algo que ella nunca creería.

Brody suspiró y miró a Hank.

—No sé lo que pasa entre vosotros. Quise que te beneficiaras del curso de Barbara porque me caes bien. Deberías haber sido sincero conmigo desde el principio.

Hank asintió con evidente pesar.

—Ahora lo sé… y si decides cambiar de agencia de publicidad, lo entenderé.

—¿Cambiar de agencia? —Brody miró a Hank como si hubiera perdido la cabeza—. Soy un hombre sencillo, Hank. Me gusta el calor del hogar y la familia, pero los negocios son los negocios. Tú eres el mejor en lo tuyo. ¿Por qué iba a querer cambiar de agencia? —moviendo la cabeza, sacó del bolsillo las llaves de su coche—. No sé qué pasa entre vosotros. Nunca he visto a dos personas que parecieran más casadas que vosotros dos —miró a Angela—. Si eres lista, cariño, te casarás con él y lo sacarás del pozo en que se ha metido. Cuando ha llegado esta mañana a buscarme estaba totalmente desquiciado. Se ha tomado muchas molestias para traerme hasta aquí y aclarar las cosas… aunque debo confesar que estoy más confundido que nunca —se encogió de hombros—. Y ahora me vuelvo a Mustang, donde mi esposa es mi esposa y sé exactamente cómo están las cosas —a continuación, dio media vuelta y fue hasta su coche, que se hallaba aparcado tras el de Hank.

—Estás loco —dijo Angela en cuanto estuvieron solos, recordando lo que había dicho Hank la última noche que pasaron en Mustang—. Te tomaste un montón de molestias para nada.

—¿Qué quieres decir?

—El último día me confesaste que en el fondo no supondría un gran problema para la agencia perder a Brody como cliente —replicó Angela, poniéndose de nuevo en guardia ante la atractiva presencia de Hank.

Él se quedó mirándola.

—Ven a dar un paseo conmigo.

—¿Qué? —el repentino cambio de tema confundió a Angela.

—Vamos. Solo ven a dar un paseo. Hay algo que quiero enseñarte —Hank alargó una mano hacia ella.

—¿Qué quieres enseñarme, Hank? —Angela quería gritarle, patear el suelo y rogarle que se fuera. Quería arrojarse a sus brazos y rogarle que la abrazara fuerte, muy fuerte.

—Tú ven conmigo —la vulnerabilidad de la mirada de Hank atravesó las defensas que Angela había tratado de erigir contra él.

A pesar de sí misma, aceptó la mano que le ofrecía y dejó que la llevara hacia el coche. Sabía que era una locura pasar un solo minuto en su presencia. La conversación con su madre la había dejado confundida, débil y vulnerable, y lo último que quería era caer presa de la fantasía de amor de Hank.

Una vez en el coche hizo acopio de todas sus fuerzas, sabiendo que iba a necesitarlas para contrarrestar el nuevo asalto que sin duda se avecinaba.

Hank le sonrió mientras ponía el coche en marcha.

—¿Recibiste mi mensaje esta mañana? —preguntó, cuando ya estaban en la autopista.

—¿Te refieres a esa exagerada muestra de tontería? —replicó Angela. Sabía que estaba siendo mezquina, pero no encontraba otro modo de mantener la distancia emocional.

Hank hizo un gesto de pesar.

—Vaya.

—¿Adonde vamos? —preguntó Angela y, sin esperar a que Hank respondiera, añadió—: No importa adonde me lleves. Aunque me llevaras a la luna, nada cambiaría.

—Sé paciente conmigo, Angela —dijo Hank, suavemente—. Puede que mis intentos previos hayan sido extravagantes y excesivos, pero esta es la primera vez que estoy tan enamorado, y desconozco las reglas.

Angela miró por la ventanilla para que Hank no viera las lágrimas que ardían en sus ojos. Debería haberle cerrado la puerta en las narices. No debería haberse ido con él. Estaba a punto de desmoronarse, y no quería hacerlo delante de él.

Unos minutos después, Hank entró en una carretera por la que

Angela no había circulado nunca. Tras hacer un giro a la izquierda y otro a la derecha, tomaron un camino que no parecía conducir a ningún sitio.

Angela se movió en el asiento, tratando de imaginar qué se traería entre manos Hank. ¿Iría a enseñarle algún viejo edificio con una nueva declaración de amor escrita en letras grandes en sus paredes?

No importaba. Nada importaba. Nada de lo que Hank Riverton dijera o hiciera la haría cambiar de opinión. Nunca había creído que la amara de verdad. Nunca se había permitido esperar… o soñar, porque la realidad siempre era demasiado dolorosa.

Capítulo 11

Hank se había quedado sin ideas. Cortejar a las mujeres que no le preocupaban había sido fácil. Conquistar a la mujer que amaba era lo más difícil que había hecho en su vida.

La tarde anterior había estado con un agente inmobiliario visitando algunos ranchos cercanos. En cuanto vio el tercero supo que aquel era el lugar de sus sueños, la tierra encantada en la que se hallaba su futuro. Todo lo que tenía que hacer era convencer a Angela de que ella formaba parte de su futuro.

La miró de reojo, con el corazón latiéndole tan fuerte que se preguntó si ella podría oírlo. Sabía que había llegado el momento de la verdad. Si Angela lo rechazaba tras su declaración final, tendría que encontrar el modo de vivir sin ella. Y esa idea lo aterrorizaba.

Recordó el día en que Angela le dijo entre risas que él nunca estaba solo, dando a entender que siempre tenía alguna bella mujer a su lado. Pero él no mintió cuando le dijo que se sentía solo. Hasta la semana anterior, se había sentido solo todos y cada uno de los días de su vida de adulto.

Una vez tenía a Angela tan firmemente grabada en su corazón, no podía imaginar el resto de su vida sin ella. En pocos minutos estarían en el lugar en que tenía intención de pasar su futuro, y quería compartir ese futuro con Angela.

No dijo nada mientras giraba en el camino de tierra que llevaba a la casa del rancho. A lo lejos se alzaba un viejo establo gris con una veleta de metal en el tejado. Detuvo el coche ante la casa, apagó el motor y se volvió hacia Angela.

Ella miró la casa a través de la ventanilla, sin que su expresión revelara la más mínima emoción.

—Es sobre lo que hablamos la última noche en Mustang —dijo Hank—. Una bonita casa ranchera rodeada por una valla blanca de madera, algunos acres de terreno y un establo en el que guardar un par de caballos.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Angela, con sus preciosos ojos marrones llenos de lágrimas—. ¿Por qué me estás torturando de este modo? —abrió la puerta y salió rápidamente del coche.

Hank la siguió hasta donde se había detenido. Angela miraba la casa mientras las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas.

No lo quería. No lo amaba. De lo contrario, no sería tan infeliz.

Hank caminó hasta la casa y se sentó en el porche, frente a ella. Respiró profundamente y se pasó una mano por el pelo, sintiendo un

terrible vacío en su corazón.

—No sé qué hacer —dijo—. No sé cómo hacerte comprender cuánto te necesito, cuánto te quiero.

El dolor que había sentido cuando Sarah lo dejó no era nada comparado con el que desgarraba su corazón en aquel momento, mientras Angela permanecía donde estaba, manifestando con sus lágrimas una infelicidad que no podía significar nada bueno para él.

—Dime que no te importo y te dejaré en paz, Angela —se levantó y caminó hasta ella. Sintió el impulso de estrecharla contra su corazón para que pudiera oír el amor que desprendía cada uno de sus latidos. Pero no la tocó—. Dime que no sientes nada por mí y no volveré a molestarte. Pero tienes que mirarme a los ojos y decirme que quieres que me vaya. Tienes que mirarme a los ojos y decirme que no hay esperanza —su voz se rompió mientras susurraba la última frase.

Angela cerró los ojos. Tras respirar temblorosamente, volvió a abrirlos y miró a Hank.

—La semana que pasamos en Mustang fue mágica… pero fue una farsa —se frotó las lágrimas con una mano—. Nada de lo que sucedió durante esa semana fue real, y tampoco lo es lo que estás sintiendo ahora.

Hank la tomó por los hombros, esforzándose por contener su enfado.

—No me digas que lo que siento no es real. Sé lo que hay en mi corazón y puedo distinguir entre lo que es real y lo que no —su enfado se esfumó, dando paso a un insoportable dolor—. Te quiero, Angela. Quiero despertar cada mañana contigo entre mis brazos, y acostarme cada noche sabiendo que vas a estar a mi lado. Ahora dime que no me quieres. Dime que no te importo.

Angela se apartó de él.

—No puedo decirte eso. ¿No lo comprendes? No puedo decirte que no me importas. No puedo decirte que no te quiero.

Sus palabras fueron como un bálsamo para Hank, aunque seguía sin ver el más mínimo destello de felicidad en los ojos de Angela. Apoyó ambas manos sobre sus mejillas, preguntándose qué estaría pasando por su cabeza.

—Háblame, corazón. Dime qué va mal, dime por qué estás llorando.

—Tengo miedo —aquellas palabras surgieron con evidente esfuerzo de los labios de Angela.

—¿Miedo de qué? —preguntó Hank.

Angela volvió a apartarse de él y se abrazó a sí misma, como protegiéndose.

—Solo he amado a un hombre en mi vida, Hank, y se fue de mi vida sin mirar atrás. No podría soportar entregarte mi corazón y que, al cabo de un tiempo, me lo devolvieras.

—Oh, Angela. Si pudiera, volvería atrás en el tiempo y me convertiría en tu padre para llenar el vacío que dejó en ti cuando se fue. Pero no puedo ser tu padre. Solo puedo ser el hombre que te ama, que te amará durante el resto de tu vida.

—Pero eso no es posible —susurró Angela—. No… no soy bonita. No puedes quererme… en realidad no.

Hank la miró, asombrado.

—¿Quién diablos te ha dicho que no eres bonita?

—Mi padre.

Hank respiró profundamente, preguntándose como era posible despreciar a un hombre al que no conocía.

—Ven aquí —dijo, alargando una mano hacia Angela—. Ven —insistió—. Vamos a sentarnos a hablar en el porche.

Angela dudó un momento, buscando algún tipo de seguridad en la mirada de Hank. Él asintió, sonrió, y ella tomó su mano. Luego caminaron hasta el porche y se sentaron en uno de los escalones.

—Ahora, cuéntame cuándo tuviste esa absurda conversación con tu padre.

Angela se ruborizó y Hank supo que sería capaz de hacer cualquier cosa para que nadie volviera a hacer daño a aquella mujer.

—Fue poco antes de que nos dejara —empezó ella, en un susurro —. Me dijo que nunca podría depender de mi físico para salir adelante, y que más me valía ser lista.

—Ahora deja que yo te pregunte algo, Angela Samuels —Hank apoyó dos dedos bajo la barbilla de Angela y le hizo volver el rostro hacia él—. ¿Qué edad tenías cuando tu padre te dijo eso? ¿Ocho años? ¿Nueve?

Angela dudó y luego asintió.

—Corazón, nunca he visto una niña de nueve años con aspecto de llegar a ser una belleza de mayor. ¿Cómo iba a saber tu padre el aspecto que tendrías a los veintiocho años?

—Pero…

Hank apoyó un dedo sobre los labios de Angela para impedirle hablar.

—¿Cómo iba a saber que esos ojos color caramelo acabarían brillando con tal esplendor? ¿Cómo iba a saber que tu sonrisa podría iluminar una habitación y llenarla de calor? —acarició con una mano la sedosa piel de su mejilla—. ¿Cómo iba a saber un hombre, lo suficientemente cruel como para abandonar a su familia, lo que es la

verdadera belleza?

Vio que sus palabras empezaban a calar en Angela, lo notó en su respiración, en la ligera relajación de su cuerpo. Era una pequeña grieta en la muralla que había alzado en torno a su corazón.

—Te quiero, Angela. Y cuando te miro, mi corazón late más deprisa y mi pulso se acelera. Eres más bella de lo que nunca imaginarás… porque eres la mujer que amo.

Un gemido escapó de la garganta de Angela, no de dolor, sino más bien de liberación del dolor… dejando espacio para que surgiera una nueva emoción.

—Te quiero, Hank.

El corazón de Hank se llenó de gozo al oír aquellas palabras. Era asombroso que aquellas meras palabras bastaran para hacerle creer que cualquier cosa era posible, que había sido agraciado con el tesoro más precioso de la tierra.

Se levantó, tirando de Angela con suavidad para que lo siguiera. No retuvo nada cuando la tomó entre sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—Te quiero, Angela. Cásate conmigo. Quiero que seas mi esposa. Comparte tu vida conmigo, aquí, en esta casa.

Angela rompió a llorar de nuevo, pero en esa ocasión Hank supo que las lágrimas no eran debidas a la tristeza, sino a la felicidad de una mujer segura del amor de su hombre.

—Sí —logró decir, entre lágrimas—. Sí, quiero…

No tuvo oportunidad de decir más, porque Hank no pudo esperar para apoderarse de sus labios. La besó larga y profundamente, sellando su futuro juntos con la promesa de un amor eterno.

Cuando el beso terminó, Angela le acarició el rostro amorosamente.

—Creo que me enamoré de ti el primer día que te vi… cuando me entrevistaste para el puesto de secretaria —de pronto, abrió los ojos de par en par y dio un paso atrás—. Hank… ¿y las entrevistas de hoy? Si has ido a Mustang, supongo que no habrás podido hacerlas.

—No te preocupes por eso —contestó él, volviendo a tomarla entre sus brazos—. Las secretarias van y vienen. Siempre puedo contratar una nueva secretaria, pero una esposa… eso es otra historia. Desde ahora mismo te prometo que tú vas a ser la única esposa que voy a tener para el resto de mi vida.

Mientras Angela lo miraba con sus ojos dorados y cálidos, llenos de amor, Hank supo que amaría a aquella mujer, a su antigua secretaria… para siempre.

Epílogo

Angela se miró en el espejo del dormitorio que Hank y ella habían compartido durante su semana de falso matrimonio. Vestida con un vestido de novia con botones de perla y velo de delicado encaje, era la viva representación de su fantasía favorita. Solo que aquello era real, y en unos minutos iba a convertirse en la señora de Hank Riverton.

Se estremeció de placer, pensando en las cuatro semanas anteriores. Hacía un mes desde que Hank y ella se habían declarado su amor ante la casa de su nuevo rancho.

Los días previos habían sido un remolino de excitación, mientras se preparaban para la boda que los convertiría en la pareja casada que una vez simularon ser. Fue idea de Brody que se casaran en la biblioteca en la que siguieron el curso de Barbara. Y ellos aceptaron, decidiendo que lo que querían precisamente era una ceremonia pequeña e íntima.

Apartó la mirada del espejo al ver que su madre entraba en la habitación. Los ojos de Janette brillaron con orgullo maternal mientras miraba a su hija.

—Estás deslumbrante.

Angela se ruborizó antes de echar un último vistazo al espejo.

—No esta mal —dijo, con sencillez.

El amor de Hank le había dado el mejor regalo de todos: la capacidad para mirarse en el espejo, para aceptar sus puntos fuertes y reconocer sus debilidades. Le había hecho comprender que la belleza apenas tenía nada que ver con el físico, sino que procedía del corazón. Y su corazón estaba lleno de ella.

—Me han enviado para decirte que ya es la hora —Janette se acercó a su hija y la besó en la mejilla—. Me alegro tanto por ti, Angela… Este es uno de los días más felices de mi vida.

Angela abrazó a su madre afectuosamente.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, pero hay un hombre abajo que lleva quince minutos caminando de un lado a otro como un león enjaulado, deseando demostrarte cuánto te quiere.

—Ya estoy lista.

Angela y su madre salieron de la habitación. Janette precedió a su hija por las escaleras. Cuando se acercaban a la puerta de la biblioteca, todas las luces se apagaron.

—Mamá…

—No te preocupes, cariño —susurró su madre mientras abría las puertas.

Angela se quedó sin aliento al mirar al interior de la biblioteca. Velas. Cientos de velas iluminaban la habitación, y un intenso aroma a azahar invadía el aire.

Velas y azahar. Recordó el día en que había hablado con Hank sobre cómo había sido su supuesta boda. La escena que había ante ella era como la que le había descrito aquel día. Se había acordado.

Hank estaba junto a la chimenea, increíblemente elegante con un esmoquin negro, faja rosa clara y pajarita. Lo había recordado todo, y el corazón de Angela se henchía de amor por él.

Avanzó hacia Hank, impulsada por su amor y atraída por el que brillaba en los ojos de él mientras la miraba. Aquel hombre la amaba, y ella sabía en el fondo de su corazón que nunca la abandonaría. Lo que habían encontrado juntos era especial… La magia que surgía cuando todo estaba bien.

—Esta vez no me vais a engañar —dijo Brody, con su poderosa voz. Señalando al reverendo que esperaba junto a Hank, añadió—. He comprobado sus credenciales. Es un reverendo de verdad y esta boda va a ser totalmente real —sonrió a Angela y luego a Hank—. Y espero que muy pronto tengamos también un bebé de verdad.

Babara apoyó una mano en el brazo de su esposo.

—Vamos, cariño, deja que empiece la ceremonia.

La ceremonia pasó en un suspiro. Cuando Hank puso el anillo de su madre en el dedo de Angela, esta noto que había hecho que lo ajustaran. Encajaba perfectamente en su dedo, como ellos encajaban entre sí. Mientras el reverendo los declaraba marido y mujer, Angela miró a su marido a los ojos y supo que era bella porque amaba y era amada.